Mons. Tihamér Tóth

Joven, así debes ser

Mons. Tihamér Tóth
Obispo de Veszprém (Hungría)

¡Joven!
¡así debes ser!

Selección ordenada por el
M. I. Sr. Dr. Antonio Sancho, Magistral de Mallorca

El alma de cada joven es una mina de diamantes inagotable, es una promesa en que late un desarrollo inconmensurable.

Resumen adaptado por
Alberto Zuñiga Croxatto

ÍNDICE

AL JOVEN LECTOR

Hijo mío:

Mi ideal es el joven de carácter.

El joven que sabe reconcentrar su fuerza de voluntad, que sabe mandar a sus sentidos, que sabe vencer la cobardía y la malicia.

El joven que sabe tener en justa estima su alma inmortal y sabe luchar por conservarla pura.

El joven que educa su entendimiento, educa su alma, y aun después de largos estudios, sabe ser sencillo.

El joven de recia musculatura cuyos ojos brillan de gozo, cuyo rostro ríe de alegría cuando se divierte; pero que es serio y profundo, perseverante y diligente, cuando estudia.

Mi ideal es el joven que en el estudio es el más diligente; en la oración, el más fervoroso; en el juego, el más alegre.

Mi ideal es el joven que por los caminos de la vida mira continuamente hacia las alturas, mas no por esto llega a caerse en un pozo. El joven que sabe que el alma de toda cultura es la cultura del alma.

Mi ideal es el joven que tiene siempre salida para los problemas del mundo, que no pierde la cabeza en las situaciones más peliagudas, que avanza por el camino real de la existencia confiado, con buen humor y con trabajo constante; pero que no pierde por eso de vista un solo momento el objetivo único, verdadero, santo; más allá de todos los obstáculos, trabajos, luchas y desengaños, al final del camino ve a Jesucristo que le aguarda, y a El —cueste lo que costare— es necesario llegar.

¿Y cómo deseas ser tú?

EL AUTOR

I. — FRENTE A LA VIDA

¿Qué es la vida? El uno dice: comedia; el otro contesta: tragedia. El que la mira a modo de comedia, tendrá una suerte trágica; el que la enfoca a modo de tragedia, tendrá un papel cómico. ¿Qué es, pues, la vida? Misterio, secreto a que intentamos dar respuesta, cuya solución buscamos.

I. — ANTE LA PUERTA DE LA VIDA

En la primavera el campesino sale a mirar su tierra y queda absorto en la contemplación de los surcos silenciosos. Como si preguntara: «¡Tierra mía! ¿Qué me darás este año?» Pero la tierra le devuelve la pregunta: «Antes, dime tú: ¿qué me darás tú a mí?»

Así está también el joven ante la puerta misteriosa de la vida que le espera: «¡Vida! ¿Qué me darás? ¿Qué es lo que me espera?»

Pero la vida le devuelve la pregunta, como la tierra al campesino: «Depende de lo que tú me des. Recibirás tanto cuanto trabajes y recogerás las cosechas de lo que hayas sembrado.»

II.—EL MUNDO EN QUE VAS A ENTRAR

Tú eres aún demasiado joven para juzgar del caos de la vida moderna en el orden religioso y en el campo social; pero a medida que tu entendimiento vaya abriéndose, verás cada vez con mayor claridad la oscuridad pavorosa en que la humanidad actual va buscando a tientas su camino.

Al promulgar el Señor los diez Mandamientos, dijo así: *«Yo soy el Señor Dios tuyo... No tendrás otros dioses delante de Mí»*

(Éxodo 20,3). Esta declaración no se dirigía tan sólo al pueblo judío, al cual quería preservar del culto idolátrico de naciones vecinas de los dioses extraños, sino que se dirige a toda la humanidad.

El peligro de adorar a dioses extraños cerca violentamente también al hombre actual. Este, al principio, tan sólo quiere rendir culto a los ídolos, al mismo tiempo que al Dios verdadero; pero aquéllos —dinero, sexo, fama, vanidades...— van conquistando cada vez más terreno y llegan, finalmente a excluir por completo del alma el culto del Dios verdadero.

Los judíos adoraron el becerro de oro en el desierto, pero ¿qué es esto en comparación con la idolatría del hombre de nuestros días, que adora este mundo y le rinde culto como si fuera un dios?

Nunca como hoy se valora tanto la investigación y el intelecto. ¡Cuántos libros, cuántas revistas, cuántas escuelas, cuántos laboratorios, cuántos museos, cuántas bibliotecas! Un descubrimiento sigue a otro, una hipótesis anula la anterior, una teoría cava la fosa de la que ayer estaba en boga...

Y, sin embargo, hay una cosa que nos llama poderosamente la atención. Vemos que de tanto adelanto y de tanto trabajo intelectual no se sigue la felicidad para la humanidad. Hoy podremos saber cien veces más de lo que sabían nuestros padres hace unos cincuenta años, pero ¿somos también cien veces más felices de lo que fueron ellos?

El hombre se afana como nunca por ganarse la vida y por disfrutar lo más posible. Vive con prisas, preocupado por muchas cosas. Pero es incapaz de ahondar en la vida espiritual.

¿Qué sentido de la vida tiene el hombre hoy en general? ¿Cuáles son sus deseos? «Disfrutar de la vida, vivir la vida»,. Pero ¿qué entiende con esta expresión de «vivir la vida»? El uno, tener mucho dinero. El otro, divertirse mucho. El tercero, poder mandar a muchos. El de más allá, comer opíparamente... Así vive la vida el hombre moderno...

Vemos hombres instigados, azotados, impelidos por el dinero; siempre por el dinero... Hombres que no tienen descanso, ni tranquilidad, ni tiempo, para comer, dormir, sonreírse...; hombres que ni

siquiera tienen tiempo para ser hombres... Para ellos no hay más que dinero..., dinero..., dinero...

¿Y el resultado?

¡Ah! ¡El resultado es aterrador! Los hombres no pueden vivir en paz uno junto a otro... Perece el carácter, perece la fidelidad, la honradez, la integridad moral, las manos limpias, la limpieza de corazón. Si vamos a este paso, pronto no habrá hombre que crea en los demás. La palabra del hombre ya no es de fiar, el juramento ya no es sagrado, la vida de familia se convierte en un infierno. El hombre exacto en el cumplimiento del deber es tildado de anticuado; el que no toca el dinero de otro cuando se presenta la ocasión de hacerlo en secreto es llamado imbécil; y si hay quien conserva una vida moralmente limpia, se granjea el título de «masoquista».

¡Ay de la humanidad que valora más los valores caducos que las exigencias más elevadas del alma! ¡Ay de la humanidad que se deja esclavizar por el materialismo, en vez de ser ella la que domine la materia. Como la mosca que se pega al papel engomado, así lucha también la pobre alma, que quedó prendida en los intereses terrenos, en la materia, en el fango. Y, sin embargo, según el plan divino, ¡tendríamos que ser águilas!

Dime: ¿Qué quieres ser, águila o mosca? ¿Águila que vuela en las alturas o mosca pegada al papel?

III.-EL ENIGMA DE LA VIDA

¡Vida! En el fondo de todas nuestras preguntas, detrás de cada uno de nuestros «porqués», descubrimos siempre la misma cuestión: el problema de la vida.

¿Qué es la vida? Siglos y más siglos se esforzaron para descorrer el velo; siglos y más siglos se preguntaron por saber exactamente qué es la vida, pero los entendimientos más agudos fracasaron en la empresa. El secreto de la vida todavía hoy lo desconocemos. ¿Llegará a descubrirlo alguna vez el entendimiento humano? ¿O quizá le toca a Dios tan de cerca este secreto insondable que quedará siempre oculto a la inteligencia del hombre?

Pregunta qué es la vida y nadie sabrá contestarte, porque la vida es el mayor de los secretos en el reino de la naturaleza. Un pequeño guijarro sin vida, inerte, se encuentra en mi jardín. Voy a sembrarlo...; se reirán de mí. Será lo que era: piedra sin vida. Siembro un haba; es tan pequeño, tan insignificante, tan inerte, como el guijarro; y de ahí que, después de algunos días, saca la cabeza de la tierra, y crece, y florece, y da fruto. ¿Quién podrá comprender este misterio? Y si nos admira el tamaño ingente de los cuerpos siderales, lo mismo que su multitud, también nos causa emoción la gran variedad del mundo viviente, los millares y millares de seres diminutos que viven en una sola gota de agua; al percibirlos con el microscopio, involuntariamente se nos escapa la frase de un biólogo célebre: *Deus in minimis maximus*: «Dios en las cosas mínimas se muestra el mayor.»

No sabemos qué es la vida, y, no obstante, la vida pulula en torno nuestro; por todas partes descubrimos una finalidad admirable e instintos que nos causan asombro.

¿Quién dirige el destino, los caminos de esta vida exuberante?...

Y llegamos al más misterioso enigma: a la vida humana... ¿Has pensado alguna vez en aquel momento sublime en que el primer hombre hizo su aparición en esta tierra?

Antes la tierra no era sino un mar de fuego...; todas las estrellas, llamas fluidas...; todo el universo, una inmensa masa nebulosa en continuo arremolinarse. Y comenzó a enfriarse..., y los volcanes vomitaban fuego de sus entrañas..., y siguió enfriándose… Ya se han separado la tierra firme y el mar...; ya se ha vestido la tierra de color verde; las montañas ya están cubiertas de bosques...: pero un silencio profundo, un silencio sepulcral, reina sobre la superficie de la tierra...; aún falta el hombre, que levante su voz. Y llega el momento..., el momento escogido por Dios desde la eternidad..., y hace su aparición un ser nuevo, completamente distinto de los anteriores, un ser dotado de libre albedrío, un ser que sabe entusiasmarse, que sabe amar, que sabe hablar, que sabe levantar su mirada hacia el cielo y sabe decir al Creador invisible: ¡Padre!

IV.—¿POR QUÉ VIVO?

No sé, joven, si has tenido ya en tu vida momentos de aquellos solemnes en que se presenta la gran pregunta: ¿Propiamente, por qué vivo yo en esta tierra? Tal vez aún seas demasiado joven para esta pregunta. Sin embargo, podría ser que ya te hubiese embargado este pensamiento.

Echas una mirada en torno tuyo: ves cómo corren, cómo se atropellan los hombres para ganarse la vida, cargados de preocupaciones; cómo van sufriendo cincuenta, sesenta, setenta años en la carrera de la vida, y después... ¿Después? Mueren. Con la muerte, ¿se acabó todo? Entonces, ¿por qué han vivido?...

Es una pregunta de importancia decisiva. Un hombre que durante su vida entera no había hecho sino correr en pos de los placeres dijo al momento de morir: «Grabad este epitafio en la losa de mi tumba: Aquí descansa un tonto, que se fue del mundo sin saber siquiera por qué había venido.»

¡«Tonto»! ¿Por qué hay sol? Para que alumbre y caliente. ¿Por qué hay lluvia? Para que fecunde la tierra.

¿Por qué hay bosques? Para que renueve el aire. Todo tiene su finalidad en este mundo.

¿Por qué existe el hombre? ¿El habría de ser el único que careciese de finalidad? ¿Cuál es su objetivo? Schopenhauer, el filósofo incrédulo, dice que no puede saberse cuál sea el fin del hombre. «Leben (vida) —escribe—. Invierte las letras: Nebel (niebla). Una niebla cubre el fin de la vida. Ni la ciencia ni el arte saben por qué vivo.»

¿Quién lo sabe, pues?

Abre el catecismo y lee sus primeras líneas: «¿Para qué fin ha sido creado el hombre?» ¡Ah! ¡Eso es lo que yo busco! Ahora bien: ¿para qué fin? «Para conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después verle y gozarle en la otra.»

Aquí se abre ante tus ojos todo un mundo. ¿Es éste el fin de la vida? ¿Estamos por eso en la tierra? ¿No para amontonar mucho dinero? ¿No para hartarnos en los banquetes? ¿No para correr sin aliento tras los placeres? ¡No!

Sería así mucho más fácil, y servir a Dios a veces resulta difícil.

Y es trabajo ingrato tener a raya los deseos de los sentidos. ¡Toda nuestra existencia se trueca en lucha continua si queremos perseverar en el servicio y amor de Dios! Pero el fin del hombre no es la vida terrena, sino la eterna. Por eso, si hay que luchar, al menos, mediante este combate lograré un tesoro inapreciable.

V.—CONÓCETE ANTES DE EMPRENDER LA LUCHA

En el mundo todo se desarrolla, todo crece. El grano diminuto sepultado en la tierra empieza a germinar, echa raíces, sube después y se transforma en árbol. Del huevo sale la larva; ésta se transforma en crisálida; de ésta sale la magnífica mariposa.

La ley natural del desarrollo y crecimiento también se realiza en ti.

Entre los catorce y los dieciséis años de edad —y acaso antes— notas en ti mismo cosas asombrosas, cosas nuevas. Así, tu cuerpo como tu alma sufren un cambio, como si empezaran a bullir: se inician en ti nuevos fenómenos y sientes deseos que antes no conocías. Te pasa lo que al mosto cuando empieza a fermentar para trocarse en vino sabroso. Es el período de transición: el niño inconsciente se transforma en joven que tiene conciencia clara de su estado.

Este importante cambio invade y sacude las más pequeñas partículas de tu cuerpo. Casi diríamos que el niño, condenado a perecer, lucha en ti con el joven, que ha de nacer. Así como en primavera la fuerza intensa de la vida estalla en las ramas de los árboles, adormecidos durante el invierno, y la circulación fresca, rebosante, de la savia empieza a abrir las yemas y las hace estallar, reventar; así también hierve en ti la sangre fogosa de la primavera de la vida y palpita en tus venas y remueve tus deseos, tus pensamientos.

Y tú, ¿qué haces?

Medio aturdido, avergonzado, en plena efervescencia de sentimientos nuevos, sin comprender nada, miras tu alma y casi te sientes como un extraño frente a ti mismo, frente a tu antiguo «yo».

Como las aves de paso a los primeros rayos del sol otoñal, tú te sientes presa de una fiebre, de una inquietud.

Dime, ¿no es así?

Vientos misteriosos azotan el espejo, antes terso, del lago de tu vida. Tu barca iba deslizándose tranquilamente, no lejos de la orilla, en aguas de poca profundidad, bajo un cielo espléndido...; seguía su camino sin preocupaciones.

Ahora, repentinamente, como si lo hubieses cambiado todo. La gasa tupida de una niebla opaca envuelve tu alma; pensamientos, deseos antes desconocidos, cruzan por tu cabeza... Un temblor de zozobra hace vibrar la superficie tersa de tu espíritu tranquilo... ¿Qué es esto?

¿Qué es lo que se prepara?

La barca de tu vida ha penetrado ya en la zona de tempestades de la adolescencia.

Esta transición de la niñez a la adolescencia es una verdadera tempestad, un vendaval. A veces sientes dolor de cabeza, te mareas, o tu corazón empieza a latir con asombrosa vehemencia. No temas: todo esto es consecuencia del desarrollo verificado en tu organismo. Con buena alimentación, durmiendo bien, solazándote razonablemente, puedes cuidar tu salud.

Tu estado psíquico es también variable, caprichoso, se excita con facilidad, es egoísta, obstinado, terco, no reconoce autoridad alguna; y te endiosas, y exiges que todos te aprecien, que siempre te aplaudan. Ahora estás de buen humor; un momento después tienes un humor de perros. Te pareces al mes de abril: por la mañana sale el sol con cara de sonrisas; al cabo de media hora un chaparrón te coge en la calle y te deja calado, y cuando llegas refunfuñando a casa, el sol ya calienta de nuevo con sus rayos.

Tú también sufres la influencia de todas las impresiones y cambias a cada momento. Ahora te enardeces en entusiasmo que sube hasta el cielo, un momento más tarde te sientes hundido en el polvo por el sentimiento de la derrota, de la desesperación, sin que conozcas el motivo. Se apodera de ti el afán de emigrar. Te consumes en deseos de aventuras, de gloria; quieres llevar a cabo grandes hazañas. (No es raro el caso de que en esta edad el muchacho huya de su casa.) En estos meses, en estos años, tu

alma llega a estar... congestionada. La más pequeña corriente de aire la irrita y le produce una inflamación. ¡Bronquitis del alma!

Ya no eres niño, pero tampoco eres hombre maduro. Estás en la época de la transición. Una lucha formidable se libra en ti: el cuerpo y el alma luchan. ¡Ay de ti, si vence tu cuerpo! Y, sin embargo, todas estas cosas no son más que preludios de la tempestad.

Estalla el verdadero torbellino. En tu cuerpo trepida la vida, hierve la sangre, vibra la fuerza de la juventud. Limo, barro: toda la podredumbre posada de ordinario en el fondo del lago brota y se revuelve ahora hasta llegar a la superficie. ¿Qué será de ti? Atemorizado, preguntas: ¿Me perderé?

Todo indica que estás en la primavera de la vida. Y la primavera es un tiempo de valor inapreciable: ¡Es decisiva para la cosecha de todo el año! Después de una primavera mala, es estéril el verano, espantoso el otoño.

VI.—LOS PELIGROS QUE TE ATEMORIZAN

El alma del joven es como el mar: en su fondo se ocultan perlas preciosas, pero... ¡cuántos peligros! El alma del joven es como el bosque virgen: bandadas de aves canoras vuelan en él, pero... ¡qué terribles las fieras que se cobijan en su espesura!

A la edad de trece o catorce años, cuando el cuerpo de niño empieza a desarrollarse y sentir nuevos bríos, notarás cada vez con mayor insistencia que muchas manifestaciones de la vida moderna están contaminadas de un concepto frívolo de la vida.

A cada paso, en la calle, en las películas, en los libros, en compañía de tus amigos, en todas partes, chocarás con la indiferencia religiosa, con la seducción de lo prohibido, te acometerá con vehemencia la tentación de la impureza. Llegarán a tus manos libros seductores, a tu vista imágenes inmorales...

Un peligro de especial gravedad te amenaza en estos años por parte de la fantasía. En esta edad todo joven se vuelve más o menos soñador. Te conviene estar siempre sobre aviso para no caer en el mal de tantos y tantos muchachos que, durante semanas, durante meses, están locos por el héroe de alguna que otra

lectura, viven en su fantasía novelas enteras, y mientras van tejiendo planes magníficos y brillantes respecto de su porvenir, se descuidan de sus deberes, de sus trabajos, y se quedan muy atrás en todos los campos. ¡Alerta! ¡Que la neblina de la fantasía y del sentimentalismo desbocados no envuelva tu alma!

Los *scouts* tienen una divisa: «¡Alerta!», se dicen siempre que se encuentran. ¡Magnífico aviso! Es también uno de los principios fundamentales de la vida espiritual: ¡Alerta! ¡Alerta!, para que no se te escape la ocasión de una obra buena.

Pero ¡alerta! también para guardarte de la tentación, para que tu alma no caiga en pecado. ¡Alerta! para que el pecado no robe la tranquilidad de tu alma.

Las leyendas griegas hablan con orgullo de un denodado héroe de los mares, de Ulises, que mató monstruos, que venció gigantes, que con sus mañas se burló del pueblo de los enanos, que no temía a nadie, excepto de las sirenas.

Las sirenas, según la leyenda, eran seres misteriosos que vivían en el fondo de los mares, y con canciones hechiceras atraían a los marinos hacia las rocas que se ocultaban bajo la superficie de las aguas para que el buque se estrellase. Así, la tripulación caía prisionera de las sirenas.

¿Y sabes qué hizo Ulises cuando tuvo que pasar junto a la isla peligrosa de las sirenas? Llenó de cera los oídos de sus compañeros y se hizo atar al mástil. De esta suerte, pudo pasar sin daño alguno a través de las tentaciones, allí donde centenares y centenares de hombres habían perdido su libertad, su carácter y su felicidad.

Para ti las sirenas son las tentaciones del mundo exterior y las inclinaciones malas que llevas en tu interior. No podrás pasar por la vida sin naufragio espiritual si no cierras tus oídos a las tentaciones astutas y no te atas con fidelidad, con amor, con perseverancia, al estandarte de la cruz de Nuestro Señor Jesucristo. *¡Todo con Dios, nada sin El!*

En esta edad crítica de los dieciséis a los veinte años, ¡cuántas ilusiones engañosas te vendrán a la mente, cuántas imágenes excitantes traza ante tus ojos el astuto seductor! Te descubre goces falaces y, sobre todo, mediante los incentivos de la

concupiscencia, te promete la plenitud de los deleites: ¡Te daré todos los goces del mundo si cometes el pecado!...

No seas débil. No esperes lograr la felicidad quebrantando las leyes de Dios. Multitud de jóvenes creyeron las palabras embaucadoras del diablo, y sólo descubrieron la terrible mentira que encubrían cuando el goce momentáneo del placer prometido se había desvanecido ya, no dejando en pos de sí más que un alma rota y las ruinas de una juventud hastiada de la vida,

¡Qué increíbles desengaños hube de sufrir ya en mí carrera de educador! Aún está viva en mí la memoria de aquellos muchachos de catorce o quince años, cuyos ojos eran puros y rebosantes de alegría..., y «crecieron», pero no «en gracia» ante Dios. Sus piernas se alargaron de mes en mes, su peinado se conformaba cada vez más a la moda imperante, su modo de vestir se hacía más rebuscado, su manera de bailar más consumada, su conversación más ingeniosa, pero... sus pensamientos, sus expresiones, su comportamiento, se tornaron cada vez más vulgares y deshonestos, su alma más sensual y más frívola!

Un día... quedó empañado el brillo de sus ojos...; desapareció su inocencia...; se derrumbó en su interior el templo de Dios; y el joven, caído en pecado, apoyando su frente en las manos, lloró desesperadamente sobre sus propias ruinas.

En la isla de Java vive una clase de chinches, el *ptilocerus ochraceus*. Elimina un líquido agradable e incitante; las hormigas, aturdidas, corren a él y se emborrachan. Es lo que espera la chinche; en seguida, chupa la savia de vida del cuerpo de las hormigas y después abandona el cadáver en el polvo del camino.

¡Lo mismo que el pecado! Engaña, embriaga al joven con falaces promesas; de continuo, merodea en torno suyo; si después el joven tiene la desgracia de cometer lo que se le propuso, el pecado le quita la tranquilidad, la alegría, y lo abandona con la conciencia llena de remordimientos.

Leí una noticia rara en los periódicos. Al pie de los grandes montes de Suiza, por una magnífica carretera de montaña, corría veloz un auto. En un recodo brusco del camino había una gran mole... Ya no había tiempo de frenar... El auto pasó por encima del obstáculo. Después frenó y se detuvo. Los viajeros bajaron. ¿Sabes qué es lo que había arrollado el auto? Un águila real.

El ave majestuosa que vuela sobre las nubes fue arrollada por un auto, que corre por el suelo. ¿Por qué? Porque el águila descubrió una carroña en el camino, se posó sobre ella y, deseando darse un gran banquete, se olvidó de todo cuanto la rodeaba: no vio el peligro que la amenazaba en la tierra, no anhelaba ya las serenas alturas, no miraba el sol refulgente que la invitaba a remontarse...

¡Cuántas almas-águilas mueren arrolladas por la marcha vertiginosa del concepto materialista de la vida! ¡Cuántos jóvenes, a los dieciséis o dieciocho años, descubren una carroña por el suelo: la vida inmoral, la concupiscencia, carroña que antes no habían visto, pero que ahora los invita a bajar a la tierra y ellos ya no se encuentran bien en las alturas serenas!...

Hijo, no vaciles. No abandones por la carroña que yace a la vera del camino las alturas purísimas de Cristo.

VII.— Y NO TEMAS...

Aunque sigas fielmente a Cristo, no por ello será vacía, triste, árida, tu vida.

¿Pero no es verdad que una vida consecuentemente cristiana vuelve al hombre triste? ¿No es verdad que quita las alegrías de la existencia, que mengua la capacidad de trabajo, que hace sombría la mirada?

No. Mil veces, no.

Cristo también desea que los jóvenes profundamente religiosos sean al mismo tiempo los más alegres.

No quiere que vayan cabizbajos, ni que sean atolondrados, cortos de alcances; ni que se acurruquen en un rincón, ni que sean exageradamente escrupulosos. Esto lo subrayó porque algunas veces, justamente los jóvenes de alma más delicada, tienen ese defecto: ¡Oh, esto ha sido pecado, aquello también!... ¡Qué iba a ser pecado! Nunca.

El Señor ha venido para ser nuestra vida; no para ser nuestro guardia, nuestro verdugo.

Si quisiera resumir las facetas multicolores del espíritu juvenil podría decir así: *la juventud es la vida*.

La juventud es antítesis de toda petrificación, de todo artificio, de las formas abstractas. La juventud es energía de gran tensión, sinfonía de vida, empuje; *es dar el sí a la vida*. Es una carrera triunfal sobre todos los obstáculos... Esto es la juventud.

Hemos de volver a Jesucristo para encontrar el modelo de esta rebosante alegría de vida; hemos de volver a El, que dijo con verdad: *«Yo soy la vida».* Justamente la vida del Señor es la antítesis de la rigidez de las momias, de las formas endurecidas. Es El mismo quien dice: *«Yo soy la vida, el pan de la vida, la luz del mundo».*

Joven, ¿quieres vivir? ¡Quieres una vida pletórica de fuerzas, de energías? Oye la palabra del Señor: *«He venido para que tengan vida y la tengan en más abundancia». «Yo soy la resurrección y la vida».* Sí. El, que sanó las vidas enfermas; El, que resucitó las vidas acabadas; El, que se devolvió a Sí mismo la vida al tercer día; El es digno de que lo acates como Rey también tú, que miras la vida con ansia.

La corriente de la vida brotará en ti con tanta mayor pujanza y fuerza creadora cuanto más profundamente te unas con Cristo, fuente de toda vida.

VIII—CAMINO DE CRUCE

Para naciones enteras, para toda la humanidad, el hecho de la Redención tiene una fuerza curativa mucho mayor de lo que se cree. Vivir según Cristo sería la más segura y radical medicina para la humanidad actual, sumergida en múltiples e inacabables crisis.

¡Cuántas cosas hemos probado durante los últimos decenios! ¡Cuántas conferencias, leyes, órdenes y planes!... Y la enfermedad no se ha mitigado. Porque no se hizo más que atacar los síntomas y no se llegó a la raíz del mal. Y es cosa muy sabida que la ciencia no debe contentarse con semejantes remedios.

Si duele la cabeza repetidamente no bastan con prescribir un analgésico que calme el dolor momentáneamente; se busca la causa del malestar para suprimirla. No se trata de luchar contra los síntomas, sino de robustecer todo el organismo, porque si éste es fundamentalmente sano, cesarán los dolores.

Hoy día todas las señales indican que la humanidad ha llegado a un camino de cruce en que forzosamente se ha de escoger una de las dos cosas: *o modificar los principios cristianos o cambiar nuestro modo de vivir*. No hay término medio.

IX.-LA GRAN PROCESIÓN DE LA HUMANIDAD

En la solemne entrada de Isabel y de Fernando en una ciudad española reconquistada de los moros, sucedió un hecho extraño al cantarse el *Te Deum*: parecía como si muchas voces contestasen debajo de tierra al canto triunfal de la acción de gracias. Se quedaron todos estupefactos... Entonces, más de cerca, se oyó el canto de júbilo: *«Bendito sea el que viene en hombre del Señor».* ¿Qué pasa? ¿Un eco? No. Son los cristianos encerrados por los moros en las mazmorras subterráneas, que cantan y saludan a los libertadores... Es el canto triunfal de los que fueron librados de la prisión terrena...

Con los ojos de mi alma yo veo pasar también una procesión, y me parece escuchar el canto triunfal de los que fueron redimidos.

¡Procesión solemnísima!

Delante va Jesucristo, con la cruz sobre sus hombros, y detrás de El van los mejores, lo más selecto del género humano.

Los sencillos pescadores a quienes El escogió para anunciar su nombre. Aquél es Pedro, el primer Papa; detrás de él, una fila interminable de Papas: los más de 260 que han ocupado su Cátedra de Pescador. Millares y millares de obispos; centenares de miles de sacerdotes que sirvieron a Cristo con fidelidad, con valentía, llevando en sus sienes una brillante aureola. Anacoretas del desierto y monjes de los claustros... Tras ellos..., millones y más millones..., de todas las edades, naciones y lenguas..., cantando todos y rezando en mil lenguas y dialectos.

Hay santos con vestidura regia, resplandeciente de pedrería, y santos, muchos santos, cubiertos con, harapos o vestidos pobremente; santos del desierto y santos de brillo señorial.

Vienen los heraldos del Señor que dirigieron su palabra a los pueblos. Vienen las vírgenes, de mirada límpida; los jóvenes que

fueron educados por la pedagogía de la Iglesia... Y delante de todos camina Aquél, que lleva la cruz sobre sus hombros.

A la vera del camino, por donde pasa la procesión hace dos milenios, están de pie los que ahora viven y esperan la procesión del Redentor.

Allí están los perezosos, los curiosos, los tibios, los que se zambulleron en los placeres mundanos; la mirada de Cristo Redentor resbala tristemente sobre ellos, pues no encuentra profundidad espiritual donde penetrar.

Allí están los indiferentes; tranquilos, porque nadie los empuja a seguir la marcha.

Allí están los rencorosos, que al acercarse Cristo, cogen piedras para lanzárselas.

Pero allí están también los que esperan con anhelo, los pueblos lejanos y medio salvajes, que gozosos entrarían en el reino de Dios y rezan: *«Venga a nosotros el tu reino»*. Ven, oh, ven, Señor Jesús...

Y también están los fieles, millones y millones de fieles, los que saben de sacrificios, los hijos verdaderos de Jesucristo...

Y entre todos, en medio de esta gran muchedumbre, estás tú, querido joven.

También estás tú. Pero ¿en qué grupo? ¿Entre quiénes? ¿Entre los fríos? ¿Entre los indiferentes? ¿Entre los rencorosos? ¿Entre los blasfemos?

X.-ESCOGE

En los primeros siglos del cristianismo hubo un soldado romano, llamado Mario, que con su valentía incontrastable se ganó la *vitis militaris*. Esta condecoración llevaba anejo el derecho de poder pedir el primer puesto de capitán que vacase en la legión. Mario alegó este derecho en la primera ocasión y fue nombrado capitán.

Mas he aquí que llega otro soldado, enemigo de Mario, y le delata como cristiano, indigno, por lo tanto, de ser ascendido al grado de capitán; a él, al denunciante, le pertenece tal puesto.

Preguntan a Mario. No lo niega: «Soy cristiano.» Se le conceden tres horas para deliberar.

Mario va al obispo para preguntarle su parecer. El obispo introduce al soldado en el templo, le quita la espada del cinto y, teniéndola con una mano mientras coge con la otra el Evangelio, le dice: «Escoge entre ambos: la gloria militar y el Evangelio; entre la vida y la muerte.» El soldado escogió el Evangelio. No esperó que pasasen las tres horas ante el tribuno. Fue martirizado acto seguido...

¡Escoge!, te dirá también la vida; acaso te lo repetirá cien veces al día esta vida moderna, tan insensata y perturbadora.

¡Escoge! —te dirá también la sociedad desorientada y apegada a esta vida—. ¿Persistes en ser soldado intrépido de Cristo, o te alistas en nuestras filas y aúllas con la turba?

¡Escoge! —te dirán las filosofías relativistas y agnósticas—. ¿Guardarás temeroso tu fe, o prestarás juramento a la bandera de la moderna incredulidad?

¡Escoge! —te dirá la novela de moda, la película inmoral ganadora de varios premios.

¡Escoge! ¿Será en adelante tu ideal el de los jóvenes católicos, de mirada elevada, de alma pura, o bien el estudiante *que pasa de todo* y que está ya hastiado de la vida?

¡Escoge! Y tú, joven, ¿qué escogerás?

Pido al cielo que te ilumine.

II. — DEBES SER EDUCADO

A) EDÚCATE INTERIORMENTE

1.— MODELA TU ALMA

No hay arte mas fino en el mundo que el cultivo de la propia alma; porque ningún escultor tiene entre manos mármol tan noble y bronce tan valioso como es el precioso tesoro que nosotros hemos de modelar: el alma.

I. — APROVECHA EL TIEMPO, APROVECHA TU JUVENTUD

¡Con qué triste acento vibran las palabras del sabio Séneca! «Los hombres suelen pasar la mayor parte de su vida haciendo el mal: una gran parte, no haciendo nada, y toda la vida, en no hacer lo que deberían.»

Un joven frívolo, al ser amonestado una vez para que enmendara su vida, contestó con cierto orgullo: «Aún tengo tiempo. Si no me divierto ahora, en mi juventud, ¿cuándo lo haré? La juventud sirve precisamente para soltar las riendas...»

«¡Aún tengo tiempo!» ¿De veras? ¿Tan cierto es que lo tienes? ¿El Señor de la vida te otorgó escritura pública asegurándote aún cuarenta, o cincuenta, o sesenta años de vida? ¿No dijo, más bien: *«Estad prevenidos, porque a la hora que menos pensáis vendrá el Hijo del Hombre»*?

Los ingleses tienen un refrán cortito, que ya se difundió por todo el mundo: *Time is money* («El tiempo es dinero»). Pero así no es perfecta aún la frase. El tiempo es más que dinero; el tiempo es el paño del que nos hacemos el traje de la vida.

El hombre sabe medir en la actualidad la velocidad de los átomos en los colores, es decir, cien y cien billones de vibraciones por momento, pero no sabe medir *el mismo tiempo*, porque éste tiene aún movimiento más rápido. «¡Pero hay ya relojes tan perfectos!» —dirá alguien—. No; el tiempo no se puede medir ni con el reloj más perfecto; lo que éste hará ver es la fugacidad del tiempo.

El que siempre se sustrae al cumplimiento del deber y al cuidado de su alma y cuenta con que «aún tiene tiempo», abrumado notará cuán a prisa pasa el tiempo por encima del hombre soñador y habrá de comparecer con las manos vacías ante el Juez eterno que le pedirá cuenta.

Vivirá sabiamente quien siempre medita que la vida es una continua agonía. ¡Qué serio pensamiento! En vano harías retroceder la manecilla que señala el tiempo; también le da cuerda al reloj la muerte, pero con más fuerza..., y vuela..., vuela sin cesar el tiempo, de veloces alas. Lo que hemos vivido hasta el momento presente de nuestra vida ya pertenece a la muerte. ¿Cuántos años tienes, hijo mío? ¿Dieciséis? ¿Ves? Ya has dado dieciséis años a la muerte. ¿Y cuántos te quedan todavía? ¿Quién podrá decirlo, sino el Omnipotente? Por lo tanto, agarra firmemente cada hora. El pasado ya se te escapó; el futuro aún no es tuyo; no tienes más que el momento presente; aprovéchalo, pues. Aún depende de ti que en tu vejez puedas recordar con alegría los años de la juventud, pasados en una labor honrada.

Sí; la juventud ha de aprovecharse; de ella ha de sacarse todo el partido posible. No dando rienda suelta a todos nuestros instintos, sino trabajando en la formación del carácter con seriedad santa, con perfecto conocimiento de lo que significan en la vida los años de adolescencia. Si las fuerzas jóvenes están a punto de estallar de puro tensas, si la sangre hierve como lava ardiente en tus venas, *lánzate al trabajo y aprovecha tus energías para cumplir del modo más perfecto posible tus deberes diarios*, Hagamos todos que florezca y adquiera papel de guía *nuestro yo superior, nuestro espíritu,* y que se ejerciten en abnegación y obediencia los deseos carnales.

II. — TRABAJAS PARA LA ETERNIDAD

Valde velle! «Querer mucho». Dos palabras latinas excelentes. Magníficamente expresan el camino del carácter. El carácter no brota de suspiros mujeriles, de la efervescencia de un momento, de unos arranques que se lanzan para detenerse en seguida; sino de un trabajo metódico, perseverante, autoeducativo y del aprovechamiento de todas las energías espirituales.

San Francisco de Sales, con motivo de la canonización de San Francisco Javier, exclamó: «Ya es el tercer Francisco canonizado. Yo seré el cuarto.» Y cumplió su palabra. Así se forma el carácter.

Pero ya comprenderás que para ello no habría bastado el ímpetu de un solo momento. Muchos jóvenes «quisieran muchas cosas», «desearían» y «les gustaría que fuera así o asá»; sin embargo, nada hacen para ello. Pensarlo bien, emprenderlo con tesón y perseverar con constancia; he aquí el camino del carácter.

En la edad crítica, a los quince o dieciséis años, no puedes poner orden en las inclinaciones instintivas que se despiertan en ti sino imponiéndote una disciplina férrea.

Por esto la Iglesia católica nos exhorta que practiquemos la abnegación, el ejercicio de la voluntad, la ascética.

¿Ascética? ¡Huh!, piensas, porque te han llenado la cabeza con que la ascética significa mortificación de las alegrías de la vida.

Pues, mira. El significado originario de esta palabra, ascesis, es «elaboración fina»; los griegos entendían por tal aquella vida de preparación, de entrenamiento y de abnegación con que los atletas se disponían al certamen para poder aprovechar en el grado más elevado las fuerzas latentes de su cuerpo.

También el carácter es el resultado de una lucha, de un combate, de un certamen. No podemos educar nuestra alma si no nos ejercitamos en la abnegación.

¿A qué damos, pues, el nombre de «ascesis»? A la sistemática ocupación de nuevos territorios en el reino de nuestra alma; al conocimiento de las debilidades propias y de las del enemigo; al robustecimiento de nuestra voluntad y a la debilitación de la fuerza de asalto enemiga: o en términos militares: a la «escuela

de guerra» de una vida espiritual más elevada, más parecida a la de Jesucristo..., es a lo que damos el nombre de ascética, vigilancia, abnegación cristiana.

Sin sacrificios y abnegación no hay éxito grande en esta tierra; y tú, ¿quisieras llegar en tren de lujo al mayor de los éxitos: a la nobleza de carácter?

Ya sabes que, cuando alguien se prepara para el campeonato, el entrenamiento ha de tener dos direcciones.

Por una parte, se ejercita día tras día, de suerte que llega a tener molidos los huesos. Supongamos que va a tomar parte en un concurso de remo. Se levanta temprano, con el rayar del alba. Se encamina a pie hasta el club de regatas. Se sienta en el esquife y rema y suda todos los días. Curtido por el sol, sudando a mares, quebrantado, sale después de tres horas, para empezarlo todo de nuevo al día siguiente, y en los días sucesivos, semanas y semanas.

Por otra parte, lleva una vida muy moderada y se abstiene de todo placer. Casi no se atreve a comer pastas, para no engordar. No puede fumar. Le están vedadas las bebidas alcohólicas. Cada noche ha de acostarse puntualmente, etc.

¿Y para qué toda esta abnegación? Por una medalla de plata y por la gloria de llegar a ser campeón. Y a ti, ¿te pesa la lucha para conseguir el carácter?

Y fíjate; hay otra cosa curiosa. En la vida todo el mundo ha de hacer sacrificios; la diferencia estriba tan sólo en el motivo por que se hace. ¿Conoces, por ejemplo, algún avaro? ¡Cuán miserablemente vive, cómo cuenta los últimos céntimos! Casi no come, su vestido es harapiento, no se atreve a dar un paseo para no deteriorar sus zapatos. Ahoga todos sus deseos; vive sin alegría y sin amigos. Y todo esto, ¿para qué? Para amontonar una fortuna. El avaro sacrifica su personalidad, su alegría, su honor, por el dinero... ¡Hemos de conceder que esto es sacrificio! ¿No vale la pena hacer sacrificios por objetivos más elevados, mil veces más sublimes?

Mira al codicioso. ¡Cuánto corre! Está de pie desde la mañana hasta la noche; no tiene un momento de descanso. ¿Por qué? Por el dinero.

Mira al vanidoso. ¡Con qué atrevimiento pone en juego hasta su misma vida, con tal de alcanzar celebridad!

¡Cuántas noches pasa sin dormir, cuánto se mueve, cuánto suda el que va de bailes y fiestas! ¿Podría sacrificarse sólo una mitad para ayudar a su prójimo?

«En todo hombre hay un santo y un criminal», dijo un orador francés, Lacordaire. El criminal va adquiriendo fuerzas en tu interior por sí mismo, y crece aunque no lo cuides; pero para que el santo se adueñe de ti es menester una labor perseverante, ardua, la autoeducación.

Ciertamente, sin lucha no adelantarás un paso. Quien desea hacer una estatua ha de quitar mucho del tosco bloque de mármol; y quien quiera modelarse a sí mismo y hacer una obra maestra de su persona ha de pulirse continuamente.

Una hermosa estatua no se labra en breve tiempo; pero aún es más difícil dar la última mano al carácter. Adopta tú también el lema de Carlos V: *«Plus ultra!»* «¡Aún más!» ¡Aún más allá!

Le preguntaron a Zeuxis por qué trabajaba con tanta diligencia en sus cuadros. «Porque trabajo para la eternidad»—contestó.

Nuestra alma conservará para toda la eternidad el molde que nosotros mismos le hayamos dado.

Tú trabajas de veras para la eternidad cuando pules tu alma. ¿Y encontrarás excesivo el trabajo?

III. — APRECIAD VUESTRA ALMA

El que está en la primavera de la vida ha de tener el alma fresca. Quiero que en tu corazón palpite la energía de tu futura y gran misión. Quiero que seas hombre de pies a cabeza. Yo miro siempre con ilusión a la juventud y le tengo profundo respeto. «El muchacho es cosa santa».Delante de vosotros, jóvenes, se levanta la cordillera de los grandes ideales: por esto os respeto. Pero también se abre a vuestros pies un precipicio de inmensos peligros; temo por vosotros. El doble pensamiento del respeto y del temor me pone en los labios este grito: ¡Jóvenes, apreciad la llama divina que arde en vosotros: vuestra alma!

Los antiguos romanos tenían una costumbre peculiar. Cuando los azares de la vida separaban a dos amigos, rompían una pieza de barro cocido, la llamada *tessera*, y si al cabo de largos años volvían los amigos a encontrarse, sacaban los trozos de barro cocido, cuidadosamente guardados, y se reconocían gracias a los fragmentos, que encajaban de un modo perfecto.

Sin duda, me entenderás en el recto sentido cuando afirmo: También nuestra alma está unida a Dios. ¡Ojala que nunca nos separemos de El! ¡Ojala que la conservemos siempre con gran cuidado! ¡Quiera Dios que nunca la desfiguremos!

En la naturaleza exterior tan sólo encontramos las huellas de Dios; pero el hombre es su imagen misma. Es su imagen por el alma espiritual e inmortal, por el entendimiento, por el libre albedrío; pero, sobre todo, es su imagen cuando la gracia divina inunda su alma.

Mi alma procede de Dios, y por esto no descansa hasta que más allá de todos los obstáculos terrenos, de todas las tentaciones de placeres, de todas las inclinaciones pecaminosas y de innumerables caídas, halla de nuevo su Fuente eterna; lo mismo que no descansa el torrente hasta que, pasando por rocas, precipicios y diques que le cierran el camino, desemboca en su fuente primitiva: el mar.

Todas las criaturas, aun las más miserables, todas hablan de los atributos sublimes de Dios: de su poder, de su sabiduría, de su amor; pero cuando miro al hombre entonces veo que Dios creó en él algo más sublime que todas las maravillas de la gran bóveda estrellada.

Cuanto más conocemos la fisiología del cuerpo humano, cuanto más conocemos la admirable complejidad de la mente y de las emociones humanas, tanto más profundamente admiraremos al Creador.

Y más allá de toda magnificencia, ¡a una altura mucho más sublime está llamada a vivir el alma humana!

Mira: hubo un tiempo en el que aún no existía el hombre; sin embargo, ya existía, ya vivía Dios. Hubo un tiempo en que no volaban pájaros por el aire ni nadaban peces en el agua; mas Dios existía, vivía. Hubo un tiempo en el que no murmuraba aún el arroyuelo, ni florecía la pradera, ni se levantaba el sol, ni brillaban

las estrellas, ni corría una gota de agua, ni había una sola arenilla; pero Dios existía, vivía...

Para El mil años son como un día. En El no hay siquiera sombra de cambio. Todo se gasta, como el vestido; pero El no sufre mengua.

Pero tu alma se asemeja en cierta manera a Dios, pues ha sido creada a su imagen.

El alma humana tiene principio; mas no tendrá fin. No existía antes de su creación, pero después no fenecerá. Todo muere, todo se pierde, pero no el alma. Pasan millones y millones de años y tu alma vive. Millones de seres desaparecen y tu alma sigue viviendo.

En cada alma humana subyace la imagen de Dios; conformar mi entendimiento, mis inclinaciones, mis deseos, a su santa voluntad: he aquí el ideal de mi vida. ¡Ideal sublime! En cambio, por muy grandes que sean, según el sentir del mundo, los méritos de un hombre, si éste descuida en su alma la imagen de Dios, todo su trabajo será paja seca, que el viento del juicio esparcirá.

Todo perece, todo marcha hacia su fin; el mundo se mueve con vértigos de destrucción... ¡Pero el alma vive! ¿Dónde están las espléndidas civilizaciones que brillaron sobre la tierra?... ¿Dónde están la cultura de Babilonia, de Asiria, Egipto, Atenas o Roma? ¡Pero el alma vive!

«El Hijo de Dios bajó del cielo por nosotros y por nuestra salvación». ¡Por nuestra alma! ¿Comprendes, joven, lo que ello supone?

¡Los trabajos de los Apóstoles, la sangre vertida de los mártires! Todo ello, ¿por qué? ¡Por nuestra alma!

¡La labor de numerosísimos Papas y sacerdotes, tantos escritos teológicos y espirituales, innumerables sermones, sacramentos, misas!... Todo ello, ¿por qué? ¡Por nuestra alma!

¡Conventos de vida contemplativa, monjes que velan por la noche en oración, penitencia oculta de las religiosas!... ¿Por qué? ¡Por nuestra alma!

¡Todas las gracias del Señor, el primer latido y el último suspiro de su Corazón sagrado!... ¿Por qué? Por nuestra alma; por los pecadores, entre los cuales yo soy el primero, y tú, joven lector,

eres también el primero, y todos son «el primero»; porque por cada uno de nosotros vino a la tierra Nuestro Señor Jesucristo.

V. — ¿QUÉ VALGO YO SIN ALMA?

¿Qué valgo yo sin alma? Los químicos hicieron un cálculo exacto de lo que vale el cuerpo del hombre. De la grasa que contiene podrían fabricarse siete trozos de jabón de tocador. De su contenido de hierro podría fabricarse una llavecita. Su contenido de azúcar sólo bastaría para una taza de té. Tiene fósforo en una cantidad que bastaría para fabricar 2.200 cabecitas de cerillas, y magnesio suficiente para hacer una fotografía. Computándolo todo, no llega a un dólar todo su valor.

Esto es lo que vale, y nada más el cuerpo humano…. ¡sin el alma!

¡El hombre sin el alma no vale ni siquiera un dólar!

VI. — ¿Y CON EL ALMA?

Y con el alma... vale más que el mundo entero. El gitanillo mugriento vale más que todo el mundo.

«¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?» (Mt 16, 26).

¡Qué horizontes se abren ante mi vista al oír estas palabras del Señor! ¿Es verdad, Señor? ¿También a mí me has dado tan gran tesoro? ¿También a mí, débil y lleno de limitaciones, confiaste una cosa de tan alto precio como es el alma llamada a la vida eterna?

Imagínate que llegas ante la presencia del Señor y le preguntas: «Señor, ¿por qué te humillaste hasta hacerte un niño en la gruta de Belén? ¿Por qué fuiste un hijo tan obediente y trabajador en la casa de Nazaret? ¿Por qué quisiste sufrir el dolor los azotes, la corona de espinas y la muerte de cruz?» Y el Señor te mira y te dice: «Por ti. Por tu alma. *Por tu alma inmortal*.»

Medita bien las palabras del Señor. No dice que una finca de mil fanegas, o un palacio magnífico, o una tonelada de oro, no iguala el precio del alma. No. Dice lo más que se puede decir:

«todo el mundo», todo cuanto hay en el mundo: fincas, palacios, oro y cuanto han creado desde los comienzos del mundo el trabajo, el arte y la ciencia.

Desde el pequeño planeta llamado Tierra hasta los gigantescos cuerpos siderales que corren disparados por el espacio; desde la Vía Láctea hasta el último asteroide de las nebulosas, todo esto junto y, además, cuanto es capaz de mostrarte la fantasía exuberante, cuanta fama y gloria pueda anhelar tu alma sedienta..., *¡todo esto en conjunto no equivale al precio de tu propia alma!*

¿Qué dices? ¿Es algo incomprensible? ¿Increíble? Pues lo dijo Cristo, la sabiduría eterna; y El, bien sabía cuál es el valor verdadero.

Y más aún. No dijo: «Más vale perder el mundo que perder el alma.» No; no habló propiamente de «perder el alma», sino, según el texto latino, de «sufrir detrimento el alma».

Que el mundo cause algún detrimento a tu alma, aunque no la pierda por completo, es un mal mayor que perder todo el mundo. ¿De qué servirán todos los tesoros, la ciencia más profunda, si sufre detrimento tu alma?

A la luz de tales principios da un repaso a toda tu vida: ¿Ha causado el mundo detrimento a tu alma?... Desde el bautismo..., desde la primera comunión..., desde la confirmación..., ¿cuánto daño tuvo que sufrir tu pobre alma?

«Entonces, ¿se sigue de ahí que no puedo preocuparme de la vida terrena? —me preguntas—. ¿No me será lícito cuidarme de mi salud? ¿No puedo tener ambiciones humanas, éxitos profesionales? ¿No puedo aspirar a conquistar el mundo?»

No me has entendido. Se trata de que pases por la vida terrena y por todos los deberes de la misma de suerte que tu alma no padezca detrimento. Por lo tanto, ¿no podrás tener ambiciones? ¿No deberás trabajar seriamente? ¿No tendrás que estudiar con ahínco? ¡Ya lo creo que sí! Pero sin echar en olvido la siguiente moraleja: «El que adelanta en la ciencia, pero retrocede en la integridad moral, retrocede más de lo que adelanta».

El que tiene buen oído para la música no puede sufrir una sola nota desafinada; el que tiene un alma para parecerse a Cristo no podrá permitirse el más leve defecto en la propia persona.

VII. — ¡CUIDADO!

Los hombres de nuestro tiempo todo lo aseguran: seguro de casas contra incendios, seguro de inmuebles contra robos, seguro del jefe de familia para el caso de que muera, seguro del trigo contra granizo, seguro de buques contra naufragios, seguro de accidentes de trabajo para obreros...

¿Y tu alma? ¿Has confirmado ya el seguro de tu alma? ¿Contra qué? Contra la condenación eterna...

Un príncipe pidió en cierta ocasión a Benedicto XI una cosa que el Papa no podía permitirle. El Pontífice le contestó: «Si tuviera dos almas, lo permitiría. Pero como tengo una sola, no puedo permitirlo.»

Si tuviera dos almas podría exponer una de ellas al peligro de la condenación...

En una pequeña ciudad de provincia encontré un día por la calle a un niño que lloraba a voz en cuello. Durante largos días había trabajado en hacer una hermosa cometa, habíala adornado, pegado..., y cuando ya quiso soltarla, se le quedó prendida en un cable de la luz. La hermosa cometa se agitaba impotente bajo el soplo del viento sobre el cable, se iba destrozando, y el niño lloraba al pie del poste del tendido eléctrico por aquel trabajo hecho con tanto esmero y solicitud.

El alma de cada muchacho bien volaría hacia las alturas; pero la de muchos queda prendida —por desgracia— en los arenales de la falta de fe, en los escollos de la soberbia, en las redes de las pasiones. ¡Pobre niño! ¡Cómo llora cuando su cometa, que con empuje emprendió el vuelo, se enreda entre los cables extendidos y se hace jirones! ¡Cuidado! Que tu alma en su ascenso no quede aprisionada entre las garras de las pasiones y de las ambiciones mundanas!

VIII. — LEY DE LA CRISTALIZACIÓN

Esculpir en tu alma la imagen sublime que Dios concibió al formarte, es la noble labor a que damos el nombre de autoeducación. Este trabajo tiene que hacerlo cada uno por sí mismo, y

ningún otro puede cumplirlo en su lugar. Los otros podrán darte consejos, podrán indicar el camino recto; pero, en definitiva, tú has de ser quien sientas el deseo de formar en ti la noble imagen que Dios ha escondido en tu alma.

¿Conoces ya la ley de la cristalización? Entonces sabrás que si en un líquido saturado, en que hay diferentes materias diluidas y las moléculas entremezcladas, ponemos un pequeño cristal, de éste emana una misteriosa fuerza de atracción y, lentamente, va atrayendo todas las moléculas que tengan la misma naturaleza que el cristal. El cristal se hace cada vez mayor, y si nada estorba durante algunos meses este lento proceso de cristalización, se convertirá en magnífico cristal el pequeño trozo allí colocado. Pero nótalo bien: ¡si en la cristalización no hubo estorbo! De lo contrario, si no se dan las condiciones adecuadas, se formarán unos cristales contrahechos.

Un proceso análogo tiene la cristalización del alma. Si los pensamientos de que saturas tu conciencia son siempre nobles y elevados, entonces éstos, como por una especie de afinidad química, irán levantando en el fondo de tu alma otros pensamientos semejantes; y si durante los años de tu juventud prosigue en ti este estado, los buenos anhelos formarán un cristal voluminoso, y no podrán que los malos pensamientos penetren y que se impongan las tendencias malintencionadas.

El obstáculo más peligroso para que te autoeduques es precisamente la marcha lenta. La labor de la autoeducación es un juego de paciencia que requiere largos años y decenas de años. Y ésta es su dificultad.

IX. — ME HE COMPROMETIDO A LLEVAR UN VIDA ARDUA Y EXIGENTE

El trabajo de largos años hace crecer las capas leñosas del árbol de nuestro carácter, y estas capas leñosas dan la elasticidad necesaria para poder desafiar las tempestades; podrá doblarse el árbol, pero no romperse; ya se ha acostumbrado al aire de la rectitud, lo mismo que el roble a la postura erguida.

Naturalmente..., como en los otros campos, así también aquí *lo más dificultoso es el principio*. Nos acostumbramos al bien lo

mismo que al mal, y el galardón de la lucha perseverante será justamente el que más tarde nuestra voluntad se sienta impulsada hacia el bien con la misma facilidad con que el carro recorre el camino ya trillado y los dedos del hábil artista se deslizan sobre el teclado. En medio de todas nuestras luchas sirve de acicate el pensar que la voluntad bien encauzada y adiestrada con un ejercicio continuo y una perseverancia constante, no solamente forma a los mayores deportistas, artistas, oradores, sino a la vez sirve de vehículo al hombre para llevarle a las alturas de la perfección moral. «El camino más seguro de la educación para una vida feliz consiste en el robustecimiento del carácter, en el amor del sacrificio, en el ejercicio de la mortificación, que nos hacen capaces de soportar varonilmente una vida sin alegrías, llena de desgracias y privaciones o una época triste» (Foerster).

Desgraciadamente la vida, en su mayor parte, de la escuela y de la familia educa para todo en la actualidad menos para lograr una voluntad firme y constante. Autodisciplina, abnegación, espíritu de sacrificio, son conceptos desconocidos para la gran mayoría. Y sin ellos, ¿cómo podremos dar un solo paso en el campo de una vida seria del espíritu?

Este raquitismo de la voluntad es la causa de los continuos tropiezos que vemos en la vida espiritual de los jóvenes. La mayoría de los jóvenes están llenos de buena voluntad, quisieran «ser buenos»: pero no pasan más allá de la intención, porque para esto ya se necesitaría un esfuerzo de verdad, que implica sacrificios.

Por lo tanto...: *¡Aprende a querer! ¡Aprende a querer el bien!* La divisa del joven ha de ser ésta: *«Me he comprometido a llevar una vida ardua y exigente»*.

X. — EL IDEAL SUBLIME DE TODO CARÁCTER

En ninguna parte encontramos un objetivo tan seguro y elevado, y acicates tan poderosos para la autoeducación, como en las primeras palabras del catecismo: «Hemos sido creados para conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después verlo y gozarlo en la otra.»

Tanto adelantarás en el camino del carácter cuanto más te acerques, día tras día, a la semejanza del ideal sublime de todo carácter..., a Nuestro Señor Jesucristo.

Habrás ya notado que a través de estos dos mil años de cristianismo multitud de pintores procuraron dar vida en sus lienzos, con formas las más variadas, al rostro divino del Redentor. Cada artista puso a contribución lo mejor de su talento para este trabajo; y, con todo, no hay pintor en el mundo que haya podido reproducir con tanta fidelidad la semblanza del Señor corno puedes hacerlo tú, si tienes el vivo anhelo de modelar en tu alma dúctil la figura del Salvador.

¿Por qué motivo la majestuosa figura de Jesús es un ejemplo tan magnífico y subyugador para nosotros? Porque El no es tan sólo Dios, inmensamente superior a nosotros, sino que también es hombre; ha pasado por todos los grados de desarrollo por los cuales hemos de pasar también nosotros.

Si miras, día tras día, los ojos de Jesús, la paz se irá enseñoreando de tu alma; si escuchas las palabras de Cristo, Maestro, el pecado perderá sus alicientes y la tentación su fuerza; y si contemplas el rostro de Cristo paciente, el dolor perderá su amargura y no te harán mella los fracasos humanos que te puedan sobrevenir.

El mandato de Jesús dice: *¡Sed perfectos!* Y esto no es una expresión poética. El honor más alto del alma cristiana es ser, mediante una imitación fiel, otro Cristo: *¡El cristiano es otro Cristo!*

¡Qué dilatados horizontes se abren al escuchar esta afirmación! Si yo soy copia de Cristo, si soy otro Cristo, entonces, ¡qué puro ha de ser mi corazón, qué noble mi modo de pensar, qué disciplinado mi lenguaje, cómo he de vigilar cada una de mis miradas, cómo debo extirpar todos mis defectos!

«Eres capaz de más». Esa ha de ser tu divisa. Sí; es ésta una divisa magnífica, digna de ser escogida como norte de toda la vida por un joven que es capaz de entusiasmarse con los grandes ideales.

Por excelente que haya sido mi trabajo, por muchos elogios que me hayan dedicado los otros..., no descanso: «Eres capaz de más»; así espoleo mis ánimos. Oigo encomios por todas partes,

que soy un buen estudiante, un buen muchacho..., no descanso: «Eres capaz de más».

Pero ¿no me conducirá esto al orgullo, a la altanería? —me preguntas, tal vez—. No. Mucho más fácil es que se vuelva orgulloso el que se contenta en seguida consigo mismo; el no estar satisfechos con los propios actos, aunque buenos, y despabilarnos continuamente con la máxima: *sube..., sube todavía más*..., es medio excelente para educarse a sí mismo.

XI. — LA GUERRA DE LA LIBERTAD

El hombre ha de educar su voluntad para que se compenetre con la voluntad de Dios. Altísima escuela de carácter, la más sublime que pueda haber, es la que nos hace exclamar con sentimiento sincero: «Señor, no se haga mi voluntad, sino la tuya.» Hemos logrado la más valiosa autoeducación si tras nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros pensamientos, formulamos la pregunta: «Señor, ¿ha sido de veras tu voluntad lo que he hecho, lo que he dicho? ¿También lo querías Tú de esta manera?»

Y esta educación del carácter has de empezarla ya ahora. En la edad madura sería tarde. El carácter no se forma en el vaivén de la vida. Al contrario, quien llega sin carácter firme al ajetreo del mundo, pierde hasta lo poco que haya podido tener.

El ejercicio de la voluntad no es otra cosa que el prestar una ayuda sistemática al espíritu en la guerra de libertad que ha de sostener contra el dominio tiránico del cuerpo. Quien se incline sin decir una palabra a cualquier deseo que se asome en su instinto, perderá el temple de su alma y su interior será la presa de fuerzas encontradas. Ahora comprenderás la palabra del Señor: *«El reino de los cielos alcanza a viva fuerza, y los que la hacen son los que lo arrebatan.»* Primera condición del carácter: guerra contra nosotros mismos y orden en el bosque salvaje de nuestras fuerzas instintivas.

La mejor defensa es el ataque. En efecto, quien empieza la ofensiva ya lleva gran ventaja. También en el gran combate del alma conservarás tanto mejor tu carácter cuanto más ataques; has de atacar días tras día, ¡aunque no sea más que una pequeña batalla!, al ejército enemigo, que tiene sus reales escondidos en tu

interior, y cuyo nombre es pereza, comodidad, desamor, capricho. glotonería, curiosidad...

La vida cristiana *es una mortificación continua, una lucha sin sosiego, la guerra por la libertad del alma, que dura hasta el sepulcro*.

¿Dónde se libra la batalla? En el alma. ¿Quién lucha y contra quién? El bien y el mal, el ángel y la bestia, están frente a frente. ¿Quién no sintió en sí estas dos fuerzas antagónicas?

Al principio no fue así. El cuerpo era siervo fiel del alma y el alma hija obediente de Dios.

La vida era como un día de primavera lleno de esplendor del sol, sin una nube. Pero llegó el momento de la desgracia, el momento en que el primer hombre cometió el primer pecado... ¿Y entonces? Como si algo se hubiese roto en el universo. Un templo que se desploma. Desde aquel momento el cuerpo lucha contra el alma.

Mi alma es un águila, que sueña con aire puro, con bosques, con cimas de montañas, que se lanzaría de buen grado hacia las alturas: pero se ve cogida en la jaula de los instintos pecaminosos y se agita y revuelve en su cárcel.

Desde el momento en que el hombre se rebeló contra Dios, su corazón —según expresión de un filósofo moderno— se trocó en nido de serpientes.

Mas la expresión es algo fuerte. Quizá sería mejor decir de esta manera: se transformó en *erial estéril*.

El erial, con el debido cuidado, se puede trocar en tierra de labrantía, que da trigo, flores, vida; pero si lo descuidan crecerán en él espinas, cardos, malas hierbas. Toda tierra dará espinas y malas hierbas si no se la cuida debidamente; toda alma se corrompe si no es tratada con esmero.

La voluntad es como una semilla sembrada en tu alma; si la cuidas con esmero y haces que se desarrolle crecerá y será un roble que resista los huracanes; pero si la descuidas hasta las hormigas de las pequeñas faltas podrán roerla.

La libertad de espíritu sólo puede ser galardón de pequeños esfuerzos constantes, animosos, de una labor lenta, de una continua autocorrección. Por esto caminan a nuestro derredor tantos

hombres que arrastran las cadenas del pecado: porque muchos son los que temieron aceptar el duro trabajo de los esfuerzos cotidianos.

«Podría, si quisiera». Pues quiérelo. Pruébalo. Quien desea ser hombre serio ha de quererlo seriamente. Del «quisiera» al querer verdadero va la misma diferencia que de los perritos falderos a los perros que guardan la casa. Aquellos raquíticos *pinschers* no saben ni morder ni ladrar, no hacen labor de provecho: tan sólo comen, lloriquean y cuestan un potosí. El perro que guarda la casa no lloriquea, sino que ladra con fuerza y cuando es necesario muerde al huésped inoportuno; así también el joven que quiere forjar su voluntad no lloriquea, sino que ladra a las tentaciones de la pereza y del pecado, las muerde para espantarlas y hacerlas huir y se esfuerza por alcanzar la meta prefijada hasta que lo logra.

¿Y cómo se hace esto?

Hazte. por ejemplo, la pregunta: ¿Quieres tener las mejores notas? «¡Quiero!» Pues bien: díctale órdenes a ti mismo: ¡Media vuelta a la derecha! Es decir: señorito, coge en seguida la lección de mañana, pero en seguida y no «ya lo empezaré la semana que viene»; y uno-dos, unos-dos, adelante con esta lección. Tu mesa de trabajo es el yunque en que fraguas tu porvenir.

¿Quieres ser puntual en tu oración diaria? «¡Quiero!» Entonces empieza a hacer tu oración esta misma noche. «Pero tengo muchas lecciones.» No importa. Siempre tendrás cinco minutos. «Y por la mañana no me queda tiempo pues tengo que ir a clase.» Bien; ¿pues qué dificultad hay en que te levantes cinco minutos antes?

XII. — EL RESULTADO DE LA LUCHA

Magnífico resultado de la lucha será tu *carácter*.

El carácter no es un «premio gordo» que se pueda sacar sin méritos. El carácter no es un apellido de alta alcurnia que se hereda, sin trabajo. El carácter es el resultado de la lucha ardua de la autoeducación, de la abnegación, de la batalla espiritual sostenido con virilidad.

Joven, por muy fogoso que sea tu temperamento, por mucho que sientas las exigencias tiránicas de los deseos instintivos, y aunque éstos te acometan con vehemencia de bisonte y jadear de lobo, no te vencerán..., si tú no quieres ser un esclavo. Si es vehemente la corriente de tu vida, opón fuerza de voluntad. Ya sabes que es posible remar contra la corriente, aunque sea muy fuerte.

Demasiado sé que en esa época de ebullición en que te hallas, en esa época cuyo fuego arde ahora en tus venas, has de estar constantemente sobre aviso si quieres conservar el equilibrio de tu alma. Pero ahora ya ves claro que en estos momentos te juegas tu porvenir; y bien valen estos rudos combates la posibilidad de asegurar el gran tesoro que es tu objetivo en los años juveniles. Este gran tesoro es el carácter.

Lo que significa esta palabra quizá no lo comprendas por completo en este momento. Pero llegará el día en que se descubra, cuando te presentes ante Dios, la obra cumbre de tu vida y se muestre en su sublimidad sin par tu alma, en que tanto has trabajado: entonces se te escapará el grito de entusiasmo, como a Haydn, cuando oyó su obra intitulada Creación: «¡Dios mío! ¿Y soy yo el autor de esta obra?»

XIII. —«Olvido de la formación de la voluntad»

De día en día, crece el número de convencidos de que la escuela actual dedica excesivos cuidados al entendimiento de los jóvenes y olvida demasiado la formación del carácter, de la fuerza de voluntad del joven. De ahí la triste realidad de que en la sociedad de los hombres formados abunden también más cabezas instruidas que temples de acero, de que haya más ciencia que carácter. Y, sin embargo, el basamento del Estado, su piedra fundamental no es la ciencia, sino la integridad moral: no la riqueza, sino la honradez; no la vileza, sino el carácter.

¡Qué triste espectáculo ofrece un joven sin voluntad! Sea lo que sea lo que tenga que hacer, le cuesta un esfuerzo enorme sólo el poder pronunciar el «sí» o el «no». Y no hablemos siquiera de cómo va a emprender la cosa una vez decidida. No logra tener principios, ni un modo de pensar independiente, ni siquiera cuando

va a la universidad. Ni cuando es hombre hecho. Espía siempre al otro para ver lo que hace y él hace Io mismo. Un joven de ese jaez es un muñeco sin voluntad, es un niño de pecho con pantalones largos.

El hombre falto de recio carácter se inclina ante los que están por encima de él, ante los poderosos, por arriba, y da puntapiés a los que están por debajo de él, a los que le están subordinados.

XIV. — TEME TAN SÓLO A TU CONCIENCIA

Sólo el que sabe dominarse a sí mismo puede imponerse a los demás. ¿Despierta tal vez tu entusiasmo y simpatía la fuerza desenfrenada, ciega? No. Sino la fuerza disciplinada, ordenada, creadora.

Hay que ver el orgullo que se pinta en la cara de los jóvenes cuando al ir en bicicleta dan recio a los pedales y después los sujetan también con fuerza y se paran en seguida. ¿Por qué les gusta este juego? Porque admira el hombre toda fuerza ordenada, obediente, dócil, toda precisión y disciplina.

En un espléndido camino nevado se iba deslizando un joven esquiador. Al final de la colina había un profundo precipicio. El joven iba volando hacia abajo, como una flecha desprendida; pero he aquí que delante del precipicio, con admirable técnica, se para de repente y se está allí, en el borde de la sima, corno una columna de granito. «¡Bravo! ¡Estupendo! ¿Dónde lo has aprendido?» «¡Ah! —contesta el muchacho— No he empezado ahora. Al principio tuve que ensayarlo muchísimas veces para poderme parar en las más suaves pendientes.»

También el camino de la vida es una especie de carrera de esquí, con innumerables precipicios. Y todos caen y todos se pierden si no han hecho prácticas de pararse una infinidad de veces, plantados como una columna de mármol, y decir un «no» recio a las tempestades turbulentas de las pasiones.

Quien tenga carácter no preguntará: «¿Cómo habla el otro?... Yo también hablaré de la misma manera.» Quien tenga carácter no mirará: «¿Qué hace el otro?... Yo haré lo mismo.» La flor abre sus pétalos al rayo del sol matutino y no mira qué hacen las demás flores. ¡Mirando al sol! —es la actitud del joven de carácter—. El

águila no espía con temor a las demás aves para ver si también ellas la siguen hacia arriba, sino que se lanza a las alturas. Hacia arriba, ha de ser también la divisa del joven de carácter.

Es una suerte si puedes pronunciar —cuando es necesario- -el «no» enérgico.

¡No! —has de decir a tus compañeros cuando ellos te incitan a hacer algo malo.

¡No! —has de gritar a tus instintos cuando ciegamente te acucian...

¡No! —has de gritar a todas las tentaciones que, adulando, quieren envolverte en sus telarañas.

Quien pregunte continuamente: ¿Qué dirán de esto los demás?, no es todavía una persona de carácter, sino un esclavo del respeto humano.

¡Y no temas tanto a los hombres de palabra estentórea! Si levantas la voz con valentía en defensa de tus principios, verás, no una, sino muchas veces, cómo va retrocediendo tu enemigo. No es un toro bravo para cogerte con sus astas, más bien es un caracol gigantesco que, al primer toque algo recio, se oculta —-con cuernos y cabeza— en su propio escondrijo.

No temas a nadie; teme tan sólo a tu conciencia. No encaja con el carácter el abandonar por miramientos humanos, por miedo a habladurías o a la ironía, cualquier cosa que te ordene o apruebe tu conciencia.

Quien eres prisionero de su conciencia eres prisionero de Dios, y la mayor libertad es ser prisionero de Dios.

XV. — ENGANCHA EL OSO A TU CARRUAJE

El alma humana tiene profundidades misteriosas. En lo más hondo, fieras hambrientas abren las fauces. Atémoslas con cadenas cortas de disciplina y de vigilancia. ¡Ay de nosotros, si las fieras rabiosas rompen sus cadenas!

¡Cuidado! ¡Centinela, alerta! Vigilemos siempre.

No hemos de dar por perdido al joven temperamental, apasionado e impulsivo. La pasión, en sí, ni es buena ni es mala.

Su valor depende de que se ponga al servicio de la virtud o del pecado. Sin grandes pasiones no habrían existido grandes hombres ni santos. Cuantas más sean las energías de que dispone nuestra voluntad, tanto mejor: lo principal es que tengamos puños de hierro para manejarlas.

El combate contra los instintos desordenados es un domar continuo que tú también, y todos los demás que quieran tener carácter, habéis de cumplir día tras día.

El joven que se preocupa de forjar su carácter nunca excusará sus faltas diciendo: «Es por demás: yo soy así; ya nací con este temperamento», sino que trabajará sin tregua en el perfeccionamiento de su alma. Repite, por lo tanto, muchas veces para tus adentros: Aunque moren fieras en mí, llegaré a dominarlas. No me resigno a ser como seria según mí temperamento, sino que de ser como yo quiero.

Hay una leyenda muy interesante de San Columbano, el evangelizador de los bávaros. Toda su fortuna consistía en un manso borriquito. En los viajes apostólicos iba el jumento detrás del santo, llevando el modesto bagaje. Al pasar un día junto a un bosque enmarañado, sale repentinamente de la selva un oso y destroza al burro. ¿Y qué hizo el santo? Se fue derecho al oso y le cargó el bagaje. «¡Ah, hermano, tú has matado a mi borrico! Pues bien; ahora habrás de llevar tú mi equipaje.» Y ved ahí que la fiera, aún bañada con la sangre de la víctima, inclinó la cerviz y en adelante sirvió a su señor como un manso cordero.

No te quejes, pues, nunca de que eres muy apasionado, fogoso, precipitado, ambicioso, vivaracho, etc. Amansa el oso y engánchalo a tu carruaje. La pasión en sí misma no es una plaga; lo es tan sólo la pasión desenfrenada.

La pasión es el viento del mar. Si no sopla, los barcos se paran inactivos, con las velas caídas. Pero no basta que sople el viento. Todo depende de si sabemos aprovecharlo con habilidad para hinchar las velas de nuestra embarcación, porque, de lo contrario, no hará sino volcar la nave.

La formación del carácter, según el espíritu católico, no exige que extirpes tus pasiones, sino que las trueques prudentemente en aliadas. Por lo tanto, no sigas sus consejos, mas aprovecha sus

fuerzas; porque la pasión puede ser mala consejera, pero es buena ayuda.

Precisamente la pasión bien aprovechada es la que da temple a la voluntad. Sólo quien persigue «apasionadamente» un fin noble podrá vencer todos los obstáculos. Las pasiones son corceles fogosos en el carro de tu vida; si las dejas en libertad, te arrastrarán al precipicio; si las diriges con mano firme, te harán volar admirablemente hacia tu fin.

XVI.— El «NO» FIRME EN LA TENTACIÓN

Tu temperamento es fogoso: eso aún no es pecado. Te asalta una infinidad de tentaciones; eso aún no es pecado. Has de luchar con tus malas inclinaciones; eso aún no es pecado. Por muchas faltas que descubras en ti no ceses de luchar contra ellas.

«¡Pero si mi temperamento es tan apasionado!» No importa. La pasión es un peligro grande si la dejas con las riendas sueltas; pero es un valor precioso si la refrenas con mano firme.

Si la voluntad resiste la tentación vencida se nos imputa como gran mérito.

«¡Imposible! Yo no tengo la culpa. Muchas de mis malas inclinaciones son hereditarias...», así se excusan muchos jóvenes cuando, en un momento de recogimiento, la conciencia levanta su voz contra alguna de sus graves faltas.

«Es algo congénito en mí, es hereditario...», son palabras abrumadoras de puro serias, y muchas veces —por desgracia— esconden una verdad terrible. El hecho en sí es cierto. Que se pueden heredar cualidades e inclinaciones es una realidad innegable. Es un hecho que los hijos pueden heredar de sus padres no sólo un organismo robusto o enfermizo, sino hasta las mismas inclinaciones, malas o buenas. Esta herencia los acompañará durante toda la vida; aún más: estas inclinaciones heredadas de los padres son transmitidas a la vez por los hijos a su propia descendencia.

Joven, acata esta voluntad misteriosa de la divina Providencia. Yo mismo tuve ocasión de presenciar muchas veces la pelea ardua que hubo de sostener alguno que otro de mis estudiantes contra

sus malas inclinaciones. Uno ha de luchar terriblemente contra los millares de tentaciones de la concupiscencia; otro, contra la precipitación de la ira; el tercero, contra el orgullo... y ni siquiera sospechan que acaso luchan contra una mala inclinación heredada de sus antepasados.

Pero, ¿por qué te explico ahora todo esto? ¿Acaso para darte más libertad de pecar y cortarte las alas para la lucha? ¿Para que al leer estas líneas exclames?: «¡Claro está! Lo veo; también yo he heredado ésta o aquélla mala inclinación; por lo tanto, es vano todo combate...»

Dios me libre. No es ésta la razón que me mueve. Dos motivos me llevan a hablar de este asunto tan serio.

En primer término, quiero infundirle ánimo para proseguir la lucha. Por muchas veces que reincidas, no te desesperes y no pierdas el ánimo. Quizá no tengas tú toda la culpa. Puede ser que verdaderamente hayas de luchar contra tus malas inclinaciones innatas, y sólo el Dios todopoderoso podrá decir, a fin de cuentas, qué parte te ha de imputar a ti en la caída.

Pero, entonces, ¿tiene una finalidad la lucha? Sí. Porque la herencia tan sólo influye en nuestros actos, pero no nos quita por completo el libre albedrío.

«Pero cuando sé de antemano que no podré vencer...» —me objetas.

Espera un momento. Coloco sobre tu mesa un vaso lleno del más fuerte veneno y te digo: «Si quieres, puedes bebértelo; si no quieres, puedes dejarlo.» Me contestas riéndote: «Aunque esté aquí cien años, no lo beberé.»

Observa que no has dicho: «No quiero beberlo.» ¿No? Pues ¿qué dijiste? «No lo beberé», no y mil veces no. ¡Qué seguro estás! y ¡qué natural te parece!

Acabas de descubrir que a pesar de todo hay en ti una voluntad triunfante, firme como la roca. Y este descubrimiento te salvará la vida del alma, con tal que actives la voluntad en el combate contra tus inclinaciones pecaminosas.

¡Puedo! ¡Quiero! ¡Adelante!

XVII. —¿MARIPOSA? O ¿POLVO Y CENIZA?

La inclinación al mal existe en todos los hombres; todos hemos de luchar con denuedo contra los deseos pecaminosos de nuestra naturaleza...

Principio interesante de la Física es la ley de la gravedad. Según ella, el cuerpo que cae de la altura no se acerca al suelo siempre con la misma velocidad, sino que ésta va aumentando.

Esta ley rige también en el orden moral. ¡Ay de aquél que guiña el ojo al pecado y empieza a hacer las paces con él! El que empieza a bajar la pendiente va deslizándose cada vez más, y cae con tanta mayor fuerza cuanto más ha bajado por la pendiente. No parece sino que unos brazos misteriosos salen de la tierra, del fango, del pantano, y atraen al desgraciado que no fue bastante fuerte para salvarse del primer paso en falso.

Cuando el traje empieza a rasgarse se ha de coser inmediatamente; de lo contrario, se rasga más. Si hay una rendija en el dique, tiene que ser cerrada inmediatamente, porque, de lo contrario, las aguas rompen el dique y lo arrastran todo.

En éste, un comienzo de avaricia puede ser la pequeña grieta; en otros, el sensualismo que asoma, la vanidad, la ambición de poder, la pereza, la caza de placeres. La perdición se debe casi siempre a que ni los padres, ni los educadores, ni el mismo interesado, lo toman en serio.

Muchos hombres modernos no sienten el deseo de limpieza espiritual con la misma fuerza con que lo sentían los paganos de Roma. En la antigua Roma se encontraban a cada paso lugares para la purificación religiosa, donde el pagano, consciente de su pecado, buscaba con afán la liberación de su alma.

El mal del hombre moderno es que, a pesar de tener tantos pecados por lo menos como el pagano, no siente la conciencia de su culpa, muerto como está hasta el deseo de purificación. Todos somos pecadores; ¿tenemos conciencia de ello? Aquel que emite un juicio impregnado de desamor; aquél que es reo de mentira, de envidia, de sensualismo, ¿oye, por lo menos en los momentos de sosiego, la voz acusadora de la conciencia?

Estimado joven: ¿Aborreces el pecado? ¿Sientes desasosiego, intranquilidad después de tus caídas? ¿Anhelas la purificación? Eres muy meticuloso si se trata de la limpieza de tus uñas. Empleas mucho jabón; no consientes que tus manos estén sucias, que en tu vestido aparezca una sola mancha, que haya barro en tu cuarto...; pero allá dentro, en tu alma, ¿miras con tanto horror el polvo, el barro, las manchas?

¡Oh! Todas las veces que nos lavamos las manos o cepillamos nuestros vestidos tendríamos que preguntarnos: ¿Estoy tan limpio por dentro?

Leemos la historia cultural de la antigua Roma y no queremos creer a nuestros ojos al ver el sinnúmero de sacrificios expiatorios que allí se ofrecían y lo viva que era en aquellos paganos la conciencia del pecado.

De lejos parece que la vida pecadora es una mesa puesta, abastecida y cargada de goces; pero, al fijarnos más de cerca, vemos que el hombre pecador, terriblemente hambriento, alarga su mano codiciosamente para coger los manjares y sólo coge polvo, ceniza y fango.

De lejos parece que la vida de pecado es un campo de espigas que suavemente invita; pero si estrujamos cualquier espiga, solamente quedan entre las manos unos granos vacíos y negro tizón.

De lejos parece alegre mariposa de irisados colores, admirable, encantadora; pero cuando, agotados, la cogemos y la tenemos en la mano, no es más que fino polvo y ceniza...

XVIII. — ¡SI LOS HOMBRES GUARDASEN LOS DIEZ MANDAMIENTOS!

Cuando se coloca una brújula en un buque de guerra, se la aísla cuanto se puede de la influencia de las corrientes magnéticas que se producen en el casco metálico del buque. En el camino de la vida, la razón humana es la brújula; las corrientes que se originan en el cuerpo —las inclinaciones al mal— pueden fácilmente desviarla de la debida dirección y empujar por camino falso nuestra vida moral si la brújula no está fija en un punto firme y

aislado, por encima de todas las corrientes y olas alborotadas, por encima de los incentivos rebeldes y falaces del instinto.

Si no es Dios quien señala el criterio de moralidad, sino que lo designan los hombres, entonces muy mal parada quedará la moral. Porque lo que a mí me parece pecado podrá parecer a otro virtud.

Por lo tanto, no puede hablar de moral quien no cree en un Legislador, que está por encima de la naturaleza; ni en una vida sobrenatural, que rebasa los límites de la vida terrena. El hombre ha de empezar por saber quién es él, en su naturaleza, en su destino, y sólo así podrá después comprender, cual cumple, lo que ha de hacer.

De la misma manera que las leyes de la naturaleza sirven de base al mundo material, así los mandamientos de Dios son el fundamento de la vida humana. Por eso quisiera inscribir con letras de fuego en todas las almas estas palabras:

¡Hermano! Dios no nos ha dado los diez mandamientos para humillarnos, para intranquilizamos ni para menguar nuestro ánimo y alegría, sino para nuestro propio bien. Para la infinita felicidad de Dios poco importa en fin de cuentas que cumplas o no sus preceptos. Pero no es lo mismo para ti: de ello depende tu felicidad o tu perdición.

El decálogo viene a constituir la base de la recta convivencia humana, hasta el punto de que, si Dios no lo hubiese promulgado, los hombres se habrían visto obligados a inventarlo. No ha de mirarse como freno de la libertad humana, sino como ciudadela para una vida digna del hombre.

¡Amarás a Dios sobre todas las cosas! —dice el primer mandamiento—. A Dios, es decir, al Dios verdadero. Y aquí aparecen ante nuestros ojos las terribles aberraciones de los holocaustos humanos, en que cayó la idolatría pagana.

Jerjes, antes de emprender la guerra contra los griegos, hizo enterrar vivos a nueve jóvenes y a otras tantas muchachas para aplacar a los dioses paganos.

Los hindús rinden culto todavía hoy a las vacas, serpientes y monos. ¡En qué tinieblas espirituales habríamos de errar también nosotros si no tuviéramos el primer mandamiento de la ley de Díos!

El segundo mandamiento, al defender la santidad del juramento, asienta la fidelidad y la veracidad humanas.

El tercero asegura al cuerpo el descanso que necesita todo organismo vivo.

El cuarto defiende la autoridad de la familia y del Estado, consolida los cimientos de la convivencia humana, del orden y del progreso.

El quinto protege la vida humana. En China, las madres pueden arrojar a sus hijos, dejarlos abandonados en las esquinas de las calles y aun matarlos, si lo prefieren.

Y ¿qué es lo que preserva la sangre pletórica de salud, la sangre limpia, las generaciones fuertes, de los excesos de los instintos corporales? El sexto y el noveno mandamiento.

Y ¿qué es lo que defiende la propiedad legal? El séptimo y el décimo.

Y a ti y a toda la sociedad, ¿quién os protege contra la mentira? El octavo mandamiento.

Por consiguiente, servir a Dios significa ser señor: el decálogo es, por lo tanto, riqueza, ventaja, bendición del linaje humano.

Nos transporta de puro sublime sólo el pensarlo. ¡Qué sería esta pobre y mezquina vida terrenal si todos los hombres cumpliesen con escrupulosa conciencia estos mandamientos! No necesitaríamos más cárceles, ni policía. Ni habría manicomios, ni hogares destruidos. No tendrían que ponerse candados en las puertas, ni sería menester el trabajo de los inspectores en los trenes. No habría felicidad traicionada..., ni inocencia pisoteada..., ni ancianos padres abandonados en la miseria..., ni artículos difamantes de periódicos... Y no habría más guerras... ¡Oh, Dios mío, cuántas cosas cambiarían si los hombres os sirviesen de veras a Vos, gran Señor..., si guardasen fielmente los diez mandamientos!

XIX. — NO ESTAMOS EN LA TIERRA PARA SER FELICES

Jesucristo hubiera pasado con gusto todo el día sumido en meditación, adorando a su Padre celestial. Así lo hacía en los momentos oportunos. Mas cuando era hora de trabajar no vacilaba un solo momento en hacer todo cuanto se le mandaba, porque

sabía que, bien rezando, bien trabajando, en todos los casos cumpliría su deber: y el cumplimiento del deber es servicio de Dios.

¡Deber!

Palabra que tiene una fuerza mágica. El cumplimiento del deber enaltece a los individuos y a los pueblos, mientras que la negligencia en el trabajo los conduce a la bancarrota. Los pueblos que cumplen su deber a conciencia resisten triunfantes el asalto de la historia, mientras que los holgazanes corren a su propia perdición.

La vida terrena es un gran drama teatral en que Dios distribuye a todos el papel que han de desempeñar. No depende de ti el papel que has de recibir, pero sí está completamente en tu poder el modo como lo representes.

En una obra de teatro lo importante no es el papel que has de hacer, sino el cómo. Quien tiene el papel de emperador quizá sea acogido con silbas por no hacerlo bien; en cambio, se aplaudirá a un aprendiz de zapatero remendón porque hizo con maestría lo que le tocaba hacer.

El cumplimiento del deber no ha de depender nunca del humor. El deber que se difiere, de hora en hora, va adquiriendo cada vez más el aspecto de un fantasma y su figura amenazante llega a envenenar todas sus alegrías. Quien tiene deuda que pague cuanto antes.

No olvides nunca esta sencilla regla: Antes, el deber; después, las diversiones. Muchos jóvenes se quejan de que «no tienen suerte», que el profesor «les tiene inquina», que «nada les va bien»: y. sin embargo, en la mayoría de estos casos no se trata más que de un solo defecto: en estos muchachos lo primero son las diversiones: después sigue un gran paréntesis y allá, muy atrás, viene a trote cansado el deber.

Ya habrás oído hablar repetidas veces del centinela de Pompeya. Cuando en el año 79 sobrevino la erupción del Vesubio, y la caliente lluvia de ceniza y lava ardiente inundó toda la región, y los hombres, enloquecidos, corrían entre fuertes empujones para salvar la vida, hubo un soldado romano que, firme, quedó en su puesto, sin titubear. En el gran caos no pensaron en relevarlo. Su deber lo clavaba en su puesto; no se movía, y llegaba la lava.

Y todo aquel infierno encendido bramaba. Y el soldado no se movía, no se movía...; llegó a cubrirlo la lava. Las excavaciones modernas hallaron en esta postura al centinela. Y forman uno de los más valiosos tesoros del Museo Británico de Nápoles el yelmo, la lanza y la coraza de este soldado, que, firme en su deber, se dejó sepultar por la lava ardiente para no manchar el honor del soldado romano.

A ti, quizá no te esperen deberes militares: pero te espera el gran deber de la vida. Tienes deberes con Dios, con tus prójimos, con la Iglesia, con tu patria. Quizá te parezca algo dura la frase que voy a escribir; no obstante, es el único principio decoroso para un hombre honrado: No estamos en esta tierra para ser felices, sino para cumplir nuestros deberes y todo cuanto Dios espera de nosotros. «Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre», hemos de repetir todos; es lo que dijo de Sí mismo el Redentor del mundo (San Juan 4, 34).

XX. — EL GRAN PROCESO DE TRABAJO

La penitencia del pecado original es que todos los hombres trabajen con sudores: y para que tal penitencia resultase más fácil, Jesucristo nos dio el ejemplo más consolador, pasando en trabajos los treinta y tres años de su vida, siendo así que a El no le rozó el pecado original.

El trabajo, en sentir de los paganos, era algo degradante, indigno de un hombre libre. Fue tan sólo el Cristianismo quien tributó el honor debido al trabajo, al enseñar que lo que ennoblece al hombre es justamente el trabajo.

El Cristianismo mostró a la humanidad la gran fuerza que late en el trabajo para desarrollar el carácter. El trabajo fortalece en gran manera la voluntad, porque exige dominio de sí mismo, abnegación, perseverancia. Quien posee una voluntad bastante fuerte para trabajar con perseverancia, con cuidadosa puntualidad, no encontrará eran dificultad en mostrarse fuerte al tener que refrenar las pasiones, cosa bastante difícil para un hombre holgazán, que realiza su trabajo con negligencia y descuido.

El hombre ha de trabajar; no importa el modo: si remienda zapatos o aprende palabras latinas, si remueve la tierra con el

arado o si suda con problemas de senos y cosenos, si su trabajo es corporal o espiritual; pero, de un modo o de otro, todos hemos de participar en aquel gran proceso de trabajo con que la humanidad va cumpliendo el mandato del Creador y toma posesión de la tierra.

Todo hombre gasta una gran parte de los tesoros del mundo: comida, vestido, etc.; y esto ha de pagarlo de una o de otra manera. Por los bienes terrenos que gastamos hemos de pagar con el trabajo; quien no trabaja, pues, es un fardo sobre las espaldas de la sociedad, porque consume continuamente sin dar compensación.

Han de trabajar no sólo quienes se ven obligados, sin otros argumentos ni raciocinio, a ganarse la vida mediante el trabajo. No, por supuesto. Por más rico que seas, aunque tengas todos los tesoros que se te antojen, has de trabajar. De la inactividad nace la ruina moral. Quien no estudia, no aprende; se hace esclavo de otros, de los más instruidos, aunque por el exterior parezca ocupar un trono.

Quiero ahora proponer una cuestión. Me dirijo a los jóvenes aquellos cuya vida no es otra cosa que una larga cadena de noches pasadas en juergas y de días pasados en sueños; aquellos que con mentiras magistralmente urdidas saben arrancar el dinero de sus padres y despilfarrar grandes sumas; aquellos que piden dinero para los «exámenes», para los «libros de texto», para las «cuotas de asociaciones», para la «buena presentación de los temas escritos»...; aquellos que sólo se cansan de tanto bailar y de divertirse, pero nunca por «trabajar».

Les pregunto: ¿De verdad creéis que Dios Nuestro Señor dividió a la humanidad en dos grupos: el grupo de los que se divierten y el de los que sufren estrecheces, el grupo de los holgazanes y el de los trabajadores?

Acaso ahora, en el mismo momento en que tú te diriges al baile decimoséptimo de la temporada, está agonizando a diez mil kilómetros lejos de ti, abandonado de todos, en algún bosque virgen del África, un misionero que dejó a sus padres y hermanos, que lo dejó todo y se fue a predicar la fe de Cristo en medio de pueblos salvajes, y ahora se ahoga bajo las garras de la malaria...

Acaso ahora, en el momento en que tú sales para alguna fiesta, entra en su casa, agotado, un padre que tiene ocho hijos, un

hombre que ha tenido que sudar y penar todo el día para ganar el pan cotidiano...

Acaso ahora, cuando tú vas a caza de aventuras, se descoyunta en el cumplimiento del deber un hombre que lucha... Dime, pues: ¿Crees tú que ante Dios tenéis los dos el mismo valor? ¿Puedes pensar con tranquilidad en la rendición de cuentas si no has trabajado en tu vida?

¿Te acuerdas de lo que dijo Jesús al dueño de la higuera estéril? *«Ya ves que hace tres años seguidos que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo hallo. Córtala, pues, ¿Para qué ha de ocupar terreno en balde?»* (San Lucas 12, 7).

Es muy difícil conservar el justo medio en todas las cosas: por lo tanto, también en el trabajo. Y por esto vemos, junto al grupo de los «holgazanes», el de los «hombres-máquinas».

¿Quiénes son éstos? Los de espíritu mezquino, esclavos de la máquina y de la técnica; los que van pasando año tras año en un trabajo incesante, agotador, sin descanso; los que desde la madrugada hasta la noche no divisan más objetivo que el dinero y. mientras se matan poco a poco, se va entre tanto consumiendo en ellos todo ideal, se muere la religiosidad, se petrifica el corazón, se extingue el espíritu. ¡Pobres hombres-máquinas! Trabajan —¡y tanto como trabajan!—, pero no según el plan y ejemplo del Señor.

Hay trabajo que es trabajo de esclavos en el servicio de galeras de la generación que no conoce a Dios; y hay trabajo que es como una misa: es el trabajo del cristiano. Si trabajo según la voluntad de Dios, entonces se transformará en altar mi escritorio, en altar el horno de la cocina, en altar el barreño de lavar, en altar el escritorio, y en acto de culto el trabajo pesado, duro, que cansa y hace brotar el sudor de la frente,

XXI. — ORDEN Y PUNTUALIDAD

Es cosa que espanta el ver cómo muchos jóvenes que en sus años jóvenes inspiraron las más risueñas esperanzas, se desviaron más tarde y marcharon por el camino del pecado, porque empezaron a descuidarse en las cosas pequeñas y tomarse demasiadas libertades. También estos muchachos alcanzan su completo desarrollo, también se hacen hombres; pero no son sino caricaturas

del hombre verdadero; se parecen a aquellas grotescas figuras de hombres que los niños hacen con la nieve, las cuales, mirándolas con un poco de benevolencia, guardan cierta semejanza con el hombre: tienen ojos, boca, un gorro de papel en la cabeza; sólo les falta carácter y voluntad.

Al ver la mesa de trabajo o el cuarto de algunos estudiantes exclamo espantado: ¡Dios mío! Si habrá el mismo desorden en el alma de este joven... Un cepillo para los zapatos y el diccionario latino, una pelota de fútbol y el cuaderno de matemáticas, botones rotos y una regla, un mendrugo de pan y un dentrífico; todo en «poético» desorden, esparcido por doquier...

Pon orden en tu mesa, en tu armario, en tu cuarto. En primer lugar, el orden exterior no es tan sólo manifestación de la armonía interior, sino que es su instrumento auxiliar; quien siempre tiene en orden sus cosas ordenará con más facilidad sus pensamientos.

Además, has de tener orden porque sólo el hombre ordenado debe ser puntual, mientras que el desordenado pierde mucho tiempo en buscar sus cosas, y más tarde, en la vida también llegará siempre tarde a todas partes. ¿No conoces jóvenes —espero que no te cuentes entre ellos— que diez minutos antes de la clase buscan asustados su cuaderno? Revuelven todo el cuarto: en vano. No está. Ha desaparecido. Por fin, lo descubren debajo de la mesa, junto a la caja de betún. Pero sólo faltan cinco minutos para empezar la clase. Corren..., llegan tarde.... se les pone falta..., por desorden.

«Señor profesor, el reloj iba atrasado», suelen decir para excusarse. Sin embargo, si supiesen hablar con sinceridad dirían:

«Señor profesor, llego tarde porque he sido desordenado y negligente.»

Y aquí, sin embargo, no se trata más que de llegar tarde a la escuela. Pero cuando lleguen tarde a sus oficinas y se olviden de asuntos importantes... Si son médicos, matarán a algunos clientes, porque se descuidarán de «una pequeñez» en sus recetas; si son farmacéuticos, prepararán mal la receta del médico, por haberla leído superficialmente.

¿El reloj iba retrasado? ¿Sabes qué contestó Washington a un empleado que alegó esta excusa, al llegar tarde? «Entonces no

hay más remedio: o usted se compra otro reloj, o yo he de buscar otro empleado.»

¡Y aquellos cuadernos desordenados, llenos de garabatos descorazonadores! ¡Aquellos libros de texto cubiertos de toda clase de mamarrachos! Cuando se revisan los libros de los comerciantes declarados en quiebra se encuentran en la mayoría de los casos que no llevaban en orden y sistemáticamente su contabilidad. Sería interesante revisar también los libros de los estudiantes «suspensos».

El estudiante puntual no olvidará el cuaderno y los libros al partir para la escuela: al volver a casa, no los tirará por los rincones del cuarto, y así no tendrá que recurrir a la excusa: «No sé dónde los he metido.» El muchacho puntual y ordenado merece confianza, porque dio pruebas de tener un carácter firme.

Ser puntual. ¿Ves qué palabras más sencillas? Y, sin embargo, significan un medio importantísimo para la educación del carácter. Cumplir el deber cada día, si es preciso, cien y cien veces al día, todas las veces que así lo exijan nuestras obligaciones; ser concienzudo hasta en las cosas pequeñas, trabajar con ahínco aun cuando nadie lo ve... Decidme si conocéis un medio más eficaz para lograr la grandeza moral y la madurez del hombre íntegro.

No en vano dice el refrán: «La puntualidad es la cortesía de los reyes»; se necesita de veras gesto de rey, grandeza, valentía, constancia heroica, para dominar los obstáculos y no excusarse ni esquivar jamás la voz sagrada del deber. Los grandes deberes de la vida sólo podemos confiarlos a quien sabe ser puntual, siempre, en todo.

El que no sabe ser puntual no merece gran confianza cuando da su palabra; y os advierto que el hombre que no es puntual y no guarda su palabra hace tanto daño a la sociedad como el anarquista y el revolucionario.

Cuidado, hijo mío, que los hilitos de las malas costumbres, de las pequeñas negligencias y superficialidades, no lleguen a maniatar tu carácter.

XXII. — LA RESPONSABILIDAD DEL GRAN PRIVILEGIO

Tan sólo al hombre le es dado hablar. El loro y la cotorra saben remedar las palabras humanas; pero tan sólo el hombre es capaz de crear palabras.

¿Pero no sientes, joven, en seguida la responsabilidad que tiene el hombre por esta posición privilegiada? Si es tan sólo derecho del hombre el hablar, entonces, es deber suyo que hable según la verdad, que use las palabras en su sentido recto.

El animal no tiene palabra; sólo ladra, relincha, muge, chilla... ¡cáscara sin grano! La palabra humana no es cáscara vacía; tiene su contenido y éste zahiere o alaba, ofende o acaricia, corrige o pervierte. Por lo tanto, la palabra pronunciada es de una tremenda responsabilidad. De quien no pesa sus palabras antes de pronunciarlas no podemos decir que tenga carácter.

La veracidad es una de las propiedades básicas del carácter. Es un adorno natural, casi diríamos consustancial, de los muchachos; por lo tanto, es muy peligroso que se acostumbren a mentir, porque esto, en muchos casos, puede ser un síntoma de degradación espiritual, de depravación.

Dice la Sagrada Escritura, con palabras claras: *«Menos malo es el ladrón que el hombre que miente a todas horas»* (Eclesiástico 20, 27). El ladrón causa daño solamente en lo material, pero la mentira hiere a la persona; el ladrón hurta objetos inanimados, pero el mentiroso envenena el aire, porque echa a perder la confianza mutua de los hombres.

¿Qué sería de la sociedad si la mentira fuese tomando incremento? Nadie podría creer al otro. El hijo no podría creer a sus padres, ni los padres a sus hijos. En cada momento se habría de sospechar: éste quiere engañarme ahora. No me atrevería a tomar la sopa, por miedo de que me envenenase la cocinera. No me atrevería a llamar al médico, temiendo que me matase a propósito, etc. No se puede vivir de esta manera. Ved ahí, pues, cómo la mentira es contraria a la sociedad humana.

Nuestro Señor Jesucristo, la Verdad eterna, hablaba con suavidad a toda clase de pecadores; pero su palabra fulguraba cuando

estigmatizó con el nombre de hipócritas a los fariseos mentirosos y descargó el ¡ay! fatídico sobre sus cabezas.

¡Y cuán inútil es la mentira!

Si bien has logrado una ventaja exterior a trueque de la mentira, es mucho más lo que perdiste en tu interior, rebajando el respeto que a ti mismo tenías. Por ejemplo, mentiste por jactancia y, realmente, te hiciste admirar de tus compañeros. «Pero no has sido tú a quien admiraban, sino la careta que llevabas.» O mentiste por miedo al castigo. «Pero habrías dado pruebas de una fuerza de ánimo mucho más gallarda si hubieras mostrado sinceramente tu falta, y así, por lo menos, te habrías mostrado merecedor de confianza». La mentira siempre es señal de debilidad y de cobardía: menoscaba la dignidad personal del joven.

«En vano se esconde el burro detrás de la puerta: se le ve la oreja»—dice un refrán—. Al hombre mentiroso le es forzoso tener buena memoria, pero en vano, porque un día u otro caerá en contradicción; ha de alimentar una mentira con otra, si quiere mantenerlas en pie; y para mantener la segunda mentira ha de mentir por tercera, cuarta o décima vez. Al desviarse una vez del camino de la verdad, se pisa un terreno pantanoso en que los pies van sumergiéndose cada vez más. El mentiroso al día siguiente ya no se acuerda de lo que dijo ayer, y al término del camino, le espera la vergüenza, la pérdida del honor.

La mentira es un hijo monstruo de la vida moral: y los monstruos no suelen tener vida larga.

¿De que le sirve al hombre mentir? Podrá mañana engañar a su prójimo, pero a Dios nunca. ¡Qué grotesca figura la del hombre cuando se presenta con la máscara de la mentira ante Dios, que es omnividente y cuya mirada lo atraviesa y penetra todo!

Si el cristal de una ventana cubierto de polvo y barro pudiera hablar y dijera al sol: «¡Mira qué hermoso espejo de Venecia soy yo!», el sol contestaría con risa: «¿A qué vienen estas pretensiones? Mi mirada te atraviesa.» Y si el charco dijera al sol: «¡Mira qué lago cristalino soy yo!», el sol se reiría, contestándole: «¿A qué viene tamaña pretensión? Bien veo yo toda la suciedad que hay en ti».

El ojo de Dios nos atraviesa mejor que el sol al vidrio y penetra en nosotros más profundamente que el rayo del sol en el fondo del agua.

«Pero os aseguro —así suelen excusarse los hombres— que yo no suelo mentir. Por lo menos, con el designio de perjudicar al prójimo. Esto sería una infamia. Pero aquellas mentirillas inocentes: un poco de fanfarronería, una pequeña balandronada, una mentira convencional, un poco de bravata, un cargar las tintas, unas leve jactancia, una fina tergiversación de la verdad..., todo esto es muy difícil de evitar, y no perjudico a nadie con estas cosas. Dígame, pues, ¿por qué ha de ser pecado la mentira que no perjudica a nadie?»

Pues te lo diré. Porque tal mentira no existe.

¿Cómo se entiende? Pues, sencillamente, que no hay mentiras inocentes, que no hay mentira que no dañe a nadie. Tal mentira no existe. *Porque, aunque no perjudique a otro, seguramente te dañará a ti mismo*.

¿Pero cómo puede entenderse esto?

Según el precepto de Nuestro Salvador, todos hemos de tender a imitar con la perfección de nuestra alma al Padre celestial (San Mateo 5, 48); por lo tanto, también hemos de imitarle en el amor a la verdad, en la veracidad, en la rectitud. Y debo asemejarme a Dios, al Dios veraz, en el grado en que evite la mentira.

La verdad lleva un rasgo divino en su frente y el que peca voluntariamente contra la verdad peca también contra Dios, aun puesto caso que no perjudique al prójimo.

XXIII. — «MÁNDAME HACER LO QUE QUIERES»

Respeto a la autoridad. No parece sino que tal concepto falta por completo en el ideario de muchos jóvenes. ¡Oh! ¡Estos noveles titanes! ¡Cómo saben criticar y rebajar hasta el suelo todo cuanto existe, escuela, profesor, casa, padres, catecismo, catequista!

Todo lo que hubo en el mundo antes que ellos, todo es «nada»... Todo cuanto se les exige en la clase no deja de ser una «estupidez inútil». Lo que aprenden en el catecismo es «un modo

anticuado de pensar». Las amonestaciones que les hacen sus padres son «escrúpulos de viejos».

Muchos jóvenes casi exigen que los padres los obedezcan a ellos. Consideran la libertad como su mayor tesoro y ven en todas las prescripciones una mengua de su tesoro.

¡Alerta, hijo! Has de obedecer.

¿Por qué?

En primer lugar, porque no eres un ser independiente.

«¿Qué? ¿Que no soy independiente? Pero ¿de quién o de qué dependo yo?» Pues de miles y cientos de miles de cosas y de personas. ¡Ah! No; no eres tú el centro del mundo y no puedes vivir como si no necesitaras a nadie.

¿Sabes quién puede vivir así independiente, desdeñando a todos los demás? El que hace de sí mismo, mece su propia cuna y se nutre de su propio pecho; el que alcanza la estatura que se le antoja y nada necesita en la tierra y, al morir, coloca él mismo su cuerpo en el ataúd, se cava la fosa y se entierra. ¿De qué te ríes? ¿Que no hay hombre de esta clase? Claro está que no. Por lo tanto, tampoco hay quien pueda ser completamente independiente.

Además, hay que obedecer también, porque esto nos da la verdadera libertad. «Precisamente es la desobediencia la que nos da verdadera libertad» —piensas tú—. No. Lo que nos da el desenfreno. Mira el corcel que arroja lejos de sí riendas, arneses, y corre desbocado hacia adelante. ¿Es esto libertad? No. Es desenfreno. ¿Y al final? Llega a romperse los miembros.

Joven, sé que eres obediente. Y has de serlo siempre; no porque es necesario, sino porque quieres, porque sabes que será en provecho tuyo. Lo que has de hacer has de quererlo hacer también, y tendrás doble provecho. Recita muchas veces las sublimes palabras de San Agustín: «Señor, concédeme que haga lo que quieres, y después mándame hacer lo que quieres.»

XXIV. — UN ÁGAVE EN FLOR

Hay una planta interesante, el ágave. Se cuenta que sólo florece cada cien años, pero su flor tiene una belleza incomparable. Se prepara durante cien años para aquel día de esplendor; reúne

fuerzas, va vistiéndose con un trabajo silencioso que nadie nota durante la centuria. Cuando llega la hora, despliega los pétalos frescos de su flor y emebelesa con su hechizo a los hombres que van a admirarla.

Tú también has de ser un ágave en flor. Has de aplicar todas tus fuerzas a alcanzar este único propósito: he de hacer brotar en mí la excelsa flor que se llama carácter.

Soy un árbol que crece.

Soy un capullo que se abre. Soy un sembrado que promete.

Trabajaré sin cesar durante mi juventud; en mi alma podaré los retoños silvestres; reuniré fuerzas para llegar a ser un hombre de carácter en quien encuentren complacencia los mismos ángeles del cielo.

Hay que redimir al alma, y el precio de este rescate es el combate.

2. — FORMA TU CULTURA

El género humano todavía es capaz de realizar grandes progresos materiales, espirituales y morales; y la característica del joven de nobles anhelos es, por cierto, el entusiasmo y la convicción arraigada de que la Providencia divina también la reserva a él, a sus fuerzas, una partícula del gran trabajo, del progreso que todavía está por hacer.

I. — ¿QUIÉN PUEDE SERVIR MEJOR A LA CULTURA HUMANA?

Cuanto más rico sea el mundo interior de una persona, cuanto más noble sea su manera de pensar y más fuerte su alma, tanto más valioso será el servicio que preste al mundo exterior, a la cultura humana. Porque ¿qué es la cultura? El levantarse del hombre por encima de la naturaleza y el dominar las fuerzas salvajes de la misma para los propios fines. Pero *el hombre no puede dar más tesoros al mundo que los que tiene en sí mismo*. Sólo el que está en viva comunión con Dios, el que todo lo mide con la medida de Dios, el que lleva en sí a Dios, fuente primera de la Verdad, de la Fuerza y de la Belleza, puede comunicar algo al mundo; él es quien mejor puede colaborar con el mundo, tanto en la labor científica que indaga la verdad y descubre las fuerzas de la naturaleza como en la labor artística que procura descubrir la hermosura que hay oculta en los seres del Universo.

II. — EL CRISTIANISMO Y LA CULTURA

Nuestro cristianismo nos urge y obliga al cumplimiento puntual de los deberes más pequeños de la vida diaria. ¿Qué quiere que hagamos en la vida terrena? ¿Cruzar inactivos las manos y soñar, suspirar, pintar continuamente cuadros del cielo?

De ninguna manera. Quien así viviese interpretaría erróneamente el fin y mandato del Creador. Dios creó el mundo, mas no lo creó perfecto y acabado; no le cerró la posibilidad de progreso.

Dio a la materia, al agua, al aire, leyes misteriosas, y entregó después al hombre este mundo que estaba en pleno progreso, en vías de formación, en medio de luchas continuas, para que él, el hombre, lo conquistase y lo subyugase y explotase valiéndose de la razón y de su diligencia. Por tanto, cuando el hombre, con todos los sudores y alegrías, con todas las penas y consuelos, se lanza al mundo, cumple un mandato divino, porque al obrar así procede por encargo del Señor.

También se cuidó el Señor de que el hombre, a pesar de todas las dificultades, no dejase nunca este trabajo, poniendo corno acicate, junto a los sudores del trabajo, las alegrías del mismo. ¡Ah, sí, el trabajo creador del hombre tiene también sus alearías! De ello podrían hablar mucho y entonar verdaderos himnos de alabanza los hombres más insignes que crearon obras hermosas en el campo del arte, de la ciencia o de la técnica.

A la luz de este pensamiento adquiere un aspecto completamente nuevo la antigua y conocidísima enseñanza de la Biblia, según la cual Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. ¿Cuándo brilla con más fulgor en nosotros la semejanza divina que al trabajar y obrar según el ejemplo de nuestro Dios creador?

El Cristianismo, por lo tanto —aunque tenga su razón de ser en el cielo y del cielo nos hable—, nunca ha sido enemigo de la incansable actividad terrena.

¿Conoces la disputa del águila y del reyezuelo?

«Apostemos —dijo el reyezuelo al águila— a ver quién sabe levantarse a mayor altura.» El águila extendió sus poderosas alas: y, a manera de flecha, surcó el cielo. El reyezuelo se escondió furtivamente sobre la espalda del águila; y cuando ésta, allá arriba, en la altura vertiginosa, quiso descansar con satisfacción triunfal, el reyezuelo, astuto, con unos aletazos se levantó algo más y gritó victoriosamente: «Te he vencido; estoy más arriba.» Y, sin embargo, nunca hubiese llegado a tales alturas sin el águila.

La civilización actual ha alcanzado las alturas mediante un progreso magnífico; pero, por desgracia, pretende olvidar que toda la cultura moderna trae su origen de la cultura religiosa, se alimentó

de ella, se apoyó en ella para volar a las alturas y —si no quiere perecer— no puede renegar de la madre que le dio la vida.

¿Quiénes fueron los que asentaron los cimientos de la civilización entre los pueblos paganos? ¿Quiénes les enseñaron los elementos de la agricultura? ¿Quiénes conquistaron los bosques vírgenes? ¿Quienes los que llevaron por doquier la civilización? He aquí la respuesta de la historia: los misioneros, los sacerdotes, los hijos de la Iglesia católica.

Sigamos preguntando: ¿Quiénes regentaron los dominios de la cultura? ¿Quiénes regentaron escuelas durante siglos? Sólo la Iglesia católica; no hubo nadie más, ni siquiera el mismo Estado, que se preocupase de la ciencia.

¿A quiénes debemos la conservación de los escritos clásicos de Grecia y Roma? A la diligencia de los frailes amanuenses de la Edad Media, que, a la débil luz de una vela, los iban copiando hasta la madrugada.

El Cristianismo siempre ha sido la fuente más abundante de la fuerza positiva de trabajo y de la actividad conquistadora del mundo.

III. — ¿TÉCNICA O CULTURA?

Empiezo con una historieta casi increíble... Es decir, acaso mejor será no llamarla historia, porque yo soy el primero en no creer que haya sucedido de veras. Acaso, repito, no ha sucedido..., hasta ahora. Pero..., ¿quién sabe si no podrá suceder muy pronto? Si la vida se deja arrastrar por la técnica, como en nuestros días, en creciente proporción, no será imposible que suceda.

El caso es que un niño de seis años, de la gran ciudad, fue llevado por sus padres a una granja a pasar las vacaciones. El niño, raquítico y pálido, salió por vez primera de entre los ingentes bloques de cemento y de ladrillos que se llaman casas, y entre los cuales apenas se puede divisar un trocito de cielo... Era la vez primera que se encontraba en una granja; se acercaba la noche silenciosa, llena de estrellas.

El niño estaba en el patio, cuando comenzó a gritar, llamando a su madre, que estaba dentro:

—Mamá, sal a prisa. ¡Mira qué reclamo de cine hay en el aire...!

La madre salió... En la silenciosa noche de verano brillaba con palidez en la bóveda celestial la hoz estrecha y anaranjada de la luna nueva...

Hasta aquí la historia. En ella quedan indicadas todas las situaciones falsas y torcidas que la vida de hoy, exageradamente técnica y unilateral, impone a la generación joven, y con ella, a la futura humanidad.

Porque, aun puesto caso que la referida historia no correspondiese a un hecho real, ¿quién se atrevería a negar que ilustre una verdad amarga, ciertamente? Los niños de las grandes ciudades de hoy día, los muchachos de ocho a diez años, no tienen siquiera idea de lo que es el canto del mirlo, el trino de la alondra, el arrullo de la tórtola; pero son capaces estos mismos niños de decir, a cincuenta pasos de distancia, con los ojos vendados, sólo oyendo el ronquido del motor, de qué marca es la moto que se avecina. No tienen idea de la diferencia que hay entre el trigo, el centeno, la avena y la cebada; pero conocen bien las diferencias que hay entre las diferentes marcas de autos o vestidos de moda.

¿Es esto lo normal, lo ordenado?

Únicamente podemos encontrar armonía, tranquilidad, orden donde las partes constituyentes del todo cooperan y están en perfecto equilibrio. Si la mano, o el pie, o el corazón o cualquier otro miembro del cuerpo humano empezaran a crecer desmesuradamente, sin proporción con los otros miembros, pronto se producirían graves perturbaciones en todo el organismo. Los médicos llaman a este mal hipertrofia. Pues bien, la humanidad actual sufre lo que con todo derecho podemos apellidar «hipertrofia técnica».

¡Qué extraño e incompresible espectáculo presenciamos en la vida actual! El mundo rebosa de hombres amargados, quejumbrosos, desesperados, quebrantados..., cuando todo tendría que estar agradecido a Dios por vivir precisamente eh esta época actual, en que la ciencia humana, con el sinnúmero de creaciones técnicas insospechadas, puede hacer más hermosa, más fácil, más rica la vida.

Tendríamos que alegrarnos de vivir precisamente hoy. Y. no obstante, no nos alegramos. Porque no podemos alegrarnos.

¿Cuál es la causa? El haber sido vencidos en la revolución más grande que se haya visto jamás en la tierra.

En las revoluciones antiguas era el hombre quien se rebelaba contra el hombre; una clase del pueblo contra la otra...; pero hoy día es la técnica quien se ha rebelado contra la humanidad: ella sacudió el dominio del hombre; y la que tendría que ser nuestra esclava para ayudarnos se ha erigido en poder cruel, dictatorial.

Los adelantos técnicos se nos cayeron encima como por sorpresa. De repente, todo un cúmulo de descubrimientos técnicos inundaron a la humanidad, y ésta —no estando debidamente preparada para ello—no supo usarlos rectamente y situarlos en su vida de una manera beneficiosa.

El hombre no vio más que una cosa en la técnica: la posibilidad del repentino enriquecimiento. Y esa caza febril de la riqueza trastornó de una manera fatal los fines y los valores; olvidó el hombre que la técnica tiene por objeto servir a la humanidad; en vez de esto, se puso él al servicio de la técnica.

¿Cuál ha sido la consecuencia? El hecho tan doloroso y trágico de que *la civilización empezó a desarrollarse en proporciones gigantescas, más quedó atascada nuestra cultura*.

Porque estas dos cosas no significan lo mismo. Están muy lejos de significarlo. Si inventamos el avión, esto es civilización. Pero aprovechar el aparato no para matar e incendiar, sino para nobles fines humanos, para acercar los hombres entre sí...; esto ya es cultura, es reconocer los valores morales.

Toda máquina nueva, toda nueva red telefónica, toda nueva línea ferroviaria, toda nueva central eléctrica, toda fábrica nueva..., no es más que civilización. El modo y el fin con que los empleamos, el poner todo al servicio de un noble ideal humano o aplicarlo a la destrucción, esto depende ya de la cultura.

La civilización viene a ser un tirano: la cultura, una madre.

Hay una gran diferencia entre el trabajo creador del hombre antiguo y el del hombre moderno.

Antes, la energía creadora del hombre estaba principalmente al servicio de la cultura espiritual. De ahí las obras maestras de la arquitectura y de la pintura; las catedrales góticas, tan esbeltas; los castillos y los palacios, los ornamentos y vasos sagrados, los

gobelinos y piezas de arte, tales, que nosotros ya no somos capaces de crear.

¿Por qué no podemos llegar a tales alturas? Porque no trabajamos como se trabajaba antes. ¿A qué dedica el hombre moderno todos sus momentos, todas las gotas de su sangre, todas las fibras de sus nervios? A la técnica y siempre a la técnica.

Pero en el pecado está la penitencia.

Reconozcamos que los *records* de la técnica sólo suponen valores si coadyuvan al adelanto de la cultura espiritual.

IV. — HAZ El TRABAJO QUE TE INCUMBE

El destino de nuestra vida es la gloria de Dios y el bien de los prójimos. Por lo tanto, tenemos el deber de cultivar en nosotros todas las aptitudes que nos pueden ayudar a conseguir tal objeto. El joven, cuyos actos, cuyos pensamientos, cuyas palabras y manifestaciones de su vida van orientados por estos nobles principios, es un joven de espíritu elevado.

Y esto es lo principal: obrar según principios nobles. Por lo tanto, no basta tener buenos pensamientos, sino que, además, es necesario que de éstos broten los sentimientos correspondientes. y de los sentimientos, propósitos y obras.

Al recomendar que se llene el espíritu de ideales, no hablo de vanos ensueños, que vagan por las nubes, ni de cuentos de hadas. El que siempre está construyendo castillos de naipes en su fantasía y se deja seducir por espejismos no es estudiante de fecundos ideales, sino más bien idealista tan estéril como perezoso. Los nobles ideales deben ir hermanados con el entusiasmo práctico, con el espíritu de trabajo, con la energía, como que a estas cosas debe la humanidad todos sus progresos.

La característica principal del espíritu que propugno es que el joven no aprecie tan sólo el progreso material, las adelantos técnicos, las máquinas y motores, sino que, además, crea a pie juntillas en la realidad de los ideales invisibles: en el honor, en el cumplimiento exacto del deber, en el amor a la patria y en el amor al prójimo.

A ti te incumbe el deber de contribuir a que la humanidad sea mejor, más culta, más perfecta. El joven de alma noble no pregunta, pues: «¿Qué tengo que hacer para conseguir la felicidad?», sino dice: «Cumpliré mi deber y sé que así seré feliz.»

No debe haber en el mundo hombres que no trabajan. Todos, sin excepción, hemos de trabajar. Por lo tanto también los jóvenes. Si no quieres trabajar con el entendimiento, hazte aprendiz de zapatero y merecerás respeto y estima si haces honradamente tu trabajo con las herramientas en la mano. Pero si eres estudiante, entonces haz el trabajo que te incumbe, es decir, estudia.

V. — TU RINCÓN DE ESTUDIO

Si tienes un cuarto para ti solo, arréglalo con gusto y tenlo siempre ordenado. El estudiante tiene que pasar mucho tiempo en su cuarto; por lo tanto, éste ha de ser agradable para que vivas a gusto en él.

Si no tiene un cuarto de estudio para ti solo, si nada más dispones de una mesa-escritorio, tenla también ordenada para que el aseo exterior delate en seguida la disciplina interna, espiritual. Coloca sobre tu mesa un pequeño crucifijo y, durante tu trabajo. levanta algunas veces tus pensamientos al Salvador crucificado: verás qué fuerza y energías brotan de estas cortas meditaciones.

No sería malo tener algunas macetas con plantas sobre tu mesa y que las cuides; es algo que depurará tus sentimientos. «El que ama las flores no puede dejar de ser bueno.» Una sonrisa radiante inunda el aposento cuando algunas flores alargan sus corolas en la suave luz de la lámpara ante los ojos del muchacho, que suda mientras prepara su lección de álgebra.

VI. — PENSAR DE NIÑO, PENSAR DE JOVEN

El niño solamente piensa con imágenes: en vez de conceptos, que le hacen falta, emplea las nociones toscas que tiene de los objetos. ¿Qué es el pecado? —le preguntamos—. Y nos contesta: «Si alguien roba pan.» ¿Qué es la prudencia? «Si alguien tiene calor y no bebe.»

Este estado puede durar más allá de los catorce años de edad, en ciertas personas dura toda la vida: más aún, al tratarse de conceptos difíciles, hasta el hombre instruido acudirá con preferencia a las imágenes. (Al tener que leer los periódicos del domingo, muchos hombres adultos empiezan la lectura... por los suplementos ilustrados.)

Pero hacia los catorce años ya empieza a acentuarse el pensar por conceptos. El joven empieza a poner orden entre los conceptos adquiridos y, merced a la asociación de representaciones, descubre también nuevos aspectos de las cosas. Casi podríamos decir que pone nuevos carriles y nuevos cambios de vía ante la antigua locomotora.

La sensación de *estar en forma,* la agilidad mental, la fortaleza física, despiertan en los muchachos un sentimiento de fuerza, de valentía, de personalidad, de independencia. El joven se separa del mundo objetivo: aún más, toma posiciones frente al mismo. Tiene valor para oponerse. La rapidez y facilidad de las asociaciones de ideas despierta otras nuevas y nuevos impulsos en el cerebro. Mejorar lo antiguo, estructurar lo nuevo, según sus propias ideas; tal cree que es su deber. Tiene problemas e ideas, y procura engastarlos en la vida. El que antes era arrastrado como un niño por la corriente del mundo, ahora procura mejorar el curso del mundo. Por lo menos, cree que éste es su deber.

Hay que aprovechar este pujante sentimiento de fuerza para una actividad provechosa en el montañismo, en el deporte, en la excursión; aprovechar el idealismo por mejorar el mundo para tratar de solucionar los problemas científicos y sociales. Esta energía amontonada es corno el agua en el molino: si cae sobre la rueda del molino, lo mueve; si no, se pierde.

A consecuencia del desarrollo del cerebro se notan nuevos procesos psíquicos, principalmente un gran ansía por conocer. El joven desea penetrar la esencia de las cosas. Pero al principio no acierta a encontrar la vida real y no hace sino soñar, tejer planes. Su fantasía galopa sin riendas por el mundo de los cuentos y las novelas.

Tan sólo hacia el final de la época de la pubertad está en disposición de librarse de las impresiones de los sentidos y levantarse de lo experimental a lo teórico, de lo concreto a lo general.

Sólo entonces es capaz de una contemplación abstracta de orden religioso y moral, y ya puede apoyarse en su propia actividad intelectual. En esta época se diferencian más destacadamente las inclinaciones personales, y por esto se despierta su interés por el objetivo, por el destino de la propia vida, por la carrera que va a abrazar.

Por la actividad intelectual que hemos mencionado se puede explicar el espíritu activo de los jóvenes en esta época y su inclinación más bien productiva, en contraposición con la dirección anterior, más bien receptiva. La falta de las debidas nociones preliminares en este terreno induce fácilmente a los jóvenes a la formación de conceptos erróneos, muchas veces a necedades pero de cuando en cuando también les inspira pensamientos sorprendentes, interesantes y de una originalidad casi inexplicable.

VII. — EL PELIGRO DEL ORGULLO

Muchas veces nos encontramos con jóvenes orgullosos, que miran con desprecio a todos los demás hombres.

¿Qué es lo que produce tanto orgullo en estos jóvenes? A uno, el tener un padre rico, vestir a la moda, tener una moto de gran cilindrada. A otro, el tener un rostro hermoso y unas proporciones armónicas. Al tercero, poseer un entendimiento despejado, salidas ingeniosas y facilidad para el estudio.

Todo esto no es mérito tuyo. Ni tiene verdadero valor, porque es efímero. Y, además, sin la belleza del alma es mera exterioridad, algo así como el vestido vuelto del revés: no se nota por fuera lo gastado que está por dentro.

Se debería escribir en la mesa de estos muchachos engreídos la frase que susurró al oído del triunfador romano el esclavo que estaba sentado detrás de él: «¡Cuidado con caerte!»

Leí una vez que un hombre, de familia muy modesta, que gracias a su diligencia y constancia se abrió camino y escaló los más altos puestos del Estado, de modo que el rey le hizo conde por sus merecimientos.

¿Qué hacía este nuevo conde para no enorgullecerse demasiado? Se llamaba con frecuencia «conde Nadaporsí», y con esto se inculcaba continuamente la virtud de la humildad.

Todos somos barones, condes y príncipes de «Nadaporsí». ¿Qué tienes tú que no lo hayas recibido? «Y si lo que tienes lo has recibido, ¿de qué te jactas como si no lo hubieses recibido?» —escribe San Pablo en una de sus cartas (I Carta a los Corintios 4, 7).

VIII.— PARA DAR SUAVIDAD A LA ARCILLA

¿Has visto trabajar a un escultor? Antes de hacer el modelo prepara la arcilla: la amasa y la trabaja, para que llegue a ser lo más dúctil y suave que sea posible.

Cuando entras en la escuela, tu entendimiento, tus facultades son como la materia prima del escultor. Los cursos de segunda enseñanza o de secundaria no dan todavía la forma definitiva (dicen los estudiantes: «¡Aprendemos tantas cosas superfluas!»), pero tampoco es éste su objetivo, sino amasar, trabajar, ejercitar tu entendimiento para que cuando tenga suficiente madurez para las ciencias especiales sepas pensar con disciplina, juzgar con facilidad; en una palabra, *estudiar con provecho*.

Se necesitan jóvenes que sepan penetrar ágilmente en el meollo de las cuestiones, jóvenes que sepan ordenar sus pensamientos, encadenarlos, deducir unos de otros, encontrar la expresión adecuada de los mismos, seguir el razonamiento de los demás, descubrir en seguida los posibles defectos del propio raciocinio o, en otras palabras, *que sepan pensar con disciplina*.

No solamente los estudiantes, sino todo el mundo puede ver que en las aulas habéis de aprender realmente muchas cosas que nunca más necesitaréis en la vida. Es que todas las asignaturas, aun las lenguas clásicas y las matemáticas —¡los grandes espectros de la vida estudiantil!—, prescritas en los cursos de enseñanza secundaria, desarrollan la facilidad de discurrir sin anarquía mental. Son una gimnasia del espíritu: por obra y virtud de la segunda enseñanza aprenderás a realizar trabajo mental verdadero.

IX. — « Yo NO TENGO QUE ESTUDIAR, TENGO TALENTO

El caracol y la liebre rivalizaron cierto día en una carrera. La meta había de ser el confín de Un bosque cercano. El caracol emprendió su camino con mucho fervor: sudaba; se esforzaba. La liebre, con ilimitada confianza, se acostó en el suelo bajo los rayos esplendorosos del sol, y pensaba: «¡Imbécil! ¿Para qué tantas fatigas, a qué vienen tantos sudores? Es por demás. En dos saltos te dejo yo tan atrás que no me verás la punta de la cola.» El caracol seguía su camino, arrastrándose, sudando, trabajando, y cuando la liebre se dio cuenta no le faltaba más que un paso para llegar al bosque. «¡Demonios! Hay que correr. ¡Adelante!—exclamó la liebre—. Da un salto, da otro salto; pero, antes de dar el tercero, el caracol ya estaba en el bosque...

La perseverancia y la diligencia vencen al talento.

En el trabajo espiritual también es condición de primera necesidad la constancia. No se puede decir que corresponda por completo a la verdad, pero encierra gran parte de ella, «el genio es paciencia». Podría mostraros una larga lista de jóvenes de gran talento que corrieron a la ruina por su modo ligero de pensar. Aunque no lo tomaban muy en serio, hicieron sus estudios de enseñanza secundaria con las mejores calificaciones; pero en la vida no dieron fruto, precisamente porque no estaban acostumbrados a un trabajo sistemático. No llegaron a nada. Por otra parte, muchos de los célebres prohombres durante los años de estudio no tenían más que un talento mediano, pero supieron compensarlo con diligencia térrea y con trabajo constante y sistemático.

El «aprender con facilidad», indudablemente, es un don peligroso para muchos jóvenes. «¡Yo no tengo que estudiar; tengo talento!» —dicen muchos jóvenes en sus adentros—. Pero el talento en sí aún no es ciencia; sólo es medio para alcanzarla. Y muchos jóvenes de talento fracasaron en las clases de segunda enseñanza o en la Universidad sólo porque no hicieron fructificar el talento que les fue concedido por Dios. «La labor perseverante vence todas las dificultades», escribió Virgilio.

¡El caracol puede vencer a la liebre!

X. — LA PACIENCIA DA NO SOLAMENTE ROSAS, SINO TAMBIÉN CULTURA

Por desgracia, abundan los caracteres que no son muy propicios a este trabajo insistente. Durante la Primera Guerra Mundial, los húsares, con su empuje característico y heroísmo incontrastable, se metían, cabalgando, en los mismos nidos de las baterías, ¡y morían!; porque no les gustaba estarse quietos semanas y semanas en las trincheras. Al final, llegó a vencer el método de las trincheras. De la misma manera, en la vida los éxitos no se alcanzan con heroicas cabalgadas, con momentáneos arranques, sino con diligente constancia durante años y lustros. Aunque te cueste al principio, has de aprenderlo.

Esta *paciencia activa* levantó, a costa de enorme trabajo, las pirámides de Egipto; ella instigó a los monjes medievales a copiar durante una vida entera, junto a la luz débil de un velón, las obras que nos legaron los clásicos griegos y latinos; esta paciencia estudió, después de experimentos infructuosos de muchas decenas y centenares de años, las leyes de las fuerzas de la naturaleza, y las subyugó, una tras otra, para que sirviesen al hombre. Un proverbio húngaro dice que la paciencia da rosas. Da también ciencia, instrucción, modales, cultura.

«Aprisa, aprisa. ¡Pasar lo malo del trabajo!», es la divisa de muchos estudiantes.

¡Ah! ¿Sí? ¿Sabes cuánto tiempo empleó Dante para su obra de fama mundial, la *Divina Comedia*? Treinta años justos.

Y Dickens, el gran escritor inglés, dice de sí que cada libro le costaba un trabajo inmenso.

Prescott, célebre historiador americano, ya era casi ciego; y, no obstante, cuando para escribir su gran obra *Fernando e Isabel de España* le fue necesario conocer los idiomas modernos, ya en la madurez de su vida, empleó diez años en el estudio de lenguas.

Newton, el gran astrónomo, escribió quince veces su *Cronología,* hasta que pudo darse por satisfecho.

Cuando Ticiano, el pintor de fama mundial, envió a Carlos V su célebre *Ultima Cena,* escribió lo siguiente: «Mando a Vuestra

Majestad un cuadro en el que he trabajado diariamente, y muchas veces hasta por la noche, durante siete años.»

Virgilio estuvo escribiendo durante veinte años la *Eneida*; y, no obstante, quiso destruirla antes de morir, por no considerarla bastante buena.

Fenelón transcribió diecinueve veces su célebre obra educadora, el *Telémaco*, y aún en la última copia borró y enmendó mucho.

Edison era todavía niño cuando pasaba ya la mitad de las noches leyendo; no leía novelas, sino tratados técnicos de mecánica, de química y de electricidad.

Tolstoi ejercía una crítica muy severa respecto a sus obras, y decía que el oro sale a la luz del sol después de pasarlo por el tamiz y lavarlo repetidas veces; no corregía tan sólo los borradores, sino aun las copias, de suerte que algunas veces el texto definitivo era la tercera transcripción, pero había pasajes que corregía aún muchas veces.

Stephenson trabajó durante quince años en el perfeccionamiento de su locomotora, para obtener éxito.

Watt meditó durante tres decenas de años la máquina condensadora de vapor.

Hérschell quiso fabricar para uno de sus telescopios un espejo cóncavo. Hizo uno; pero no era adecuado. Hizo un segundo: tampoco salió bien. Un tercero; tampoco le servía. Hizo más de doscientos espejos cóncavos antes de fabricar el que verdaderamente le convenía. Pero lo fabricó, al fin. Ved ahí que hasta al talento genial le prestan eficaz ayuda la diligencia y la perseverancia.

Newton tenía un entendimiento vasto y, no obstante, cuando le preguntaron cómo pudo hacer sus descubrimientos, contestó con modestia: «Sencillamente, estaba yo soñando siempre con ellos.» Casi exageró la diligencia, ya que todo su descanso consistía en cambiar sus estudios y alternar los temas.

Ejemplo elocuente del magnífico resultado que dan más tarde el ejercicio y la disciplina practicados en los años de la juventud ese Roberto Peel, uno de los oradores de más relieve del Parlamento inglés, que refutó con admirable memoria todos los argu-

mentos, uno tras otro, de sus contrarios políticos. ¿De dónde sacó aquella memoria excelente? Cuando niño, al volver de la iglesia, su padre le hacía subirse a una mesa y recitar el sermón. Al principio, como es natural, le costaba: pero el ejercicio llegó a dar tanta agudeza a su entendimiento que recitaba casi palabra por palabra los sermones. Y los éxitos de la plena virilidad los debió a este trabajo arduo de la niñez.

Los padres de Stephenson, pobres como eran, no tenían medios de mandar a la escuela a su hijo, futuro inventor de la máquina de vapor; tuvo que trabajar doce horas diarias; pero robaba tiempo a la noche, con tal de poder aprender a leer y escribir. Tenía diecinueve años cuando llegó a escribir su propio nombre, y ¡qué alegría le proporcionaba el poder cultivar su entendimiento en los cortos ratos que le quedaban libres! Durante el descanso concedido para la comida, se entretenía en resolver problemas de matemáticas, que escribía en el costado del carro de carbón.

XI. — PARA LLEGAR A LAS ALTURAS

En una espléndida madrugada de julio, dos estudiantes emprendieron el camino para escalar la cumbre de Lomnic. Ambos nacieron en la gran llanura húngara y nunca habían visto montañas tan magníficas y gigantescas. Al son de una alegre canción, iban caminando aprisa, y riéndose, dejaron atrás a un anciano, que, al parecer, también se dirigía hacia la cumbre, pero con pasos tan reposados, tan mesurados, que «hasta el caracol se arrastra más aprisa», observó uno de los estudiantes. Cuando a los diez minutos volvieron su mirada al anciano, les parecía una pequeña hormiga allá lejos, a sus pies. Pero el pulmón de los muchachos empezó a jadear cada vez más; al principio tomaban cada media hora de subida un descanso de cinco minutos; más tarde, tuvieron que descansar un cuarto de hora. Y cuando hacia el mediodía se tumbaron completamente agotados junto a la orilla de una cascada, he ahí que aparece de repente por el camino el hombre-caracol, y con los mismos pasos reposados, mesurados, como por la mañana, pasa delante de ellos, y sube..., sube..., cada vez más arriba..., sube el anciano...; otra vez parece una pequeña hormiga... Los dos jóvenes, en cambio, están tendidos sobre las rocas, presos

de un cansancio que los paraliza. Porque para llegar a las alturas y alcanzar la cima prefijada, no basta un arranque juvenil y una llamarada de fuego de paja, sino que es menester para ello una perseverancia reposada, siempre igual, constante.

XII. – EL ESTUDIANTE-ABEJORRO

Con razón consideramos la abeja como símbolo de diligencia. Admirable es la perseverancia incansable con que vuela durante todo el día de una a otra flor, recogiendo miel. La abejita diligente que de las flores recoge la miel y el joven que estudia en sus libros son muy parecidos. De la misma numera, también nosotros, hombres o bien estudiantes, debemos extraer de muchos libros, de muchas impresiones, de muchas observaciones, con incansable diligencia, la ciencia necesaria para la vida.

Y hay aún otros puntos de contacto entre la abeja y el estudiante. Se parecen en que ambos tienen parientes de menos valía. También la abeja tiene un pariente degenerado: el abejorro. Por fuera se parece a la abeja trabajadora, zumba lo mismo, hasta más fuerte; vuela de la misma manera, de flor en flor; hasta se sienta en alguna que otra roca con tal seriedad que al verlo se creería que está extrayendo miel de la misma piedra; pero después de los trajines de un día entero, siempre llega a casa sin miel. Así es el abejorro.

¿Y cómo es el «estudiante-abejorro»? Está sentado ante el libro abierto, lo mismo que los demás: vuelve las páginas de la misma manera, y aún las vuelve más. Mira con tal seriedad las letras que no parece sino que hasta de la roca de la cubierta del libro quisiera extraer ciencia. Su madre lo acaricia con tanta compasión: «¡Pobre hijito, te matas con tanto estudiar!»; y, sin embargo, no hace sino remedar la diligencia.

Su entendimiento va errante por todas partes; en su cabeza se acumulan pensamientos que nada tienen que ver con el estudio. Menos mal si en su cerebro no se arremolinan conceptos malos y pensamientos poco edificantes, porque entonces sí que se da la copia fiel del abejorro, cuya larva, como es sabido, se cría con predilección en la basura.

¡Te tengo lástima, pobre «estudiante-abejorro», que vas malgastando los años más fértiles de tu juventud!

XIII. — TÉCNICA DEL ESTUDIO

El aprender es un arte. Pero has de tener idea cabal de este difícil arte.

Es curioso ver cuántas cosas tiene que aprender el estudiante en las aulas y cuán poco se le enseña el modo de estudiar.

No se le enseña cómo ha de hacerlo de un modo racional, prudente, para que sean sus desvelos coronados por el éxito, además de resultarle más fácil y llevadero el estudio, tan pesado de por sí.

Pero siendo el estudio siempre un trabajo regado de sudores no es, sin embargo, imposible aliviarlo con algunas medidas de prudencia.

Hay muchos artificios, pequeños y hábiles, con los cuales es dado facilitarlo. Y como, por lo que fuere, es tanto el caudal de conocimientos que a los jóvenes se pide en nuestros días, no estará de más que procures adquirir una técnica de estudio, que podríamos llamar económico: es decir, que te ahorre muchas fuerzas.

XIV. — «No BORRES MIS CÍRCULOS»

Primera condición para estudiar bien es estudiar con atención. Con la mayor atención posible.

Hay dos clases de atención: *intensiva y extensiva*. La primera es propia del investigador sabio, cuya «distracción» proverbial no es distracción, sino todo lo contrario: una atención muy fuerte reconcentrada en un solo objeto. Ribot denomina con mucha justeza a los de este grupo: «distraídos absortos», en vez de «distraídos disipados».

En cambio es propia del maestro la atención extensiva. La necesita el profesor para ver toda la clase y, al mismo tiempo, prestar atención a la materia que explica. Si su atención no es extensiva, entonces, una de dos: o solamente atiende a la expli-

cación y no nota que toda la clase se distrae, o bien lo nota y se excita, y con esto pierde el hilo del discurso.

En la vida necesitamos las dos clases de atención, y quien mejor las ejercite más ventajas logrará. Así, pues, el estudiante no debe ver, ni oír, ni pensar otra cosa que lo que está en el libro, mientras que quien anda por la calle, asiste a reuniones o va de viaje tiene que ver, oír, almacenar, cuantos más datos, mejor.

Puedes entrenarte también en el arte de atender. Algunos estudiantes se quejan de no tener un cuarto silencioso donde estudiar apaciblemente. Pues bien; una voluntad firme es capaz de vencer también en este caso.

Cuéntase del más célebre matemático y físico de la antigüedad. Arquímedes, que mientras Marcelo, el caudillo romano, sitiaba la ciudad de Siracusa en el año 212 (antes de Cristo). él estaba trabajando tranquilamente en casa en un problema matemático muy difícil.

Los romanos habían ya logrado entrar en la ciudad y él no lo había notado todavía. Un soldado entró con estrépito en su casa; allí estaba Arquímedes, sentado en el jardín, dibujando figuras geométricas en el suelo. En medio del estruendo, griterío y desorden del asalto, el sabio había seguido sus cálculos con tranquilidad, sin darse cuenta de nada. Y aun cuando se le presentó el soldado. Arquímedes casi no lo notó, y espontáneamente, sin levantar los ojos siquiera, le dijo tranquilamente: «No borres mis círculos.»

«¡Oh! ¡Si yo pudiera trabajar con atención parecida!», suspiran muchos jóvenes al oír esta historia. Pues bien; de Arquímedes podemos aprender las dos cualidades principales del trabajo atento. En primer lugar, procuraba él abstraerse de los acontecimientos exteriores que podían estorbarle, y luego concentraba las fuerzas de su espíritu con admirable disciplina para consagrarse durante aquella hora exclusivamente a las leyes matemáticas. Y este detalle es aún más importante que el primero.

En vano tendrán ciertos jóvenes un cuarto silencioso, porque su fantasía rebelde y volcánica estará vagando en mil y mil direcciones durante el estudio.

XV. — PLURIBUS INTENTOS, MINOR EST AD SINGULA SENSUS

No pienses al estudiar en ninguna otra cosa. Quien mucho abarca, poco aprieta. El que persigue dos liebres a la vez, a buen seguro que no cazará ninguna.

Hay jóvenes que van pasando los años valiosos de enseñanza secundaria con verdadera habilidad para sacar de ellos el menor provecho. Sí; van a la escuela; se les obliga a ello; pero sólo toman parte en el trabajo con medio corazón, con un solo ojo, con un solo oído.

¿Y la otra parte? Prestan atención, muy a pesar suyo, pero con la mitad de su entendimiento recorren el campo del partido de «fútbol» de la tarde. Vigilan con un ojo; de reojo, miran al profesor, pero en el momento siguiente ya leen de nuevo, debajo del banco, los incidentes de una novela. Si el profesor hace un movimiento, instantáneamente lo miran con una cara tan asombrosamente inteligente como si estuvieran absortos en lo que dice.

Sinceramente, me dan lástima estos muchachos. Me dan lástima porque estas dos mitades de su trabajo no pasan de ser un continuo titubeo. Ellos, sin embargo, sostienen que simultáneamente pueden prestar atención a dos puntos, a debajo del banco y a encima del banco; pero la psicología los desmiente. El tiempo se les va lo mismo que a aquellos que toman parte en la lección con alma y vida; la diferencia está en que éstos se saben ya la lección, mientras aquéllos arrojan los libros porque no comprenden ni una cosa ni otra.

Un día me llamó la atención una bandada de grullas que cruzaban un día el cielo. Todo el grupo, en forma de cuña, surcaba magníficamente los aires; pero, muy lejos de sus compañeras, remaba, tambaleando, con inhábiles aletazos, una pobre grulla que se había quedado atrás. Le sacaron a la infeliz en una riña las plumas de la cola, su timón; y aunque trabaja en el aire, doble que sus compañeras, no obstante, no llegaba al final. Grulla sin cola es también el estudiante de quien hablamos: también él trabaja, pero no adelanta.

XVI. — UNA CAPACIDAD PRODIGIOSA

Las impresiones de los sentidos dejan en nosotros imágenes. y la conservación de estas imágenes se llama memoria. Es la base de todo estudio y saber.

Nuestros sentidos no descansan un momento. Los acontecimientos del mundo exterior llegan a ellos en tropel; ellos, a través del sistema nervioso, llevan las excitaciones al cerebro, y allí nuestro espíritu las percibe en forma de imagen.

Cuanto más concentrada es la atención que prestamos a estos fenómenos tanta más clara es la percepción, y en estos casos decimos que ocupa el centro de nuestra conciencia.

En pocas cosas podemos pensar de un modo claro y preciso; son muy pocas las imágenes que pueden conservarse a un tiempo en el centro de nuestra conciencia. Impresiones siempre nuevas lanzan las anteriores del centro luminoso, y así, nuestras impresiones van palideciendo, hasta llegar a borrarse de nuestra conciencia.

¿Realmente, se borran por completo? En rigor, no. Lo que ha pasado una vez por nuestros sentidos queda archivado en nosotros para siempre; mucho más, las cosas estudiadas, no una, sino muchas veces, y de un modo consciente, con una fuerte atención.

Pero ¿dónde se meten estas especies? Debajo del umbral de la conciencia. Allí forman un intenso tesoro, y nosotros, al tratar de recordarlas, no hacemos sino buscar en el tesoro algo que allí entró, un concepto formado con anterioridad, una especie que existe, sin género de duda, mas que no logramos descubrir en el primer momento entre millones de imágenes o conceptos.

Cuando lo encontramos, revive en nosotros lo que sentimos la primera vez, pero ya no es necesario el objeto exterior ni su estímulo sobre los nervios.

Es una cosa sencillamente sublime. Cómo se realiza en nosotros este almacenar nombres de personas y ciudades, de animales, calles y plantas; cómo se forma este riquísimo tesoro en que millones de acontecimientos e historias tienen sus respectivos representantes, nadie lo sabe; el que medita un poco sobre un hecho tan admirable no puede menos de dar gracias, con el

corazón conmovido, al Dios creador que dotó de una capacidad tan prodigiosa y tan llena de misterio a la memoria humana.

Sería erróneo identificar la memoria con la capacidad de aprender. La capacidad de aprender se refiere al momento, a la comprensión rápida y segura; su apogeo está entre los veinte a veinticinco años, aunque es verdad que un hombre de cincuenta años puede sobrepujar en esto a los jóvenes. En cambio, la memoria es la conservación y rápida reproducción de las imágenes; está en su mayor auge entre los diez a catorce años; después va menguando con la edad.

XVII. — EL EJERCICIO DE LA MEMORIA

Algunos olvidaban con facilidad, con demasiada facilidad. La cabeza de algunos muchachos se parece a un tonel agujereado: en vano se derrama en él la ciencia, que se escurre muy aprisa.

No por esto se debe disculpar sin más ni más a estos jóvenes desmemoriados; alguna responsabilidad les alcanza en ese fenómeno, porque *el olvido, la distracción, es un mal al que no pocas veces puede ponerse remedio*. Consiste todo en que la persona trabaje o no con perseverancia y habilidad oportunas en la educación de su memoria.

Sin el ejercicio de la memoria, no hay estudio, no hay cultura. Hay que saber de memoria, palabra por palabra, no sólo en las poesías o las citas de autoridades, sino también las reglas de la gramática, las fechas de la historia, el enunciado de los teoremas, las leyes de la física...

Pero no te asustes. Con un método adecuado, se facilita el aprender de memoria. Así, por ejemplo, mucho puede ayudarte la llamada memoria local, que retiene no sólo el texto, sino también el lugar de la página y del libro en donde se encuentra y de los caracteres con que está impreso.

Mejor todavía si te fijas en otros muchos detalles insignificantes y especiales. Por ejemplo: aquí hay un dibujo; allí, un título con negritas; allá yo he subrayado algo con lápiz rojo. ¿Dónde está el texto? ¡Ah! Sí; en la parte superior de la página..., al pie de la página..., en medio de la página..., en la nota. Muchas veces basta

saber el lugar en que está colocado el texto para recordarlo al pie de la letra.

Busca una palabra mnemotécnica. Entendemos con este nombre una palabra sin sentido, formada con las iniciales de los vocablos que se quieren aprender.

Apréndete bien la lección, y al tener que decirla, no hagas más que pensar en las letras de tal palabra y saldrás airoso de tu empeño.

Así, por ejemplo, podemos formar con las iniciales de los nombres de las nueve musas estas dos palabras: *Celine Tepuc* (Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Erato Polimnia, Urania, Calíope).

La palabra mnemotécnica, bien hecha, te ayudará en gran manera para recordar el orden de los acontecimientos y de los nombres. Claro está que debes procurar que no sea más difícil retener la palabra que la materia.

XVIII. — ESTUDIA SEGÚN LAS NORMAS DE LA PSICOLGÍA

¿Qué significa esto?

Para sumar nuevos conceptos a los que ya teníamos y asociar ideas se necesita cierto tiempo. El trabajo mental más insignificante y, por tanto, el adquirir nuevas ideas, supone trabajo de los nervios y vibración de los mismos. Pues bien; las vibraciones de los nervios, provocadas por sentimientos anteriores, necesitan tiempo para calmarse, como también los necesitan las nuevas impresiones para ahondar y echar raíces, finísimas como hilo de telaraña, en las capas de nuestras anteriores ideas. En cambio, si acuden en tropel impresiones siempre nuevas y llaman a la puerta de nuestro espíritu y hacen esfuerzos para instalarse allí, estorban el sedimento de las anteriores, en vías ya de consolidarse.

De ahí resulta que, debido a una lectura demasiado rápida, algunos jóvenes no se acuerdan, al cabo de un año, de lo que han leído en este o en aquel libro, mientras que otros aciertan a contar con perfección, aún en la edad madura, el contenido de las lecturas hechas durante los años estudiantiles.

No te dejes, pues, llevar del capricho en el estudio, sino dedícate con paciencia y calma a una sola materia hasta que acabes can ella por completo.

En primer lugar: «ve despacio y adelantarás»: y luego: «no estudies muchas cosas, sino mucho». Lo que hicieres, hazlo atentamente y llegando a las raíces de toda cuestión.

«No aprendas tan sólo con la cabeza.»

Pues, ¿con qué? Con la mano, la pierna, el ojo, la boca, el oído...

No lo comprendes. Pues escúchame.

Dios creó al hombre de manera que su cuerpo y su alma están fundidos en una unidad orgánica, unidad tan estrecha que no tiene el espíritu actividad alguna para la cual no necesite de una u otra manera el trabajo del cuerpo.

El espíritu es el artista; el cuerpo, el instrumento; y sin instrumento no hay artista que pueda trabajar. El cuerpo y el alma trabajan conjuntamente; si mi alma está triste, le da las lágrimas el cuerpo; si mi alma se alegra, en mi rostro se dibuja la sonrisa... Los pensamientos más fugitivos suponen vibraciones del cerebro.

Pues bien; si esto sucede aun en caso de pensamientos fugitivos, ¡cuánto más ha de trabajar el cuerpo cuando se trata de un esfuerzo mental serio, de un estudio detenido! De ahí que también el cuerpo se fatiga por efecto del trabajo mental.

Y ahora viene una interesante observación. El trabajo mental pone en movimiento nuestros nervios. Al contrario, cierto movimiento de los músculos y de los nervios, una posición y un trabajo determinado de los mismos, hacen más fácil el trabajo mental.

Al estudiar procura *poner en juego todos los sentidos posibles*. Aprenderás con tanta mayor facilidad y más duradero provecho cuanto mayor número de sentidos hayan tomado parte en el estudio. Por esto resulta más fácil aprender leyendo en voz alta que en voz baja, porque así no trabaja tan sólo tu entendimiento, sino también tu oído.

Aún más; los movimientos musculares de tus labios influyen para que arraiguen mejor en la mente los pensamientos que expresan. En este caso, aprendes ya con tres instrumentos: con el entendimiento, con el oído y con los labios.

Pero ¿cómo se las arreglará el alumno que estudia en una sala de estudio o en una biblioteca con otros muchachos en el mismo salón, donde no está permitido hacerlo en voz alta? Pues... también él puede aprovechar esta ley psicológica. Estudia con voz muy baja, como susurrando, de suerte que no estorbe a los vecinos, pero, a medida que va estudiando, pronuncia las palabras, pero silenciosamente. Como si hablara, pero sin dejar pasar de los pulmones aire suficiente para emitir sonido. Mientras hacen sus músculos tales movimientos, la materia que estudia va fijándose más y más.

Aprovecha todas las ocasiones para escribir, dibujar o hacer croquis durante tus estudios. Ya he dicho que cuanto mayor número de sentidos puedas aplicar, tanto más fácil te será el estudio.

XIX. — ESTUDIA CON ALEGRÍA

Es prudente quien así piensa: «Tengo que aprender tal o cual cosa; pues, *por lo menos, hacerlo con gusto*.» Al final le será más fácil el trabajo. Es de profunda sabiduría hacer con gozo y de buen talante el trabajo que se debe, o aceptar con resignación el sufrimiento, que, según las leyes de la vida humana, de todos modos hemos de soportar.

Tu divisa debe ser: *Hazlo con todas tus fuerzas*. Comienza sin demora lo que tienes obligación de hacer; después de arreglar tus asuntos, ya te quedará tiempo para distraerte; pero antes, no.

Debes estar alegre, para que sea *más llevadero tu estudio*.

No te pares a cavilar durante un cuarto de hora: «¿Qué hago? ¿Estudio o no?», sino ¡adelante, lánzate con alegría, valientemente! *El que comenzó su trabajo lo tiene ya medio hecho*.

La alegría preserva al joven del enervamiento que fácilmente se apoderaría de él. ¿Por qué aprende con más facilidad el que está alegre? La alegría instiga al trabajo; y, por otra parte, el éxito del trabajo aumenta la alegría. En cambio, el melancólico emprende cualquier labor sin ganas. (Es interesante mencionar a este punto que una parte de los Padres latinos llama al séptimo pecado capital, o sea, a la pereza para el bien, en vez de «inertia», «tristitia».) En aquellas escuelas que llenan de buen humor, de

alegría, el alma de los jóvenes, la enseñanza tiene su causa ganada.

No faltan estudiantes que antes de comenzar el estudio levantan su alma por un momento a Dios, en oración ferviente y confiada, y después meditan un instante: «¿Por qué debo estudiar ahora? Debo estudiar porque me será necesaria esta materia en la vida, porque esta materia me interesa mucho, porque esto tiene que saberlo cualquier hombre culto... Si hay alguna materia tan ingrata que no tiene ni una cara gustosa, todavía me resta un argumento decisivo: «Bueno; cierra la boca. Armas al hombro. Aunque no me guste, voy a estudiar, porque lo manda el deber. Y cumplir el deber es servir a Dios.»

XX. — El TIEMPO DE ESTUDIO

Cuando más recio se asienta en nosotros la materia recién aprendida, sin que otros conceptos vengan a estorbar ese lento proceso de sedimentación, tanto más seguro y duradero será el tesoro adquirido.

Es por esto recomendable tomarse pequeños descansos entre el estudio de diferentes asignaturas. Así se explica que lo que aprendimos por la noche —quizá con más dificultad que por la mañana— quede mejor grabado en nuestra memoria, en tanto que la materia que se aprendió de mañana suele grabarse mucho menos, porque para ello estorban las mil y mil impresiones nuevas del día.

El que estudia por la tarde, estudia para el porvenir: el que lo hace por la mañana no logra más que decir bien la lección aquel mismo día. El descanso del sueño es la causa de tal diferencia, pues da tiempo para que se posen las ideas aprendidas sin la batahola y turbación que suele traer el amontonamiento de conceptos distintos e incluso contrarios.

Este hecho proyecta una luz interesante para explicar aquella vicia concurrencia de los estudiantes de poner el libro por la noche debajo la almohada sin haber aprendido bien la lección, creyendo que así la sabrán sin tropiezo al día siguiente. ¿Qué fundamento tiene tal ilusión, tan acariciada por tantísimos estudiantes? Hay algo real en ella: el que rumia la lección aun en sueños, tendrá más

grabada la materia que aprendió. Naturalmente, tan sólo la que aprendió. El que no ha estudiado puede colocar bibliotecas enteras debajo de su almohada: no conseguirá resultado alguno.

Después de cenar no estudies, a ser posible. Menos aún a altas horas de la noche. Lo pagará caro tu salud. Es un hecho comprobado que *el sueño de antes de medianoche vale mucho más que el de después*, y que las horas pasadas en blanco por la noche no podemos compensarlas ni siquiera durmiendo el doble por la mañana.

«El estómago lleno no gusta de estudiar». El dicho tiene razón. Después de comer no estudies en seguida con intensidad ni leas siquiera. Se necesita entonces la sangre para la digestión y no conviene turbarla en este trabajo dirigiéndola al cerebro. ¿Qué hacer, pues, entonces? Un rato de charla, un poco de juego, movimiento moderado. Pero después de un prudente descanso, adelante, a estudiar de nuevo. Dejar las cosas «para luego» es perder un tiempo precioso.

XXI. — GIMNASIA MENTAL

El catecismo y la clase de religión, donde la hubiere, por tener precisamente como fin la formación del alma, ayudan por modo maravilloso a la destreza y agilidad del entendimiento.

En el catecismo y en las clases de religión, ¡cuánto hay que discurrir con argumentos racionales y filosóficos!... ¡Qué ruda gimnasia de la inteligencia para descubrir los atributos del Dios infinito! ¡Cómo reflexionáis para comprender las propiedades misteriosas del alma humana! ¡Cómo examináis las leyes morales del universo! ¡A costa de cuánta crítica histórica, con qué raciocinios, pruebas, indagaciones, probáis que la Sagrada Escritura es auténtica y con fuerza sobrada para merecer nuestro crédito!

Cuando trabajáis para expresar en forma conveniente las verdades más difíciles —porque son las más abstractas— de la religión, ¿no mejoran con esta gimnasia vuestras formas de expresión? He aquí cómo el catecismo —que, antes de nada, sirve para la educación del alma— ejerce también su influencia en el desarrollo de la inteligencia y del lenguaje.

El estudio de los clásicos se impone aún hoy por la honda influencia que alcanza en la formación del carácter. En estos libros, en estas obras maestras de la poesía y de la filosofía de la historia, puede aprender el joven la justa estima de los valores ideales, una profunda sabiduría de la vida, que hace noble y alto el mundo del sentimiento y robustece juntamente la voluntad.

En la mayoría de los clásicos se encierran una profunda sabiduría de la vida y un subido concepto moral, que con facilidad pueden conducir al lector hasta Dios. San Agustín, en su juventud, fue conducido a Dios desde la senda de las aberraciones por la lectura del *Hortensia*, de Cicerón.

En Hungría los catedráticos de la Universidad tienen datos interesantes: los alumnos del «gimnasium» (donde se estudia latín y griego) entienden más ágilmente y penetran mejor las materias de la Universidad —hasta las mismas ciencias experimentales— que los de la «escuela real». La causa de tal hecho es que aquéllos tienen más disciplinadas sus facultades por la gimnasia mental que hubieron de hacer en las clases de griego y de latín.

Al saborear los escritos de Demóstenes, cuyas palabras siempre dan en el blanco, con la rapidez de una flecha, o el estilo conciso y lapidario de Tácito, los discursos de Cicerón, construídos con una lógica magnífica; los diálogos de Platón, la narración sencilla y sublime de Homero, las piezas oratorias de Julio César, el estilo magnífico de Salustio, los símiles brillantes de Virgilio..., y al detenerse en la traducción laboriosa de una frase más difícil, no parece sino que trabajaban en una mina de diamantes. Algo se les quedó pegado de aquella escuela prócer; su espíritu se volvió más flexible: su modo de expresarse se hizo más vivo.

XXII. — CULTIVA EL ARTE

Si tienes un poco de talento para la música, harás bien en aprenderla; estudia violín, piano... La música levanta el espíritu, llena los ratos perdidos; y con ella puedes proporcionar unas horas agradables a los demás. Los que aman la música tienen el alma más delicada.

La música nos saca de la monotonía ordinaria de la vida y despierta en nosotros sentimientos nobles. Sentimos en nosotros el dominio de lo bello, de lo noble, del espíritu.

Escuela magnífica de perseverancia y medio eficaz para conseguir una fuerza de voluntad tenaz es el estudio metódico de un instrumento músico.

Lo mismo puede decirse de las otras ramas del arte (pintura, escultura, etc.). Ellas pueden modelar tu espíritu dándole armonía, belleza.

Pero...

Hay jóvenes que por unos chillidos de violín o por algunos brochazos se ven aclamados por sus padres o por los huéspedes invitados a una buena cena, con un nuevo Mozart o un nuevo Rafael. Naturalmente, no necesitaba más el muchacho. En seguida se cree ser un genio mundial, un «superhombre», y se comporta como cumple, en su sentir, a un genio: es estrambótico, indisciplinado, no aprende. «Ya vivirá de su talento.»

No sé si tú también te has visto en el trance de ser alabado sin ton ni son y ser proclamado futura celebridad como mago del piano, del violín o acaso del pincel. Sólo te ruego, si es que Dios te ha concedido de veras afición o talento para uno u otro arte, que te eduques en el ramo cuanto puedas; pero cuidado con perder tu recto juicio. No te metas en la cabeza que hay dentro de ti un compositor o un poeta de fama mundial, y que por tanto ya no necesitas aprender. Preocúpate mucho de tus inclinaciones artísticas, pero adquiere, junto con el arte, otro diploma y procura aún aprender otro oficio con que sostenerte después, y no te abandones por completo a tu talento. Porque verás en la edad madura que en el mercado del arte pululan talentos medianos; y no hay que olvidar que estos talentos adocenados no pueden abrirse camino en la carrera del arte, de suerte que sea prudente basar en él toda la existencia. Y. confesemos la verdad, seguramente serán de mayor rendimiento para la humanidad unos zapatos bien hechos que un torno de versos modernos o algunos monigotes futuristas ininteligibles.

XXIII. — APRENDE A HABLAR

Aprende a hablar de un modo castizo tu lengua materna. Te engañarías si pensaras: «Ya la sé.» ¡Qué has de saberla! Para hablar la lengua materna como se debe es necesario estudiarla con la misma diligencia y el mismo esfuerzo que si se tratara de un idioma extranjero.

Es uno de los deberes principales saber bien la propia lengua. Recuerda la sentencia de Külesey: «Es muy hermoso saber idiomas extranjeros, pero es un deber cultivar hasta el más alto grado la lengua patria. Has de procurar no solamente que el habla suene impecable en tus labios, sino también que pueda servirte de intérprete fiel para expresar con amable flexibilidad y variedad riquísima tus ideas y sentimientos.»

Si estás acertado en escoger tus lecturas, te servirán mucho para pulir tu estilo. Sé hábil. Si encuentras en algún libro una hermosa expresión, un epíteo brillante, un giro garboso, un símil magnífico..., anótalos en seguida en cuaderno aparte, en tu diccionario de «lengua patria».

Saepe stilum vertas («vuelve muchas veces tu estilo»), nos amonesta el dicho latino. Los griegos y los latinos escribían al principio con un punzón de hierro agudo, el «estilo», *stilus*, sobre tablitas cubiertas de una fina capa de cera; si después tenían que quitar o cambiar algo, volvían el «stilus» y, con la extremidad plana, borraban las palabras equivocadas. Tú también vuelve con frecuencia tu «estilo», es decir, corrige, tacha en el borrador.

Todo joven debe saber bien, en primer lugar, la lengua materna. Pero tendrá necesidad de otros idiomas, pues, como dice el adagio: «cuantas lenguas sabes, tantos hombres vales».

El sacerdote y el ingeniero, el médico y el profesor, el juez y el político, si aun después de obtener sus diplomas desean estar al día del progreso científico, han de recurrir también a libros y revistas extranjeros. En algunas ciencias especiales (por ejemplo, teología, geología, astronomía, química, etc.) es absolutamente necesario este conocimiento.

XXIV. — LEER SIN ANOTAR ES OLVIDAR

En un mes llegas a leer muchas cosas interesantes. Al leerlas, piensas: «Es interesante. No lo olvidaré.» Y lo olvidas muy aprisa. Anota, pues, todas las cosas que más te llamen la atención. Encierra una verdad indiscutible estas palabras: *leer sin anotar es olvidar*».

Hay oradores y estilistas que saben dar gran vida y variedad a sus discursos y escritos mediante proverbios a cual más hermoso, anécdotas históricas, símiles interesantes, y lo hacen con habilidad y riqueza que nos dejan pasmados.

¿De dónde sacan estos hombres tal abundancia de citas y datos interesantes? No es por arte de magia. Es el resultado de un hábil método de lectura y de una diligencia perseverante. ¿Quieres también tú hablar o escribir así algún día? Pues escúchame.

Coge quince o veinte hojas de papel corriente, córtalas en cuatro y dobla estas cuartillas en dos. Al encontrar después en tus lecturas alguna hermosa sentencia moral, una verdad profunda, ejemplos históricos, un bello pasaje de alguna poesía, ocurrencias breves y originales, epígrafes bien trabajados, símiles sorprendentes, no los dejes escapar y escríbelos sobre las fichas que has preparado.

Coloca después las fichas en orden alfabético, para encontrarlas con facilidad, Y así habrás empezado tu tesoro de materiales del intelecto.

Ya en la vida estudiantil. ¡Cuántas veces te mandarán escribir sobre un tema dado! Si no tomas notas habrás de exclamar: «¡Oh, me acuerdo que leí sobre este asunto un pensamiento tan hermoso! Sí, lo leí el año pasado, pero ¿dónde? ¿En qué libro? No me acuerdo.» En cambio, si tienes empezada tu tesoro de materiales del intelecto, te alegrarás de hallar la ficha correspondiente.

Con aplicación constante, al cabo de ocho o diez años, tendrás una colección valiosa, que te será de mucho provecho cuando tengas que componer un discurso o tratar algún tema. Principalmente, si continúas leyendo de esta manera también más tarde, en la edad madura.

XXV. — ¡No COMPRES TU VESTIDURA ESPIRITUAL A UN TRAPERO

Muchos son los que leen, pero sin provecho; aún más, quizá con grave daño de su propia formación. La lectura sólo es provechosa si se cumplen estas dos condiciones: primera, que se entienda lo que se lee; segunda: que se graben muchas cosas en la memoria.

Lee, pues, despacio y meditando. El aguacero no sirve mucho a las mieses; tampoco la lectura rápida fomenta la cultura.

No puede aprobarse aquella manera de leer con furia que tienen algunos muchachos. Si a sus manos llega un libro interesante, lo dejan todo, lección, trabajo..., y ¡adelante!, a leer. Hojean, no leen, veinte o treinta páginas en un cuarto de hora, sólo para saber cuanto antes qué será del protagonista. Al llegar del piso a la calle, ya han «pasado» medio libro, que acaban de sacar de la biblioteca. Y al final, después de tanto leer, hay un enorme caos en su cabeza; todo lo han mirado, pero propiamente no saben nada. Al cabo de un mes, «si te he visto, no me acuerdo».

El que mucho lee, pero no reflexiona sobre la materia leída, llena su memoria, pero de trastos inútiles; su cabeza será corno una biblioteca cuyo catálogo se ha perdido; nunca podrá ir por sus propios pies, sino que le arrastrará la corriente del vulgo indocto. Y esto acontece no sólo al tratarse de los tesoros de la ciencia, sino también en lo que se refiere a nuestros sentimientos más santos, a nuestra vida religiosa.

Hay muchos jóvenes para quienes el sublime espíritu católico no es sino un ropaje exterior, una herencia recibida de los padres; pero no tiene raigambre profunda, no brota de una convicción llena, de un juicio sereno, ni es fruto de seria meditación. «Soy católico porque nací católico...»

De esta pereza mental no puede brotar la fuente llena de una verdadera vida religiosa que robustece la voluntad y refina el alma. Para que haya entusiasmo se necesita tener convicción; tan sólo el ideal arraigado en el fondo del alma puede dar peso a nuestra palabra, y sólo la verdad hecha sustancia nuestra a costa de una meditación profunda puede inspirarnos grandes acciones.

Repito, pues; lee meditando. El que lee sin pensar y sin contrastar las afirmaciones de los libros ni pasarlas por el tamiz de la propia convicción, no se sorprenda si su vestidura espiritual es muy abigarrada: dará la impresión de un hombre que hubiese comprado su traje a un trapero: pantalón rojo, zapato amarillo, chaqueta marrón, chaleco azul, corbata verde, camisa rayada..., ¡una birria!

XXVI. — ¡AMUEBLA CON ESMERO TU CUARTO!

La lectura es uno de los mejores medios para la propia instrucción. El entendimiento de un niño es como un gran cuarto vacío; no hay en él mesa, ni silla, ni mueble alguno; no cuelgan cuadros de las paredes. Has de amueblar y llenar tu cuarto con estudio y lectura.

Puedes aprender cosas excelentes de los buenos libros. Suscitarán como por ensalmo ante tus ojos todo el admirable universo con su hermosura exuberante; y lo que nunca podrás ver en realidad te lo traen allí, sobre la mesa de estudio, con palabras e imágenes, para saciar tu sed de saber.

Los admirables descubrimientos de la ciencia, las obras maestras del arte y de la literatura, la historia milenaria de los pueblos, los sufrimientos de atrevidos descubridores del Polo, la misteriosa vida de los mares..., todo, todo, te lo muestran las buenas lecturas.

En enseñanza secundaria se aprende muy poco de la *literatura universal*. Sin embargo, el espíritu humano tiene en este punto creaciones tan admirables, frutos tan magníficos y justamente famosos, que en todas las épocas serán tesoros inapreciables y todo hombre culto debe conocerlos.

Amplía tus estudios de *historia universal* y de *historia patria* en los puntos que te llamaron más poderosamente la atención. De la historia podemos sacar gran caudal de sabiduría práctica: «La historia es la maestra de la vida».

Interésate por las cosas de la religión, lee cuanto puedas sobre ellas; no te contentes con el catecismo.

La religión católica inspiró a Dante, puso pinceles en manos de Rafael, levantó catedrales, envió misioneros para trocar en campos de cultivo los bosques vírgenes, fue la primera que recogió

a los enfermos, dio asilo a los desgraciados de toda clase, desde el niño abandonado hasta el anciano sin fuerzas, llegando allá arriba, a las cimas cubiertas de nieve de los Alpes, donde los monjes de San Bernardo están de centinela hace ya mil años y recorren los más alejados y peligrosos parajes con sus famosos perros para sacar de debajo del alud a los viajeros sepultados.

¡Cuántas cosas interesantes puedes leer sobre estos temas! Y cuanto más conozcas tu religión, tanto más te sentirás atraído por ella.

No podemos pasar en silencio los *libros apologéticos*. Acaso no con gran frecuencia en los primeros años de estudio, pero sí en la época universitaria, y aún más en el tráfago de la vida, toparás con hombres cuyo criterio en punto a religión sufrió desvío a causa de las pasiones y prejuicios. ¿Quién más que tú, joven instruido y educado, podrá encender la luz de la verdad ante los espíritus que se revuelven en la ignorancia religiosa? Pero para eso necesitas estudiar y leer mucho tú también.

Sea cual fuere la carrera que escojas, tú estás llamado, precisamente por tu cultura, a influir un día en la orientación de tu pueblo. Con todo derecho podemos exigirte que, si en todas las ramas de la ciencia adquieres los conocimientos necesarios para una cultura general, no te contentes en el campo de la manifestación más espléndida del espíritu, en la vida religiosa, con aquellos conocimientos rudimentarios que has podido adquirir en la escuela.

La primera causa de la indiferencia religiosa en que caen los hombres maduros e inteligentes es no conocer de cerca su religión, por lo cual, como dice categóricamente la Sagrada Escritura, *«blasfeman de todo lo que no conocen»* (San Judas 10). En cambio, ¡qué recio espíritu revela el joven que, junto a las novelas y libros científicos, encuentra margen para conocer la belleza de su religión mediante detenidos estudios y lecturas meditadas!

¡La filosofía! Después de la teología, es la más noble de las ciencias. El objeto de la literatura es lo bello; pero lo bello es el reflejo de lo bueno y de lo verdadero. La filosofía busca la bondad y la verdad en sus últimas causas.

Entre los mayorcitos, hay muchos estudiantes que gustan de leer libros filosóficos. Pero en este punto hay que escoger con gran

cautela. El joven que lee a Kant y a Niezsche, a Shopenhauer y a Hartmann, lejos de ganar, perderá en claridad de juicio. No hace muchos años que leímos la triste noticia de que un muchacho, de muy buena casa, de unos veintidós años, se había suicidado. La razón: había leído sin dirección, sin contraste, sin ton ni son, a los filósofos incrédulos. Kant, Fichte, Schopenhauer, Hartmann, Darwin, Haeckel, Büchner, Nietzsche, Bölsche, allá en su mesa..., ¡y una bala en su joven corazón!

No faltan quienes tienen predilección por las ciencias biológicas. Los secretos admirables y las leyes sublimes de la naturaleza nos conducen a Dios, si pensamos con seriedad. Pero entre los modernos cultivadores de estas ciencias hay muchísimos que las dirigen justamente al objetivo contrario, al quebrantamiento de las convicciones religiosas.

Sé, pues, muy precavido al escoger los libros que traten temas de biología o de ciencias naturales. En nuestros días ocurre algo semejante a lo del siglo respecto a Aristóteles. Los árabes quisieron impugnar la fe cristiana con las enseñanzas del gran filósofo griego de la antigüedad, hasta que dos genios, Alberto Magno y Tomás de Aquino, cogieron el arma de manos de los adversarios y demostraron que las enseñanzas del filósofo son positivamente favorables al cristianismo.

De un modo análogo proceden los árabes modernos de la ciencia al luchar contra la religión cristiana con un arma que, a fin de cuentas, aboga en favor de la misma.

La ciencia, bien estudiada, no sólo no ataca las verdades de la religión, sino todo lo contrario, ayuda a probarlas.

A los jóvenes les falta aún la capacidad de un juicio profundo y la instrucción amplia con que se puede ejercer una crítica rigurosa sobre nuestras lecturas. Nada, pues, más natural que el que acepten como moneda corriente las hipótesis de escritores enemigos de la religión; hipótesis que, ciertamente, no son compatibles con la religión, pero tampoco lo son con la ciencia seria.

No podemos exigir de un joven de dieciséis a dieciocho años que descubra por sí mismo la falta de lógica que hay en ciertos raciocinios, ni la parcialidad que existe en ciertas afirmaciones de algún libro. Principalmente, en esta edad no deberían olvidarse de

las palabras del Apóstol: *«Ya que habéis recibido por Señor a Jesucristo, seguid sus pasos, unidos a El como a vuestra raíz; y edificados sobre El como sobre vuestro fundamento, y confirmados en la fe que se os ha enseñado, creciendo más y más en ella con acciones de gracias.»*

«Estad sobre aviso para que nadie os seduzca por medio de una filosofía inútil y falaz y con vanas sutilezas fundadas sobre la tradición de los hombres, conforme a las máximas del mundo, y no conforme a Jesucristo» (Carta a los Colosenses 2, 6. 8).

«Mas para que mi convicción sea robusta y firme, es preciso conocer no sólo los argumentos que abogan por mi religión, sino también las objeciones con que se la combate.»

Créeme; todas las objeciones y dificultades que pululan en tales libros ya fueron resueltas cien y cien veces de un modo satisfactorio. Y si realmente te interesa lo que dicen en el campo contrario, entonces entérate por medio de libros en que a renglón seguido las dificultades propuestas tienen solución.

Hay excelentes libros apologéticos por los cuales puedes enterarte de las objeciones del bando de enfrente, sin que por ello perjudiques en modo alguno el gran tesoro de tu fe.

XXVII. — «SE QUEMÓ DURANTE LA LECTURA»

En los primeros días de enero de 1902, los periódicos dieron una triste noticia. Iba encabezada con este título: «Se quemó durante la lectura». Una muchacha austríaca, de catorce años, recibió como aguinaldo de Navidad un libro interesante. El libro la subyugó hasta el punto que no pudo dejarlo de las manos ni siquiera por la noche, y así, se sentó a la vera de la chimenea y a la luz de la misma prosiguió la lectura. De repente lanzó un grito. El fuego prendió su vestido y, en un abrir y cerrar de ojos, se vio la pobre transformada en una antorcha viviente. ¡La pobre!

¡Se quemó durante la lectura! ¡A cuántas almas de adolescentes podría aplicarse la misma frase!

Las lecturas pueden ser muy provechosas, pero también pueden ser muy nocivas. Hay padres que temen por su hijo cuando sopla la brisa de mayo, se cuidan de que en su traje no haya una

sola mancha, pero no se preocupan de saber si su hijo va tragando el veneno de la inmoralidad, que socava toda su vida con los productos de la literatura barata y chabacana.

El peligro más serio está en la lectura de novelas. Es un hecho comprobado que aun la lectura de novelas buenas lleva anejos ciertos peligros que se deben tener en cuenta. La lectura de novelas, llevadas hasta la exageración, excita el mundo de sentimientos del joven, exalta su fantasía, debilita su voluntad, y no es raro el caso de que lo perturbe psíquicamente o, por lo menos, aumente la debilidad de sus nervios.

Por otra parte no se ha de negar que las novelas buenas puedan ejercer una influencia ventajosa en el lector (la pintura excelente de ciertas épocas históricas, los ideales nobles, por los cuales luchan en la novela los protagonistas, etc.). No se trata, pues, de una prohibición absoluta, sino de una selección prudente.

El joven a quien algo le importa su carácter no procederá en la lectura sin ton ni son. El que come todo cuanto tiene al alcance de su mano estropea su estómago, y el que lee cuanto se le presenta echa también a perder... su alma. Y este mal es mil veces peor que el primero.

Un famoso escritor francés, Bourget, dice: «No hay nadie que, después de un sincero examen de conciencia, no se vea obligado a confesar que a estas horas sería muy distinto si no hubiera leído este o aquel otro libro.» No podemos atravesar un charco sin mancharnos la ropa.

Zola no permitió a sus hijos la lectura de sus propias novelas inmorales.

Nietzsche fue preguntado por su madre: «Hijo mío, ¿cuál de tus libros debo leer» «Madre —contestó él—, ninguno. No están escritos para ti.» Si ellos no se atrevieron a poner sus libros en manos de sus hijos o de su madre, tampoco debes tenerlo tú en las tuyas.

Es posible que la gente superficial y frívola se sonría si te oye decir que no has leído nada de Zola ni de Anatole France porque «no te lo permiten tus principios». Pero la sonrisa irónica se desvanecerá en seguida si con habilidad desvías la conversación y te pones a tratar diestramente de las obras serias de autores célebres, que seguramente no han leído tus interlocutores. Tu

mejor defensa para estos casos es estar siempre preparado para explicar uno y otro de tales libros célebres; así, desvías la charla por otros derroteros, y al paso, puedes, con delicadeza, pero tirándote a fondo, dar una lección de literatura a tus interlocutores, que tal vez saben mucho de cieno y poco de las grandes joyas del arte verdadero.

Nadie te podrá, con razón, tildar de retrógrado o poco culto por el mero hecho de no querer introducir en tu propia alma, en tu alma única, el veneno destructor de tales libros; como tampoco es tachado de hombre atrasado en el campo científico el que se contenta con conocer los venenos de la farmacia, sin probarlos todos, unos tras otro.

Acaso la influencia de los malos libros no se acuse con claridad y de un modo deliberado, pero los pensamientos nuevamente adquiridos quedan ocultos en la subconsciencia, y más tarde, quizá al cabo de los años, por ejemplo, en una tentación, no sabrá el joven resistir porque tiempos atrás leyó un libro inmoral o antirreligioso. Ni siquiera se acuerda ya del título, ya se le borró de la memoria el contenido, y a pesar de todo..., la influencia subconsciente del mismo ocasiona su derrota en el trance de la tentación.

«Velad y orad para que no caigáis en la tentación... (San Mateo 26, 41). *«Guardaos de los falsos profetas...»* (San Mateo 7, 15).

Así amonestó a sus apóstoles el Señor. Y tú, sin embargo, piensas en que puedes leerlo todo. ¡Ya es presumir de ti mismo!

«A mí no me dañan esas cosas.» ¿Eres el único justamente? A los otros, tal vez, pero ¿a ti, no? ¿Tú eres más fuerte que los demás mortales? ¿Tú no tienes que guardar tu alma contra los falsos profetas?

Pruébalo, a ver: trágate una buena cantidad de cianuro, y veremos si te daña; úntate de petróleo y después enciéndelo, y veremos si te daña. Si sales incólume de estas pruebas, entonces podrás decirme: «A mí no me perjudican esas cosas.»

Cuando el huracán desatado azota el mar, embarca en una frágil navecilla y dile: «No te hundas.» Cuando el alud cae con rumor de trueno, arrastrando árboles y casas, cuádrate delante de él y dile: «A mí no me toques.» Esto sería ridículo, ¿verdad? Pues

mientras no sepas hacer esto no me digas, porque tampoco te creeré, que los libros malos no te causan mal alguno.

Los jóvenes admiten sin protesta que mala cosa es leer libros inmorales. O libros que atacan la religión. Pero se devanan los sesos preguntándose: «¿Por qué me reprenden tanto porque leo *Nick Carter* o *Ala Winter*..., cuando en ellos no hay nada contra la religión ni contra la moral, sino sólo aventuras policíacas interesantísimas y acontecimientos de la vida deportiva?»

Cierto que hay folletos de estos baratos que no atacan la religión ni la moral; a pesar de ello, no es bueno que se vean en manos de jóvenes conscientes, porque con su vaciedad inconcebible tuercen el recto modo de pensar de los muchachos, con su lenguaje infame les echan a perder el sentido de exquisitez literaria, con la descripción de continuos crímenes e innumerables asesinatos excitan los nervios y endurecen el corazón. Bastan estas razones para que no derroches tu tiempo precioso en perniciosas necedades.

XXVIII. — ¿HOSTILIDAD ENTRE LA CIENCIA Y LA RELIGIÓN?

Todo este magnífico progreso, los muchos inventos, la ciencia que avanza de continuo, ¿por qué han de estar en hostilidad con la fe, con la religión?

Encuentro la respuesta a tal pregunta en una de las obras de José Eötvöls, que escribe: «No puedo llegar a comprender cómo el adelanto que observamos en las ciencias puede quebrantar la fe de nadie. ¿O es que resulta menor este mundo desde que en las nebulosas descubiertas entre las estrellas vemos universos enteros? ¿O es que nuestra vida resulta menos maravillosa desde que el microscopio nos muestra que, además de los seres hasta ahora conocidos, existe una infinita serie de criaturas vivas y sensibles? ¿O es que el orden admirable del inmenso universo y las contradicciones, aún más admirables, de nuestro corazón humano son más palpables desde que conocemos un poco más ciertas leyes de la naturaleza y aparecen algo más claras las relaciones de las cosas más grandes y más diminutas del mundo ante nosotros? Cada vez encontramos más motivos de admiración

y nada vemos que pueda explicar el origen de esas cosas.» (*Pensamientos*.)

Cuanto más aprendamos, tanto mejor veremos el gran cúmulo de variedades que hemos de aceptar a base de mera creencia. Lo dice con gracia un poema alemán:

«Aunque sigas estudiando y no tengas un momento de descanso, no adelantarás mucho con tu sabiduría. El término de la filosofía es: saber que hemos de creer.» (GEIBEL.)

Expresa, poco más o menos, el mismo pensamiento la frase de Bacón de Verulano: «Quien cata tan sólo la ciencia, puede ser que se vuelva ateo; pero el saber copiosamente conduce a la religión.»

No hay ciencia que pueda presentar una sola tesis probada contraria a la fe.

El peregrino que echa una mirada al Vaticano ve erguirse tres cúpulas hacia el cielo: la primera es la del templo de San Pedro; las dos restantes son las del Observatorio, restaurado por Pío X. ¡Qué elocuente símbolo de la armonía que existe entre la fe y la ciencia! Nuestra religión no exige una fe que condene la ciencia; ojalá tampoco hubiese un solo científico que condenase la fe. Antes al contrario, todos habrían de estar contestes con el poeta alemán:

«La ciencia es la estrella de la fe; la piedad, el grano de toda ciencia.»

El creyente ha de saber, pero el científico ha de creer.

Si, no obstante, hay hombres que perdieron la fe, no es la ciencia la que les despojó de su tesoro.

Al tenderse el primer cable entre Europa y América, se pensó durante mucho tiempo cuál había de ser el texto del primer telegrama que se mandase al Nuevo Mundo a través de los abismos del océano. Por fin, refulgió un pensamiento magnífico: se telegrafiaron las primeras palabras del himno evangélico: *Gloria in excelsis Deo*, que significan no solamente «gloria a Dios en las alturas», sino también «gloria a Dios en los abismos».

Altura y abismo, monte y valle, rayo de sol y huracán, vida y muerte...; todas las cosas del mundo cantan la gloria de Dios... para aquellos que saben mirar con espíritu imparcial el fondo de las

cosas. Pasemos revista a los eminentes científicos, leamos las confesiones de los sabios más eximios en cualquier ramo de la ciencia: pocos son los incrédulos; abundan, en cambio, los creyentes. Cuanto más admirables sean las perspectivas que nos muestre el telescopio, cuanto más admirables los detalles de construcción que nos descubra el microscopio, con tanta más fuerza estallará en nuestros labios la exclamación del gran sabio V. Baer: «Me parece como si hubiese oído una vibrante predicación; no sé por qué, pero me he descubierto, y algo me instiga a cantar ¡Aleluya!»

¡Aleluya! significa: ¡Alabad a Dios!

XXIX. — ANTE LA RUTA POR EL OCÉANO

Después de los últimos exámenes de enseñanza secundaria, la clase no parece sino un puerto marítimo en que están anclados grandes trasatlánticos, llenos de la carga más preciosa.

Están impacientes las maquinas para emprender su ruta por el océano. Cada buque tiene su peculiar destino, su bandera, su carga, su tripulación; no hay entre ellos nada común, a no ser la esperanza confiada, el entusiasmo, la seguridad de llegar a buen término. Y, sin embargo, algunos de los buques se hundirán, estrellados contra los escollos; serán otros juguetes de huracanes desatados, y nunca llegarán a su destino. Y allá, en la otra orilla, en vano sollozará el padre, en vano esperará la vuelta de su hijo, tragado por los abismos sin fondo...

También a ti te espera en la orilla de la eternidad tu Padre celestial. ¡Alerta! Embárcate en un buque que no lleve a los bajíos, y que sea capaz de desafiar las tempestades de la vida.

He aquí cómo se yergue ante ti la gran cuestión: «El título tan anhelado de bachiller o enseñanza secundaria ya está en mis manos; pero ¿qué hago ahora con él? ¿Qué carrera escojo?»

El escoger carrera es un problema difícil. Es una de las incumbencias más graves de la vida. No hallarás felicidad en la vida, no trabajarás con éxito, no asegurarás la salvación de tu alma, a no ser escogiendo con acierto tu carrera.

En una carrera mal escogida, el trabajo se hace sin bríos, la vida es un yugo pesado, la paz del alma... es cosa desconocida.

El momento de *escoger carrera es decisivo para toda tu vida*; más aún, de él depende tu tranquilidad espiritual y muchas veces la eterna suerte de tu alma.

Lo importante no es la posición que ocupas, la oficina en que trabajas, sino el acierto en escoger el puesto que te corresponde y el modo de pensar respecto a tu vocación.

Echa el pájaro al agua, y perece; no es ése su elemento. Saca el pez al aire, y morirá; debe vivir en el agua. Así también los individuos y los pueblos solamente serán felices si viven en su medio adecuado. A tal hombre, tal puesto.

Por lo tanto, al escoger carrera, nunca pierdas de vista la voluntad de Dios. Antes de todo *fija un ideal a tu vida*, y así te será más fácil escoger una carrera que pueda guiarte al mismo. *El ideal de la vida y la carrera del hombre no pueden ir contra su fin supremo. Somos de Dios y por El vivimos*.

Haz caso de mi consejo; no te encariñes con una sola carrera, hasta el punto de quedar obsesionado por la misma.

Debido a la crisis económica de los tiempos actuales, la carrera de muchos jóvenes es orientada por meras circunstancias exteriores.

En fin de cuentas, sea cual fuere la carrera que escojas o te veas obligado a seguir, anímala y levántala con nobles ideales. Por miserable que sea una habitación, podemos hacerla grata con flores y cuadros, y por lo menos disimular un poco su desnudez; de un modo análogo, cualquiera que sea la carrera que te impongan las circunstancias imperiosas, podrás tener en ella noble ideales.

Acaso tú también sientas una vocación, que causará pesar a tus padres, o chocará con su oposición categórica. ¡Dichoso el - joven que puede seguir su destino en la vida con la bendición de sus padres!... Pero, por desgracia, se da con frecuencia el caso de que la voluntad de los padres se oponga terminantemente a la vocación del hijo.

Ese deplorable cruce de caminos, esa colisión de espíritus, tiene lugar las más de las veces en el caso de que un joven de

claro talento, con grandes cualidades, sienta la invitación del Señor que le llama al sacerdocio.

Hay padres cuya vida religiosa es muy tibia, por no decir fría, por otra parte acaso inteligentes, que cuando uno de sus hijos les presenta la gran demanda: «Quiero consagrar mi vida a los negocios santos de Nuestro Señor Jesucristo», se oponen y prohíben el plan. «Cualquier cosa, pero sacerdote... nunca.»

¡Hijo! En el momento de las grandes pruebas no te dejes quebrantar. Si realmente te escogió Nuestro Señor Jesucristo, tu plan se verá coronado por el éxito. Permanece firme junto al Señor, conserva con tenacidad el tesoro de tu vocación, cuídalo con esmero y constancia durante la enseñanza secundaria.

Después, cuando a los ojos del mundo y según reza el diploma, tienes bastante madurez, preséntate a tu padre y dile: «Padre, tengo que irme; el Señor me llama.»

Medítalo antes bien. Los estudios en el seminario no son unos estudios en el sentido en que lo son las demás; no es un asegurar el sustento, no es un empleo, no es un modo de ganarse la vida, sino incienso ofrecido, sacrificio de la propia persona, trabajo, y trabajo hasta el más alto grado, *trabajo intenso por amor a Cristo y las almas inmortales*. Todo esto tienes que meditarlo antes de resolver.

Pero si te sientes de veras con ánimo, voluntad y entusiasmo, entonces, conmovida el alma por tan alta distinción, contesta como contestó San Pedro a la orilla del mar de Tiberiades: *«Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo»* (San Juan 21, 17).

Haz que yo sea el pastor que salva las ovejas aprisionadas entre zarzales; el pescador que, a tu mandato, aun después del trabajo infructuoso de largas noches, echa nuevamente su red con confianza. Haz que yo sea el imán, capaz de atraer a cuantos se aproximan a mi círculo de acción

Sea yo el obrero que recoge la mies, aquella de que Tú dijiste: la mies es mucha, y los operarios pocos. Que sea yo la chispa de fuego, que sepa propagar el que Tú trajiste al mundo y lo encienda en el alma de cuantos encuentre por el camino,

XXX. — EL PORVENIR DE LA PATRIA

La fuerza de la patria no proviene sólo del número de sus hijos, del nivel de su cultura o de la abundancia de sus riquezas..., sino de todo esto en conjunto. Por lo tanto, el verdadero patriota no será el que, aparatoso, gesticula y grita frenético con ocasión de una fiesta nacional, sino aquel que en el puesto en que fue colocado por el destino hace cuanto puede para cumplir hasta lo último el deber que le incumbe.

El estudiante es buen patriota cuando *trabaja en modelar su alma* y cuando estudia mucho, porque así aumenta la cultura y el valor de su nación. En cambio, el joven que derrocha su tiempo es reo de traición a la patria, porque no sólo se infiere daño a sí mismo, sino que, además, hace más pobre y más débil a su país.

Grábatelo bien en la memoria: la grandeza de un país no estriba, sobre todo, en sus tesoros naturales, en la gloria de su antigua historia, en la sabiduría de sus gobernantes, sino en la honradez, en el ánimo de trabajo y en el carácter de sus ciudadanos.

El escritorio del estudiante es el yunque sobre el cual preparan los jóvenes su propia suerte al par que el porvenir de la patria: para cimentar la vida nacional, la patria necesita *el entendimiento, el saber, la diligencia* de todos los jóvenes.

Ama de veras a su patria quien se siente identificado con la misma; se alegra por sus triunfos, está triste cuando ve su postración, se sonroja por su ignominia, quien liga su propio porvenir al porvenir de la patria.

Pero el amor a la patria no es tan sólo *sentimiento*, sino que además es *voluntad*, es el espíritu del «todo por la patria».

Si es necesario, debes estar dispuesto a morir por la patria. Pero, en primer lugar, has de saber vivir por ella; es decir, cumplir lo más concienzudamente posible el deber que te impone tu posición, hoy como estudiante, mañana como uno de los miembros activos e instruidos de la patria.

Jóvenes, la patria sois vosotros, cada uno de vosotros.

B) SÉ EDUCADO EXTERIORMENTE

Todos los jóvenes tienen que ser de alma noble, de carácter decidido y, además, educados, generosos, atentos y discretos.

1. — AL FERMENTAR EL MOSTO

«El adolescente es como el vino que fermenta: el mosto ya ha perdido su dulzura, pero todavía no tiene la nobleza del vino, está lleno de materias de fermentación. También el adolescente ha perdido ya la dulzura del niño; él mismo siente que ya no es un niño, y por esto se cree ser ya adulto; pero como quiera que no tiene todavía la madurez adecuada, es precipitado en su comportamiento. No encuentra su lugar ni entre los niños ni entre los adultos; no acierta a encontrar los modales adecuados, son incorrectos sus movimientos, la postura de su cuerpo, su modo de pensar y de hablar, todos sus actos» (Hanauer).

Hay reglas determinadas que rigen el trato, la conversación, el comportamiento mutuo de los hombres. Estas normas de buena educación se han ido formando durante varios siglos, y a ninguno es lícito prescindir de ellas.

Serán señales e índices de tu cultura: tu modo de andar y de sentarte, tu conversación y tus ademanes, tu manera de mirar y reír, tu comportamiento en la mesa, en la calle y en la sociedad, el aseo de tus vestidos, la limpieza de tus manos...

Pero el cumplimiento de todas estas reglas no es aún la educación perfecta. Todas estas cosas pueden ser meras exterioridades, sin valor alguno, si no las anima el espíritu que corresponde.

La verdadera educación brota del carácter puro y de la bondad del corazón; no se logra con meras fórmulas. Si la cortesía no va hermanada con el carácter, el mero decoro exterior a nadie impedirá falsificar letras de cambio.

II. — ¡SOLAMENTE ES EGOÍSTA!

Las reglas de buena educación tienen fuerza obligatoria, son verjas de hierro que a ninguno es lícito traspasar. Y así tiene que ser. Ya es el hombre sobrado egoísta y muy benévolo consigo mismo por naturaleza; y mucho más lo son los jóvenes. Medio muy eficaz para cortar el asomo de salvajismo y tiranía de los instintos ególatras en el trato humano, para poder acallar el «yo» exigente, es el código de urbanidad y decoro.

¿Qué es el egoísmo? Un amor a sí mismo desordenado, desquiciado. El amor justo a sí mismo es mandamiento de Dios y a la vez un instinto puesto en nosotros. Es el principio de que brota la sustentación del individuo y que nos instiga a evitar todo lo que puede dañarnos. Pero el egoísmo es la caricatura del justo amor a sí mismo. El muchacho egoísta se cree ser el centro del universo, que todo el mundo está hecho para él, y que todos los hombres tienen por único destino en la tierra el servirle para su mayor comodidad. Juzga hasta los grandes acontecimientos mundiales según la ventaja que para él representan.

Cuanto más pequeño sea el niño, tanto más se siente bajo el poder de los sentidos, y por esto mismo es más egoísta. Mira sino, a un niño de cuatro o cinco años. ¡Qué exigencias tiene! Todo lo coloca ante sí; todo lo acumula en su cuarto para que a los otros no les llegue nada.

Pero cuanto más se desarrolla tu entendimiento, tanto más has de comprender —aunque no te hubieran educado para ello en casa— que el mundo no está hecho tan sólo para ti; que no eres el personaje más importante de la tierra; que millones y millones de hombres hay en tu derredor, con quienes has de tener atenciones. A quien no comprende esto le llamamos egoísta.

Y es interesante que los muchachos se vuelven con facilidad egoístas precisamente en los años de la pubertad; es decir, precisamente en los años en que más orgullo suelen sentir por su agudeza de ingenio e inteligencia. El «yo», antes casi desconocido para el joven, adquiere el papel más importante; no parece sino que la conciencia despierta de un sueño profundo.

Del muchacho que es insoportable en casa, que se enfada con facilidad, que no deja en paz a sus padres y hermanos, que

cierra as puertas con estrépito, que pone ceño adusto, que siempre está descontento, que no trata a nadie con delicadeza, suele decirse: «¡Es muy nervioso o hiperactivo el pobre!» ¡Qué va a serlo! Solamente es egoísta.

La cortesía es como una chispa de la gran hoguera del amor al prójimo.

Es también como el aceite en la maquinaria de la sociedad, merced al cual puede funcionar ésta sin roces y, por lo mismo, sin chirridos. Con el aceite de la cortesía la vida social se mueve también sin roces ni estrépito. Por esto es necesario untar con él las frioleras más insignificantes de la vida cotidiana.

III. — RESPÉTATE A TI MISMO

La decencia y el carácter tienen entre sí cierta relación de causa y efecto. Del que por amor a los demás hace un esfuerzo para dominar su mal humor, del que sabe ser comprensivo cuando se trata de los defectos ajenos, del que saca de apuros a sus compañeros, bien podemos afirmar que no sólo fue solidario con los demás, sino que al mismo tiempo trabajó en afirmar su propio carácter.

El que es de verdad educado y atento lo será no sólo delante de los otros, sino también cuando nadie le ve, cuando vive a solas, porque en él los buenos modales brotan del carácter y no son barniz meramente de por fuera, sino algo logrado a costa de grandes esfuerzos.

He leído que Stanley, el gran explorador del África, hasta en el corazón de los bosques vírgenes, donde pasaba semanas enteras sin ver a un hombre civilizado, no dejaba de afeitarse un solo día. De tal modo sabía respetarse a sí mismo.

IV. — TRATA DE TENER AMIGOS, PERO NO EN EXCESO

La nota más característica de las leyes de urbanidad es justamente que fueron descubiertas por los espíritus más selectos, y que además fueron confirmadas por la experiencia.

Dedícate a su estudio con tanto respeto como afán, teniendo bien entendido que la misma delicadeza de alma, necesaria para una verdadera distinción, depende del modelado espiritual de cada joven y, por tanto, de su esfuerzo particular.

«Civilización», «cultura», no significan aún educación. La educación verdadera supone finura espiritual y carácter.

La cortesía, la urbanidad, tiene grandes ventajas. Nada cuesta y, sin embargo, todo se puede comprar con ella.

La palabra afectuosa y el saludo nada cuestan, y son de gran utilidad.

El joven atento y educado, donde quiera que se presente, cautiva los ánimos en seguida, porque la cortesía es una lengua universal que todos entienden. Por muy extraña e incómoda que te parezca alguna regla de la urbanidad, no la infrinjas. La delicadeza de trato tiene un código especial; quien quisiere aplicarla debe cumplir todas sus prescripciones.

La compañía de hombres sensatos y dignos a todos nos ennoblece. Trata de aprovecharla; abre tus ojos y observa qué hacen los hombres más admirados, cómo lo hacen y qué cosas dejan de hacer. Procúrate esta compañía, pero no en demasía. El carácter y el talento necesitan también la soledad; el que frecuenta la sociedad en exceso acaba por convertirse en un hombre adocenado, que busca sobre todo brillar y acaba volviéndose frívolo y ligero.

Lo sé; la falta de urbanidad no es pecado, pero tampoco dejan de ser una falta de educación terriblemente desagradable para muchas personas.

V. — NO ESCOJAS TUS AMIGOS POR SU VESTIDO

Un antiguo filósofo griego dejó escrito que «el hombre es un ser social». La soledad le aterra; busca compañeros y amigos. También el estudiante quiere tener amigos.

Laudable deseo. El amigo bueno es un tesoro inapreciable; podemos contarle todos nuestros asuntos; podemos abrirle el alma con absoluta confianza; él comparte con nosotros las alegrías y los pesares.

El mal está en que la historia habla no sólo del amigo bueno, sino también del malo. La amistad puede ser de consecuencias funestas para toda la vida.

No hagas distinción entre los hombres por la forma de vestir ni por la apariencia exterior. Tal juicio sería sobremanera injusto. Y muchas veces, engañoso. Si escoges a tus amigos por su dinero, por su porte distinguido y por su forma de vestir a la moda, habrás de pagarlo con amargas desilusiones.

Jóvenes hay que saben poner orden con mano dura en los caprichos desenfrenados de sus propios instintos; pero que llegan a traicionar sus principios y negar sus ideales al sentir los escarnios de compañeros frívolos y burlones que viven al margen de la moral.

Hijo mío, alerta; evita cuanto puedas a los «lobos»: aquellos que hablan groseramente, que de todo dudan, que menosprecian toda autoridad. Pero si no puedes evitarlo por completo —porque en la clase, en el internado, en el juego y al volver a casa, por la calle, nos vemos obligados no pocas veces a tratar con ellos—, redobla tu cuidado.

¿Cómo podrás conocer si una persona es digna de tu amistad? Observando si en su compañía te vuelves o no mejor. «Entra bueno; sal mejor» —leemos en el pavimento de una antigua casa romana—. Esta debe ser también la señal para valorar una amistad: ¿Te hace mejor o peor?

Guárdate de otorgar con excesiva facilidad el título de «amigo».

Hay jóvenes que, después de charlar por vez primera con un desconocido, ya lo toman por «amigo», cuando es norma fundamental que antes de recibir a uno por verdadero amigo debe conocer su alma, su modo de pensar. «Fíate, pero mira de quién.»

No juzgues a los jóvenes por la belleza de su rostro, por la elegancia de su vestir ni por la fortuna de sus padres. El mejor amigo no es el que lleva viste a la moda o tiene una lujosa casa, sino aquel que tiene nobles ideales y una moralidad sin tacha.

Debajo de un exterior modesto puede latir también un alma grande; y la cara hermosa y el traje fino pueden encubrir un espíritu vulgar, un alma rastrera. La legítima nobleza está en la bondad del corazón, en el carácter sin mancha.

Desgraciadamente, un vestido bien planchado cubre no pocas veces un alma podrida; debajo de la miel está el veneno; en la manzana hermosa está escondido el gusano. Y si yo hubiera de escoger entre sentarme a la mesa con el estafador que come con elegancia irreprochable un plato de langostinos o con el hombre de alma limpia que se lleva el cuchillo a la boca, haciendo de él tenedor o cuchara, me quedaría con este último. Razón tiene un dicho: «La hermosura sin virtud es una flor sin perfume.»

VI .— SÉ CABALLERO CON LA MUJER

Ante todo te encarezco que no tengas demasiado trato con las chicas durante tus estudios, porque éstos perderán su carácter de formativos y educadores de la personalidad, quedando relegados a un mero «acertar en el examen» o un «salir del paso», cuya trascendencia comprometerá tu porvenir.

Reza un adagio castellano: «No se puede repicar y andar en la procesión.» Así, el joven que caiga en este exceso difícilmente podrá recoger su mente e internarse en los estudios con éxito: sus facultades, saturadas de imágenes y representaciones, perderán poco a poco la energía necesaria para el trabajo; tal joven jamás forjará un verdadero carácter.

Si ellas son de alma recta y noble tienen gran eficacia para educar el alma de los jóvenes, y a buen seguro podrá serte provechoso espiritualmente tomar parte en sus tertulias, en tiempo oportuno y con las debidas cautelas.

En la Virgen María el cristianismo ensalzó a la mujer y la levantó sobre un pedestal que ni antes ni después podía sospecharse. Y a medida que se iba propagando el culto mariano, se difundía también un concepto completamente nuevo de la mujer. El que se hacía cristiano y honraba a María miraba con respeto emocionado a todas las mujeres. Porque el culto mariano, si por una parte inculcaba a la mujer su propia dignidad y el aprecio de las cualidades realmente valiosas del sexo, por la otra, despertaba también en los hombres una nueva forma de respeto, suavemente fina, pura, aquella belleza del caballeresco pensar cristiano que antes de Cristo no conocían aún los pueblos más cultos y que hoy

—por desgracia— empieza de nuevo a desconocer casi por completo la generación actual, tan alejada de Cristo.

Señal de la cultura, del carácter y del valor de un hombre es la delicadeza, el tacto, la cortesía —hermosa flor de alma, y no mero barniz de cumplido—, con que se acerca a una mujer.

Nunca, ni en las reuniones, ni en los bailes, olvides este principio: El hombre educado siente y muestra siempre tal respeto a las mujeres como si fueran su propia madre o hermana.

VII. — Baila NOCTURNA

El joven de verdad educado no se muestra dueño de sí únicamente al estar delante de otro; ni es educado tan sólo con los extraños, sino que en primer lugar lo es en casa, con sus padres, con sus hermanos y con la gente de servicio. El *gentleman* verdadero se porta caballerosamente con todos.

No me parece superfluo recalcar este aviso. Algunos jóvenes creen que para ser cortés y amable se necesita estar en una reunión de extraños; al mismo tiempo que se deshacen en atenciones con las hermanas de sus compañeros, son insoportablemente caprichosos con las propias; son amables con la gente desconocida, pero groseros con las empleadas del hogar.

Aún más: no faltan jóvenes que, llevados del afán de mostrarse muy hombres, son tercos, malhumorados, caprichosos con sus padres y hasta se atreven a discutir con ellos. Podrán vestir a la última moda, mas su comportamiento adolece de una gran falta de educación.

Precisamente donde mejor se muestra la verdadera cortesía es en el reducido círculo de la familia.

Bien sé que la cortesía en familia es un deber difícil y qué, por desgracia, se quebrantan no pocas veces sus leyes hasta en los círculos distinguidos, donde, por otra parte, se procura cumplir con los extraños lo más fielmente las reglas de la buena educación.

Esto no es lógico. Dios no te ha dado hermanos menores para que tú los tiranices y vengues en ellos el suspenso que has merecido. Lo razonable es el admirable espectáculo de los

hermanos que no sólo se toleran con amor, sino que son positivamente afables unos con otros.

¿Y tus padres? Medita con seriedad: ¡Cuántos pesares espirituales y morales les has costado desde la más tierna infancia y cuántos les causarás aún en adelante!

No hay cosa que delate más pronto si una persona es de veras educada o si sólo lo es en apariencia, que el modo de tratar a los inferiores, a los empleados y empleadas. En este punto muchos «señoritos» no saldrían del examen con buena calificación; mandan a las empleadas del hogar de un modo caprichoso, en tono exigente y despectivo.

Desde que apareció, el Cristianismo condenó tal proceder, y es ahora también censurado por nuestro mundo, tan «democrático».

El empleado y la empleada son hombres, no menos que aquel joven orgulloso que les manda bruscamente; tienen un alma inmortal.

El joven educado es afable y amable con las empleadas de servicio. Piensa un poco cuán difícil es su papel, aun en el caso de que la vida no sea de amargo gusto para ella.

¿Qué títulos tienes tú para que uno de tus prójimos, completamente semejante a ti, te esté subordinado y te limpie la ropa o la casa? Pero ya que así son las cosas, procura, por lo menos, hacerles llevadera su obligación con un modo más suave de mandar.

Del colibrí cuentan que salta tan rauda y ágilmente entre las ramas que no se mueve ni una sola hoja, porque ni siquiera las roza. También el joven educado es siempre tan amable, tan suave, que a nadie hiere, ni a extraños, ni a familiares.

En América del Norte hay una planta muy curiosa: la bujía nocturna (*oenothera biennis*), cuya flor, de color amarillo pálido, absorbe y almacena durante el día la luz y la despide después en la oscuridad de la noche, para que las mariposas nocturnas encuentren en el fondo de su cáliz jugo dulce y exquisito.

Así son también almas luminosas aquellos hombres que van almacenando alegría, amor, amabilidad en su alma para repartirlos después en los demás.

Un muchacho alegre, amable, siempre obediente, tratable, ¡cuánta alegría, cuánto sol puede irradiar en su familia!

Sé tú sol brillante de alegría para la familia, su ave cantarina.. Sé alma de luz par ellos en la noche de las luchas de la vida.

«Es nuestra vida semejante a una antorcha encendida que, unas veces con lentitud, otras veces más de prisa, va consumiéndose de continuo. Dichoso quien al pensar en lo efímero en su existencia puede consolarse con el pensamiento de haber despedido mucha luz para los demás.» (Barón de Eötvös.)

VIII. — ¡LUCHA CONTRA EL MAL HUMOR!

Hay que ser dueño del humor no sólo en el trabajo, sino aun en las relaciones sociales y en el modo de proceder. Aunque estés de mal humor, no has de hacerlo sentir a los que te rodean, y no se lo demuestres con enfados, con una cara mustia, con tu descontento. ¡Cuántas veces hubieron de ruborizarse los hombres de palabras ofensivas y acciones precipitadas, que cometieron sin premeditación, bajo la influencia de su mal humor! ¡Cuántas veces se nos escapan frases no pensadas, de las que sólo más tarde vemos cuán ofensivas eran para otros! «¡Dios mío! Pero yo no lo quería. No pensaba en las consecuencias que se pudiesen seguir.» Sí, sí; pero el pesar ya llega tarde.

La verdadera grandeza espiritual del hombre se muestra en las pruebas, en el peligro, en la desgracia. No desconfiar en medio de la desgracia, plantarse con la frente erguida de cara al mal, no abandonarse al desaliento, es virtud tan sólo del roble, de la roca y del alma grande. Lo mismo sucede en la lucha contra el mal humor.

En las oscuras profundidades del gran océano, donde nunca baja un rayo de sol, donde la naturaleza pierde el color, donde la temperatura está continuamente cerca de cero, donde el aire contenido en el líquido elemento es de poca densidad, donde el peso de la enorme cantidad de agua llega a ser abrumador, en el ambiente lóbrego de este desolado cementerio, ¡es curioso el caso!, viven unos peces luminosos. De la energía radiante del sol, de la fuente de la luz, nada puede llegar a estos abismos, donde perpetua noche aterradora lo envuelve todo y, no obstante, ved ahí que la sabiduría de Dios creador proveyó magníficamente hasta

este lugar oscuro: hay peces que, con su propio cuerpo van haciendo de linterna. En los costados de algunos hay glándulas que brillan como perlas; hay otros que sobre su cabeza tienen una especie de lente que junta la luz de las glándulas y, a manera de reflector potente, la despide después multiplicada en el seno de las tinieblas. Hasta en el abismo más oscuro del océano vibra una vida inundada de luz y de destellos.

Si tienes orden en tu alma, nunca has de estar de mal humor, sombrío, desalentado. Procura tener un humor jovial, expansivo, capaz de entrar en conversación con los pajarillos, y vence de esta suerte tu mal humor.

IX.-LA MEJOR MODA

El exterior del joven educado, su modo de vestir, el aseo de su cuerpo, ha de ser la expresión del orden interior, de un espíritu disciplinado, de una limpieza espiritual.

Esfuérzate por tener un aspecto agradable, un exterior ordenado. Naturalmente, no quiero inculcarte que seas esclavo de la moda, que te untes cosméticos o te eches perfume. Me refiero al aseo de tu cuerpo y de los vestidos.

La limpieza es importante, no sólo para la salud, sino también para la estética. El estudiante de manos puercas, de dientes descuidados, de cabello con greñas, no causa buena impresión.

En cuanto al vestido, no es necesario que sea nuevo. No está al alcance de todas las fortunas; pero sí pueden todos los jóvenes procurar que su vestido, aunque viejo, no tenga manchas de grasa, no esté agujereado ni cubierto de barro o de polvo.

El cuerpo limpio, en vestido aseado, es la mejor moda.

X. — DOMÍNATE EN LA MESA

El dominio de sí mismo no es obligatorio tan sólo en el trato social, sino también en la mesa. Y justamente en la satisfacción ordenada de las necesidades sencillas y diarias es en lo que más podemos convencer al cuerpo de que en nosotros manda el espíritu. Con sólo guardar las reglas de urbanidad en la comida,

podemos dar cierta espiritualidad a este acto, meramente animal, y levantarlo a un nivel más alto.

La regla principal en el comer es la disciplina y la mesura. Procura con esmero que no sea el estómago el que oriente tu vida.

Nunca has de comer con voracidad, por más que te guste el pollo u otro plato; mucho menos cuando estás invitado.

No faltan invitados que se preparan con un ayuno de dos días para poder cargar su estómago en el banquete. Tú, sin embargo, sigue el aviso de aquel antiguo monarca persa que aconsejaba a su hijo no ir al festín con mucha hambre para no caer en la tentación de comer desmesuradamente.

¡Cuántas escenas poco edificantes vemos en este punto! Observa una comida de «gorra». ¡Cómo comen, cómo engullen, hasta hombres bien trajeados!

Observa el *buffet* de un restaurante, donde se pueden llenar los estómagos sin pagar: ¡cómo se desborda, cómo estalla la voracidad desmedida y la gula de muchos invitados! Y, sin embargo, esta voracidad en el comer y en el beber, este afán insaciable de cosas que se dan de balde, delata un ser muy rastrero y un alma vacía.

Ni hablemos siquiera del caso en que los invitados, antes de irse, se llenan los bolsillos de dulces, por aquello de que... «de todos modos se los comerían los empleados».

XI. — DOMINA TU LENGUA

¡Conversaciones y opiniones de los muchachos! ¿Son verdaderas todas tus palabras? ¿No expresas tu opinión precipitadamente? Y si el otro disiente de ti, ¿le escuchas hasta el fin con tranquilidad.

No en vano la admirable sabiduría del Creador cerró la lengua con doble candado, con doble pared —primero, los labios, y después, los dientes—, como significado que debemos pensar mucho las palabras antes de pronunciarlas.

¡Ay! ¡Cuán costoso es a muchos jóvenes poner candado a su boca! Fluyen de sus labios las palabras como se despeña sin freno el riachuelo que baja de la montaña; naturalmente, tiene muy poca

sustancia. El corazón del necio está en sus labios, mientras que la lengua del sabio está en su corazón.

«Enséñame tu lengua, hijo mío», dice el médico; la mira y dice si el joven está o no enfermo.

«Háblame», te digo yo..., y te diré si está enferma o no tu alma.

El que habla mucho, regularmente, habla por vanidad, ya que el tema principal de sus charlas suele ser su propio yo. El juicio sereno y sencillo sienta mejor al joven que un fallo sobre vivos y muertos, henchido de orgullo.

Los jóvenes emiten sus juicios con una seguridad fantástica, con una superioridad dura, aplastante.

El tono amistoso, dulce, señal es de un alma delicada y del dominio varonil de sí mismo. No es, como podrías creer, señal de debilidad. Puedes exteriorizar tu opinión, mostrar tu discrepancia; pero todo puedes y debes hacerlo con finura.

Ejemplo interesante de que pueden decirse las verdades más duras, con tal que sea el tono sereno, es el caso de Harún al Raschid, califa de Bagdad. Soñó una noche que se le habían caído todos los dientes.

—¿Qué puede significar este sueño extraño —preguntó a un hombre que sabía explicar los sueños.

—Significa que, viviendo tú todavía, perecerán todos tus parientes.

Harún al Raschid sintió subir una oleada de cólera e hizo azotar al adivino.

—Insensato, ¿cómo te atreves a decirme semejantes cosas? Si mis parientes mueren antes que yo, ¿qué alegría puedo tener en este mundo?

Hizo entonces llamar a otro hombre entendido en sueños. Éste le dijo:

—El sueño que ha tenido el jefe de los creyentes significa que el califa vivirá mucho más tiempo que sus parientes y que su vida será mucho más larga que la de los suyos.

La explicación agradó al califa, que dio al divino cien monedas de oro. Y, con todo, el contenido de la explicación era el mismo; tan sólo el tono había variado.

«El tono es lo que hace la música.»

XII. — UN CONSEJO

Un padre, escribiendo a su hijo, formuló de manera precisa y admirable la regla principal de la cortesía: «Trata a los demás como deseas que te traten a ti; éste es el medio eficaz que conozco para ser agradable. Observa con atención qué cosas te gustan más en los otros, y ten por cierto que las mismas cosas serán las que te hagan grato a los demás.»

III.—DEBES SER VIGOROSO

A) ROBUSTECE TU CUERPO

La divina Providencia señaló un fin importante a la vida humana. Para llegar a él necesitamos no sólo la formación espiritual, sino también la salud del cuerpo.

I. — EL CRISTIANISMO, ¿ENEMIGO DEL CUERPO?

El ideal de la educación católica es el joven que se desarrolla armónicamente en su cuerpo y en su alma. Para nosotros el cuerpo no es menos santo que el alma, ya que confesamos que lo recibimos del Creador, para que nos ayude a conseguir nuestro fin eterno; confesamos que el cuerpo humano fue santificado por el mismo Hijo de Dios cuando éste asumió carne mortal. Para nosotros es una distinción sin par el que los tres Magos del Oriente, que se pusieron en camino para buscar a Dios, lo encontrasen con naturaleza humana, con cuerpo humano. Si Nuestro Señor distinguió el cuerpo humano en tan alto grado que lo asumió, ¿podría despreciar este cuerpo la religión de Jesucristo?

¿Y no somos justamente nosotros, sólo nosotros, hijos de la Iglesia católica, los que honramos con veneración profunda el cuerpo, las reliquias de los santos, héroes de la vida cristiana?

¿Y en el «Credo» no confesamos a voz en grito, contra la incredulidad que pregona la disolución completa y definitiva del cuerpo, «creo en la resurrección de la carne?

¿Y no vemos a cada instante la estima en que tiene la Iglesia al cuerpo humano?: lo rocía con el agua del santo bautismo; en la confirmación lo unge con el santo Crisma; en la comunión este cuerpo toca el Cuerpo Sacratísimo del Señor. Y la misma felicidad

eterna no sabemos imaginárnosla de otra manera, que participando en ella nuestro cuerpo.

Nadie puede tildar al Cristianismo de que considere negativamente al cuerpo humano. Para nosotros el cuerpo no es cárcel en que va encerrada el alma, sino compañero del alma durante su peregrinación por la tierra. El cuerpo no es jaula donde se agita el espíritu, sino instrumento de trabajo imprescindible para el alma. También el cuerpo, no sólo el alma, es don de Dios; por lo tanto, podemos con todo derecho cuidar su salud, protegerlo, trata de que esté en plena forma. Es ordenado y justo concederle alimento, vestido, tranquilidad, refrigerio, diversión, sueño y cuanto exige la bien entendida cultura física. Pero no hemos de olvidar la admonición del Apóstol: «Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios» (I Carta a los Corintios 10, 31).

Nuestra religión no desprecia de ningún modo el cuerpo. Sólo piensa en él, como pensaba San Francisco de Asís.

Sabemos que el Seráfico Patriarca veía al hermano en todo ser creado. Al sol le llamaba «Hermano Sol», a la luna le daba el nombre de «Hermana Luna», al lobo apellidaba «Hermano Lobo». ¿Sabéis qué nombre dio a su propio cuerpo? «Hermano asno». Hiere un poco nuestros oídos, pero destaca de un modo magnífico el sentir católico respecto del cuerpo. El cuerpo para nosotros no es un enemigo, no es algo que nos quiere mal, sino que es nuestro «hermano». Pero «hermano asno», al cual no podemos confiarle nuestra orientación en el camino de la vida, porque desde la caída del Paraíso este cuerpo ya causó muchos daños al alma: busca el pecado, lo ama, así como el asno busca y ama el cardo, lleno de espinas, que crece al borde del camino.

El cristianismo no ve, pues, algo «diabólico», algo «pecaminoso», en el cuerpo. No tiene por fin destruir el cuerpo o debilitarlo. Lo que intenta es hacer del cuerpo un trabajador puesto al servicio de los fines eternos. Los mandamientos de la Iglesia, aunque te obliguen y te exijan, no son obstáculos a tu libertad; más bien son garantías y medios auxiliares para el vuelo de tu alma. Atamos al rodrigón también la cepa de la vid, pero no para contrariarla en su libertad, sino para asegurar su recto crecimiento.

Agradezcamos, por lo tanto, a la Iglesia, que aun en medio de la cultura moderna que tanto ensalza el cuidado del cuerpo, se atreve a expresar su opinión: Aprecio el cuerpo, pero estimo más el alma. Y no puedo aprobar una moda o estilo de vida que sea perjudicial al espíritu. Y prefiero un cuerpo menos vigoroso, que un alma pecadora. Y me quedo con el hombre menos ágil y más débil pero de carácter, antes que con el hombre bien cuidado en lo físico, pero criminal. Y me complazco tan sólo en el rostro hermoso cuando detrás de él hay un alma bella.

II. — EL ORDEN RECTO

El hombre desea que también su cuerpo sea sano, robusto, hermoso. Es un deseo puesto por Dios en nuestra naturaleza. Queremos ser bellos. Queremos ser fuertes. ¿Por qué? ¿De dónde viene este anhelo?

Así éramos un día.

Un recuerdo antiguo palpita en nosotros: el recuerdo de aquella época en que el pecado aún no había borrado del hombre la semejanza divina, cuando por lo mismo no sólo era hermosa el alma, sino que lo era también el cuerpo, fuerte y sano. El hombre siempre ha sentido nostalgia de aquella felicidad; pero acaso jamás haya estallado esta nostalgia con una fuerza tan formidable como en nuestros días. Gimnasio, sauna, aerobic, deporte, baile rítmico, cosmética… y no sé cuántas cosas más que están en el ambiente y tienen todas un objetivo común: el hombre hermoso y fuerte.

El hombre quiere alegrarse y gozar de la vida, y el Cristianismo quiere llenar de contenido este deseo, estos afanes de vivir que anidan en el hombre. La cosa es clara: nosotros, los católicos, no queremos el culto del cuerpo, sino levantarlo, *glorificarlo*; levantarlo de la hermosura —perdonad la expresión— meramente animal a la belleza del alma espiritual. Y el goce honesto de la vida, el cuidado de la belleza sin exageración, las diversiones con la debida mesura, son compatibles con el espíritu cristiano, pueden aceptarse mientras no constituyan peligro para los intereses del alma.

Siempre estamos hablando de reedificación, de renovación, pero ¿qué es lo que queremos reedificar? ¡Sólo el cuerpo! Y, sin

embargo, el cuerpo sin el alma es cosa muerta. Y así: el cuidado del cuerpo sin el cuidado del alma es el cuidado que se dispensa a un cadáver. Demos al cuerpo lo que es del cuerpo, pero demos también al alma lo que es del alma. «No solamente de pan vive el hombre» —dijo en cierta ocasión el Señor—. Probablemente hoy lo diría de esta manera: no solamente de fútbol, de salto de altura, de deportes, de diversiones y de desfiles festivos vive el hombre, «sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Es decir, antes el alma y después el cuerpo; antes el trabajo y después la diversión; antes la bondad y después el saber; antes la misa dominical y después la reuniones de asociaciones juveniles y las excursiones; antes los intereses de la eternidad y sólo después los de la tierra.

III. — ¿QUÉ ES LA SALUD?

Quiero que te prevengas contra las exageraciones del deporte. No estimes más la fuerza muscular que la nobleza del espíritu, que los altos ideales y la firmeza de voluntad.

Repasa un poco la historia universal: los verdaderos héroes son los héroes de la voluntad, y las grandes victorias nunca fueron ganadas a fuerza de músculos nada más.

Se pierde la nación cuya juventud tiene en más aprecio los puños de un boxeador y los gruesos músculos de las piernas de los campeones de carreras de atletismo que el trabajo diligente de un científico o de un pensador profundo.

Para los paganos la fuerza física era muchas veces el ideal supremo. Pero tal modo de pensar no le cuadra bien a un joven cristiano. Para éste, la importancia del ejercicio corporal consiste en dotar al alma de un medio adecuado para el logro de sus nobles destinos.

Que no es la fuerza de la musculatura la que conquista para el hombre el dominio del mundo lo verás en seguida con unos ejemplos. Enséñame un campeón de boxeo capaz de «vencer» a un gorila. ¿Dónde habrá un campeón de carrera que pueda ganar a un caballo? El mono hace gimnasia con más destreza, el elefante levanta pesos mayores, el pez nada con más facilidad, la pantera salta con mayor ligereza, que cualquier campeón.

¿Por qué, pues, se gloria el hombre de algo en que le vencen los mismos animales: la fuerza de la musculatura? Y si el hombre llega a vencer al caballo, y al gorila, y al tigre, y al león, logra el triunfo no con sus músculos, sino con su superioridad espiritual.

IV. — CUÍDATE DE TU SALUD EN LO JUSTO

La pubertad es el segundo nacimiento del joven; en estos años se decide el destino de la vida: ¿será una «divina comedia» o una horrorosa tragedia?

Con la entrada de la pubertad se levanta una furiosa tempestad en el mar de los sentimientos. La conciencia de la independencia varonil va robusteciéndose día tras día; pero en la misma medida siente el joven su propia inhabilidad e insuficiencia. Se mueve continuamente entre dos extremos: entre un empuje de actividad dispuesto a redimir el mundo y un abatimiento interior, una profunda melancolía. De ahí su sentimentalismo enfermizo, su excitación y, principalmente, su resistencia a la autoridad.

La transformación corporal se manifiesta marcadamente en el desarrollo vehemente del organismo. Este pierde el encanto de lo infantil y se vuelve cada vez más semejante al de los adultos. En los muchachos sufre un cambio la voz y apunta la barba. El sistema óseo y todos los órganos experimentan un empujón vigoroso. Los pulmones y el corazón, en la época de la pubertad, adquieren casi el doble de su volumen anterior. Este estirón toca su punto culminante en los muchachos entre los dieciséis y los dieciocho años. Al igual que el cuerpo sufre muchos cambios, lo mismo acontece en el psiquismo, en los sentimientos y estados de ánimo.

El joven prudente se cuidará de su salud y la estimará en lo que vale. Sería del todo pagano el pensar que la salud es el mayor bien del mundo; pero, pensando rectamente, hay que ver también en ella un tesoro valioso y no despreciable. No puede, por tanto, eximirse de responsabilidad quien por su culpa pierde la salud, este medio que tanto habría podido ayudarle en el cumplimiento de sus nobles deberes esta vida.

Un modo de vivir equilibrado, procurando mantener la igualdad de ánimo, son el mejor médico y sostén de la salud.

V. — ALIMENTACIÓN Y SUEÑO

El joven cuyo cuerpo no está todavía desarrollándose, necesita más alimento que el hombre ya hecho, que el hombre maduro. Pero esto no justifica a aquellos jóvenes cuya única preocupación es la comida, cuyo dios es el estómago y que de tanto comer llegan a enfermar.

La alimentación excesiva acaba por dañar al organismo.

El que come demasiado gasta antes de tiempo su organismo, como el demasiado fuego echa a perder una caldera.

El organismo cansado se repara y se renueva con una buena alimentación y un dormir sosegado.

El valor del sueño es inapreciable. Es tan necesario para la vida como el alimento. Repara las fuerzas tras el pesado trabajo de la jornada.

Durante el sueño, el organismo elimina las materias tóxicas que el trabajo mental y corporal ha dejado en pos de sí como si fuesen escombros y que dan la sensación de cansancio.

Un joven necesita por término medio de unas ocho a diez horas diarias de sueño.

El sueño más reparador es el de antes de medianoche: si lo abrevias, difícilmente podrás compensarlo después. Obrarías neciamente si quisieras ganar, trabajando por la noche, el tiempo que has malgastado por la tarde. Tu divisa sea ésta: Pronto a la cama y pronto fuera de la cama.

Por último, procura que tu dormitorio esté bien ventilado.

VI. — NO RECURRAS A EXCITANTES NI AL TABACO

Los estudiantes ya mayores y los jóvenes universitarios, cuando tienen un trabajo urgente (exámenes, licenciatura, doctorado, etc.) y necesitan estudiar hasta muy avanzada la noche, suelen excitarse con café, con té u otra bebida, para no dormirse. Es cierto que tales bebidas logran borrar la sensación de cansancio, pero el que abusa de ellas tendrá que pagarlo muy caro. Pueden trastornar todo el sistema nervioso.

«De América nos llegaron dos plantas de gran importancia: una nos trajo bendición; la otra, destrucción. La planta de bendición fue la patata; la de destrucción, el tabaco.» (Humboldt.)

Antes de ser América descubierta, por lo tanto, durante miles de años, nada sabía sobre el fumar el mundo civilizado. Y, no obstante, los hombres vivían y estaban sanos. Los descubridores de América trajeron a la Europa civilizada esta costumbre. Ellos la aprendieron de los indios.

¡Y la Europa civilizada se apropió la costumbre de una tribu salvaje!

Lo peor de todo, aparte de dañar la salud, es la adicción que produce el tabaco, de la que luego ¡cuánto cuesta dejarla!

Millares de pacientes van a consultar al médico, hombres de edad madura que padecen del corazón, del estómago o de los pulmones, hasta de cáncer, y que, según el diagnóstico de los médicos, contrajeron sus males por haber empezado a fumar demasiado pronto en su juventud o, por lo menos, acentuaron con el tabaco su propensión a dichas dolencias.

Desde luego que los síntomas no se manifiestan en seguida. El organismo más robusto, como es natural, resiste por más tiempo; mas las apariencias no deben engañarnos. Los graves males que hemos mencionado se presentan en la edad madura, y son tanto más graves cuanto más temprano se empezó a fumar. El cuerpo del hombre está expuesto a toda clase de enfermedades. ¿Para qué debilitar más nuestras fuerzas de resistencia con pasiones superfluas?

Hay una cosa que nunca he podido comprender, que algunos jóvenes yendo de excursión, enciendan un cigarrillo, en plena montaña, en vez de llenar sus pulmones de aire puro.

El fumar no es solamente perjudicial a la salud, sino también a la economía: es un vicio caro. No hay más que ver el dinero que gasta un fumador a lo largo de todo un año.

¡Cuántas miserias, cuántas enfermedades, podían ser mitigadas con el dinero que se gasta en tabaco!

Y si no hubiera cultivo de tabaco, cuánto terreno se ganaría para fines más útiles. ¡Cuántos alimentos se podrían producir en las tierras dedicadas al cultivo del tabaco en el mundo entero!

VII.—EL GOLFILLO REBELDE

El fumar apasionado lleva regularmente anejo el beber, y así, promueve el alcoholismo, que es más peligroso aún. Por ejemplo, en las provincias de Francia, donde más intensamente se fuma, es donde más bebidas alcohólicas se consumen. Y allí es más crecido el número de crímenes y el número de locos.

El alcohol solo causa mayor destrucción en la humanidad que la guerra, el hambre y que muchas enfermedades.

Imagínate tu cuerpo a manera de un inmenso taller de tejedores donde, en miles y miles de estancias, se trabaja por hacer un magnífico paño. De repente, entra en la fábrica un golfillo rebelde y empieza a desmandarse. Entra en todas las estancias, desbarajusta los hilos, echa a perder las máquinas, siembra el desorden por todas partes. Por fin, se le echa de la fábrica. Pero al día siguiente se mete de nuevo. Y al tercer día, otra vez, y al cuarto día. ¡El muchacho se hace de día en día más atrevido y rebelde! ¿Qué paño podrá salir de este taller? ¡Pues has de saber, joven lector, que en esta fábrica se teje tu vida, y aun la vida de tu familia!

¿Por qué motivo es tan peligroso el alcohol?

Ataca las partes constitutivas más elementales de todo el cuerpo, las células. Porque, en cuanto el alcohol penetra en el organismo, la circulación de la sangre los lleva sin demora a todo el cuerpo; de ahí que repercuta en todo el organismo: estómago, hígado, cerebro…

Nuestra conciencia se sirve del cerebro; éste es el instrumento de la actividad intelectual del hombre. Por este medio, el alcohol se apodera en mayor o menor medida de nuestra conciencia y entonces queda menguada nuestra capacidad de control.

Es natural que cuanto más alcohol penetre en el cuerpo tanto más graves y notorios serán estos disturbios. Si es poca cantidad, únicamente las células más finas sentirán el daño, por estar más a su alcance; si la cantidad se aumenta, el daño llegará a los demás órganos.

¡Qué estúpida y loca, por tanto, es la idea de querer demostrar la propia virilidad apostándose a ver quién resiste la mayor cantidad de alcohol posible! ¡Increíble ocurrencia! ¡Señal de

virilidad el someter a prueba el cuerpo joven para ver si caerá por tierra después de ingerir dos litros de cerveza! ¿Qué virilidad hay en el hecho de imponer violentamente tal degradación al cuerpo y al alma? ¿Has de someter tu independencia precisamente bebiendo sin consideraciones el dinero penosamente ganado por tus padres? ¿Para qué se necesita mayor valentía e «independencia»: para aullar con los lobos... o para no ir a beber con los camaradas por más que te inviten, por más que te ataquen con sus desprecios y burlas?

VIII. — PARA VENCER AL ENEMIGO INTERIOR DE LA PATRIA

Entre el pueblo ha podido cundir la opinión errónea de que el alcohol aumenta las fuerzas corporales o ayuda a soportar mejor el hambre, porque realmente después de la primera copa de vino o aguardiente parece que el trabajo se facilita. Pero si alguna vez se puede aplicar el dicho de que «apariencias engañan», es precisamente en este caso.

Está plenamente comprobado que la fuerza nutritiva de las bebidas alcohólicas es casi nula.

Pero entonces, ¿por qué se siente el hombre más fresco, más ágil, más brioso y, en una palabra, más robusto después de las primeras copas?

El alcohol, en su primer momento, ataca y excita los nervios; de ahí la impresión de redoblarse las fuerzas. Es como el látigo para el caballo. El caballo corre mejor después de un latigazo, ¿verdad? También el soldado, cuando suenan las músicas militares, anda erguido y marcial, aunque esté cansado. Pero en cuanto cesan los latigazos y la música, se hace más lento el andar de los caballos y también decae el humor de los soldados y su cansancio es más grande. Al empuje momentáneo del alcohol sucede más tarde un profundo decaimiento. El alcohol no robustece al hombre, de la misma manera que el látigo no comunica fuerzas al caballo. Y cuanto más se acostumbra el cuerpo a los latigazos del alcohol, más los necesita después, y cada vez mayores. Es el camino más seguro de la degradación.

El pueblo más fuerte del mundo antiguo, el romano, corrió a su perdición por efecto del alcohol y de la vida inmoral. Se puede

reseñar la historia de este pueblo mediante un gráfico de consumo de alcohol. En los años de su plenitud y de sus bríos juveniles, sólo se bebía vino en los sacrificios que se ofrecían a los dioses. Más tarde fue permitido a los hombres que habían rebasado ya los treinta años el hacerlo habitualmente; pero quedó prohibido rigurosamente a los más jóvenes y a las mujeres. Poco a poco, el alcohol fue venciendo a los romanos, vencedores del mundo antiguo. En tiempos del imperio las damas más distinguidas, los cónsules y los senadores se revolcaban borrachos bajo las mesas al final de sus banquetes y orgías. ¿Podrá extrañarnos la caída del imperio romano?

Hay ciertos pueblos en que el uso inmoderado del alcohol se ha propagado de una manera casi increíble, siendo esto causa de una infinidad de miserias y sufrimientos atroces. El alcohol, terrible tirano, conduce anualmente decenas y centenares de millares de hombres —sus desgraciados esclavos, nuestros pobres prójimos— a los asilos de pobres, hospitales, manicomios y prisiones.

Precipita niños hacia la orfandad; hace desgraciados a muchos hombres de cuerpo sano; inspira millones de pecados, asesinatos, inmoralidades, blasfemias y violaciones, destruye familias y generaciones enteras. La mitad de los locos, idiotas y tullidos, como también un gran porcentaje de tuberculosos, son víctimas del alcohol.

Al ver tanta miseria, surge en ti la buena voluntad: ¿No podría yo hacer algo para mitigar tal espanto?

Sí, joven, puedes hacer algo. La mayoría de los hombres en todos sus actos tratan de imitar al otro, al compañero, que es para ellos modelo. Tanto más cuanto más elevado es el puesto y mayor la altura cultural del que les sirve de modelo. Caín preguntó con altivez al Señor: «¿Acaso soy yo guarda de mi hermano?» Nosotros sabemos que en cierto sentido somos guardianes de la vida moral de nuestro prójimo; es decir, cualquier cosa que haga el hombre, nunca repercute sólo en sí mismo, sino que por la fuerza de su ejemplo —bueno o malo— repercute en los demás, como la piedra arrojada al agua: forma anillos en la superficie, que van ensanchándose más y más en toda la sociedad.

¿No piensas que dará luz y fuerza a tus prójimos, a los que gimen en las cadenas del alcoholismo, el oír en tu pueblo o en tu

empresa, o en cualquier parte donde te haya colocado la vida..., que el señor notario no bebe, el señor profesor no bebe, el señor ingeniero, el señor juez, el señor abogado no bebe, el señor cura no bebe? ¡No beben! ¿De modo que no es tan imprescindible el alcohol?... No lo olvidéis, queridos jóvenes; vosotros seréis un día el médico, el notario, el sacerdote, el maestro, el juez, de vuestro pueblo.

No digo que, viendo vuestro ejemplo, todos dejen de beber al momento. Pero es un hecho innegable qué también el buen ejemplo es contagioso; ¿y quién sabe cuántos prójimos habrá que luchan consigo mismos y que en su dura lucha sacarán fuerzas de vuestro ejemplo y vencerán el dragón de las siete cabezas, a ese dragón del alcohol, y se levantarán de nuevo, y serán nuevamente hombres? ¡Ah! ¡Si también en esta cuestión, como en todas las demás, tuvieran presente los estudiantes que ellos —merced a su mayor cultura— no solamente serán los jefes del pueblo, sino también los modelos que han de dar ejemplo!

El porvenir risueño de la patria está en manos de la juventud. No en manos de los hombres maduros. ¿Por qué? Porque si el enemigo ataca a la patria, es propiamente la juventud quien se levanta en pie de guerra; los jóvenes forman el núcleo del ejército, y su entusiasmo y su ejemplo infunden valentía y fuerza también a los demás, a los hombres de edad madura. Lo mismo debiera suceder con este temible enemigo interior que es el alcohol.

Para vencerlo y rechazarlo debiera ser la juventud el firme apoyo de la nación con su buen ejemplo.

IX. — EL CUIDADO DEL CUERPO DESDE EL PUNTO DE VISTA ESPIRITUAL

El cuidado del cuerpo es necesario.

Es necesario aun desde un punto de vista meramente terreno.

Porque aquel niño pálido, anémico, de los suburbios; aquella costurera débil y enflaquecida; aquel obrero de mejillas hundidas; aquella madre de dorso encorvado y completamente agotada, no responden al tipo humano que Dios quiso poner en esta tierra, ni siquiera al tipo que había de conservarse aún después de la caída. Por lo tanto, que nuestros muchachos hagan gimnasia y deportes,

que jueguen en el sol y en el bosque, que escalen montes, que suelten alegres carcajadas, que canten a pulmón lleno... Nosotros lo miramos con satisfacción, aun desde el punto de vista meramente terreno,

Más llena es aún nuestra alegría si lo miramos *desde el punto de vista espiritual*.

Pero ¿cómo? ¿El deporte, la disciplina del cuerpo, tiene valor aun desde el punto de vista espiritual? ¡Y tanto como lo tiene! Si el deporte, el robustecimiento del cuerpo, el alpinismo, no dieran otro resultado que el de sacar a los hombres de la atmósfera cargada de los cafés y tabernas, de los cines y salas de baile, aun entonces habríamos de alegrarnos desde el punto de vista pastoral de este resultado meramente negativo.

Pero tiene, además, una utilidad positiva.

¿No es algo significativo el que fueran justamente los pastores los que oyeron el canto de los ángeles que anunciaban el nacimiento de Jesucristo? ¡Los pastores, hechos a la lluvia, al viento, al huracán! La comodidad y el mimo no son exigencias del alma; a ésta le sirven más la disciplina y el propio dominio con mano de hierro. El cuerpo afeminado, no avezado a la disciplina, tratado con mimo, es sordo a las palabras del Evangelio; en cambio, el hombre disciplinado, acostumbrado a dominarse, oye con más facilidad el llamamiento del Señor.

Basta preguntar a los celosos profesores de religión cuáles son los discípulos que más les dan que hacer y cuáles los que menos saben cumplir los postulados de la vida cristiana: cuáles son los que esquivan los deberes, cuáles los que no aprenden, cuáles los que no rezan, los que caen de un pecado en otro pecado. Los que son mimados excesivamente por los de casa, los que andan en continuas caricias, los que nunca supieron negarse capricho alguno, éstos son los malos discípulos.

X. — RKALOAGATHIA»

Quien como tú se ve atado por su misión a los libros, al trabajo de la mente, debe procurar hacer en los ratos libres algún trabajo corporal. Uno de los modos más indicados para vigorizar el cuerpo, es el trabajo precisamente.

Pero no sólo por este motivo debes aceptar el trabajo. Partir leña, ejercicios de jardinero, cavar la tierra, hacer arreglos, esculpir algo… todo es un medio excelente para refrescar el alma. Mientras trabajan las manos, descansa el cerebro.

No sólo el cuerpo sano y vigoroso te ayuda a cumplir tu misión en la tierra; también el alma se modela con más facilidad y adquiere mayor temple y fuerza en un cuerpo robusto, ejercitado, que en un montón de carne fofa y de mucha grasa.

Lo que recomendaban los antiguos griegos, es decir, el hermanar lo bello con lo bueno, la salud completa del cuerpo y del alma, sólo se realiza si nos ejercitamos en todas las clases de trabajo, así corporal como mental.

XI. — EJERCÍTATE EN LOS DEPORTES

No podemos negar que el rasgo característico del deporte actual es un afán loco de «récords», por lo que merece sentencia condenatoria; no obstante, si la educación del cuerpo se ciñe a límites razonables, debemos reconocer que vigoriza la salud, acrecienta las fuerzas para las empresas de la vida diaria y, en cierta medida, hasta da facilidad para mantener en equilibrio el alma.

El deporte tiene también valores innegables: las abundantes ocasiones de practicar la autodisciplina y la mortificación, el robustecer la voluntad y la constancia.

Sabemos muy bien, y experimentamos a diario, que las cacareadas palabras de Juvenal, así como se citan actualmente, mutiladas: *"Mens sana in corpore sano"* —una mente sana en un cuerpo sano—, no responden a la realidad. Pero proclamamos que en el pensamiento no mutilado de Juvenal hay un valor serio que, en su totalidad, es como sigue: *«Orandum est, ut sit mens sana in corpore sano»* (Sat. X, v. 356); es decir, hay que pedir, hay que procurar que en un cuerpo sano habite un alma también sana.

El deporte no tiene otro fin que hacer las veces del trabajo corporal en el robustecimiento de la salud. Con esto acabo de trazar los límites que deberás guardar en los deportes.

El objeto del deporte no puede ser, por tanto, el desarrollo excesivo de una u otra de tus extremidades, sino el fomento del trabajo de conjunto, rápido, resistente, elástico, de todo el sistema muscular y nervioso.

El joven que se dedica a los deportes con sobriedad tiene ya en su aspecto exterior cierto tinte señorial y caballeresco. Este cuerpo joven, capaz de resistir admirablemente el frío y el calor, el trabajo y el cansancio, no será enemigo y carga del alma, antes al contrario, el ejecutor magnífico de cuanto ella ordene.

XII. — No CAIGAS EN EXAGERACIONES

Hay estudiantes que ni siquiera tienen una idea nebulosa de quién fue San Francisco de Asís, o Alejandro Magno, o Velázquez; que no saben, ni con una aproximación de siglos, cuándo fue la victoria de Lepanto o cuándo se inventó la primera máquina de vapor; pero los despiertas del sueño y, sin vacilar, te dicen, de un tirón, a cuántos centímetros está el *récord* nacional del salto de altura, quién marcó, en el partido finalista de hace tres años, el cuarto gol del equipo, y hasta cuántos expulsó el árbitro durante el partido.

También el deporte tiene sus peligros.

Tiene sus peligros *en punto a religión*.

En algunas partes va formándose *una nueva secta religiosa*, que da culto al cuidado del cuerpo; para muchos, la cultura física sustituye a la religiosidad del alma. ¡Fatal desvío!, porque los continuos ejercicios físicos no pueden llenar las aspiraciones del alma humana, ni el continuo mirarse al espejo, arreglarse y pintarse suministran un contenido serio para la vida, ni la piel curtida durante el veraneo puede compensar la blancura del espíritu.

Por encima de los estadios están las altas bóvedas del cielo, y parece que dicen: no es lícito poner al alma humana en la esclavitud de los marcos estrechos de la materia; el deporte no puede ser una institución que sustituya a la vida religiosa.

En segundo lugar: el deporte tiene sus peligros en punto a mera cultura. Y por tal motivo, nuestra segunda advertencia es

ésta: ¡los estadios tampoco han de vaciar las bibliotecas, las salas de lectura, las escuelas!

¡Necesitamos fuerte musculatura, pero el músculo no lo es todo! ¡Necesitamos atletas, pero también necesitamos filósofos! ¡Junto a los campeones de la fuerza corporal hemos de tener los campeones de la ciencia! El deporte no ha de ser fin, sino que ha de ir engastado en el gran organismo de la vida humana; ha de ser el marco que contenga el cuadro, el valor, el espíritu.

B) CONSERVA TU PUREZA

Conservar el alma pura y llegar así a la madurez... es el más bello arte de vivir.

I. — JAQUE MATE

Imagínate que Satanás está jugando una partida de ajedrez con un joven. Todos los músculos del rostro del joven manifiestan una atención y excitación intensa; le va mal el juego; en la cara del diablo se muestra con ironía infernal el tono de superioridad, ya que ha inutilizado piezas importantes del adversario: oración, religiosidad, cumplimiento del deber, etc. Todavía hay un rayo de esperanza. Pero he ahí que justamente le toca el turno al diablo y, victoriosamente, da el jaque mate... a la pureza.

La partida está perdida.

II. — ESCUDO INVISIBLE

La vida pura no es imposible; pero cuesta enormes sacrificios.

La época del desarrollo coloca al débil joven en medio de imponentes tempestades, en que se desploma, con un castillo de naipes, la consideración más sólida de orden pedagógico, moral o preventivo. Si hay una época en que las palabras de San Jerónimo tienen valor es justamente ahora: *«La pureza es una clase de martirio».* Tiene razón el poeta alemán Scheffler: «Es mucho ser ángel, pero es más todavía ser hombre en la tierra y no ensuciarse con el barro.» Es un martirio incruento, de cuyas luchas nada sabe el mundo, pero que contempla el Dios justo que no deja sin premio uno solo de nuestros pasos.

El amor verdadero a Dios es el escudo invisible de la pureza espiritual, algo así como lo son los párpados para el ojo, que se cierran instintivamente al más pequeño ataque exterior.

Nadie mejor que el hombre de alma limpia puede cumplir el sublime mandato de Nuestro Señor Jesucristo: *«Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto».* Dios es la fuente primera, la fuente viva de toda belleza natural, espiritual y moral; fuente precisamente porque El no está limitado por el espacio, porque no es constreñido por la materia. Santo Tomás de Aquino y los otros teólogos escribieron mucho de la esencia de Dios, y de todos los pensamientos quizá sea éste de Santo Tomás el que más nos dice de Dios: *«…siendo Dios inmaterial en sumo grado»* (*Summ. Teol.*). Por lo tanto, lo que hace al hombre más semejante a Dios es la pureza, que viene a ser el dominio del hombre sobre la materia, un librarse de las leyes físicas que rigen en sus mismos miembros. Podemos ver una alusión a las relaciones que hay entre la pureza y el conocimiento profundo de Dios en el hecho interesante de que los salmos del I y III Nocturno del «Oficio de la Santísima Trinidad» están tomados del «Común de Vírgenes».

El joven ha de tener espíritu de oración; ha de a Jesucristo; ha de ser el pajarillo embelesado del eterno amor divino, y sentirá con gozo que, unido a Cristo, se ve obligado a permanecer puro. Este amor levanta al alma a una altura admirable, adonde no llegan—o si llegan, por lo menos no pueden cubrirla— las olas de los instintos desordenados.

III. — JÓVENES PUROS TAMBIÉN HOY

Yo, que, por ser sacerdote, he tenido ocasión de dirigir una mirada al alma de millares y millares de jóvenes, puedo afirmar que en torno nuestro, en medio de este dilatado pantano moral, hay muchísimos y muchísimos jóvenes que van con la cabeza erguida, con blancura de nieve, preservados de la seducción del mal, gracias a la educación y a los Sacramentos que les ofrece la Iglesia. Como sus mayores, los primitivos cristianos, que con la frente erguida e incólume pasaban por las calles de la pagana Roma y por las plazas de Grecia y Asia, así van también hoy día en torno nuestro los actuales santos victoriosos. Y cuando la maldad de los hombres nos abruma y casi llegamos a desesperar de la suerte que ha de correr la Humanidad, entonces son ellos los que nos dan esperanza, consuelo y optimismo.

¡Oh! ¡Con qué respeto y emoción miro a los jóvenes de dieciséis, dieciocho, veinte años, que en medio de la corrupción de la ciudad, en medio de una vida inmoral y frívola, saben defender la pureza blanca de su alma con una decisión que les cuesta sudor de sangre y con una valentía siempre aparejada para la lucha!

Van y vienen entre nosotros esos jóvenes de ojos limpios, como testimonios innegables del triunfo de la voluntad humana, ayudada por la gracia de Dios. Donde ponen el pie brotan lirios, levantan su cabeza cansada las flores marchitas.

Estos jóvenes triunfantes, de vida pura, ¿no tienen que luchar acaso? ¿Para ellos todo resulta fácil? ¿Nada saben de tentaciones? ¡Y tanto como las conocen! Hay algunos que las soportan tan ardientes, tan increíblemente dolorosas, como San Pablo. Pero no importa. ¡Vencen!

¿Cómo? *Agarrándose a Cristo*.

IV. — NO TE DEJES SEDUCIR

Hay jóvenes depravados que apelan a todos los medios para corromper a sus compañeros de alma pura: ¿No te atreves a hacer esto? Pues no puedes imaginarte lo que el placer que se siente. Aquel que no lo ha probado, no sabe lo que es vivir. Dejas pasar las ocasiones de un modo insensato. De nada se puede hablar contigo... ¡Hola! Adiós, ¡niñito!

Alerta, hijo, porque tal modo de hablar es burla que duele mucho y corta siempre en la carne viva: «¿Niñito?» Nadie quiere serlo. Pero ¿qué puedes replicar?

Responde así al tentador: «Razón tienes en esto: que el que lleva una vida pura no tendrá el placer de ciertos experimentos, no conocerá el momento lleno de excitación y embriaguez del pecado ni el desaliento y hastío que le sigue. Pero, en cambio, tendré como compensación otras satisfacciones mucho más valiosas; sentiré la alegría sana del propio dominio, el señorío absoluto sobre mí.

El pecado de la impureza es como un rayo fugaz; deslumbra, da vértigo, obceca, para dejar en pos de mí una profunda oscuridad; la pureza es una luz cálida, vital, bienhechora; es un gozo suave, lleno de bendiciones; es una alegría creativa. Al que nunca

estuvo enfermo también le faltan cosas que probar; no sabe qué siente el hombre cuando está enfermo. Pero todos renunciamos gustosos a tal experiencia, con tal de estar sanos.

Tú has renunciado a la experiencia de la pureza, yo renuncio a la del pecado. Así es que... estamos iguales. Tú tienes tu experiencia y yo la mía, incomparablemente más valiosa. *Yo me hago más hombre; y tú, más animal. He ahí la gran diferencia*.

V. — «COMO SI ÉL FUERA EL HIJO...»

¡Jóvenes que ya han envejecido! Asó es la vida inmoral ¿Puede haber espectáculo más triste que ver en la primavera un árbol sin follaje, con el tronco retorcido, con las ramas colgando hacia el suelo? ¡Un joven que habría de rebosar vida por todos sus poros, cuya alma habría de estar henchida con la energía de nobles planes..., ahí está, sin humor, sin empuje, con las alas rotas, con la mirada lejana, distraída! ¡Oh! ¡Cuánto daría por poder colocar a los promotores del libertinaje delante de esta alma vacía y decirles!: ¿Os atrevéis aún a discutir? ¡Os atrevéis aún a decir que aquello no es pecado, que no es nada, que es un derecho de la naturaleza?

El ladrón roba a otro hombre; pero el que lleva una vida inmoral se roba a sí mismo: se roba las fuerzas más valiosas.

Piensa en esto al enfrentarte con los engaños perversos de los seductores, o cuando se alza en ti el fuego abrasador de los deseos prohibidos.

VI. — CÓMO APRECIABAN LA PUREZA LOS MISMOS PAGANOS

De todos son conocidas las espantosas aberraciones del paganismo en punto a moralidad. Pues bien, aun en el fondo de tal abyección moral brillaba, como fuego fatuo, ante la mirada del pagano, la hermosura graciosa de la pureza; y aun en las épocas de mayor decadencia encontramos a cada paso instituciones que parecen presentir de un modo instintivo y respetar la belleza de la castidad. Aún más: el sollozo lastimero del alma humana que

anhela una vida pura, se deja oír justamente con más vigor en tiempos de la más profunda decadencia. Cuando todo lo engullía la corriente de la inmoralidad, el hombre se esforzaba por salvar siquiera en un islote de la vida las ruinas de la virtud, y concedía privilegios increíbles para fomentar la continencia.

Pitia tenía que permanecer pura hasta la muerte; y lo mismo se exigía al sumo sacerdote del culto griego, al hierofante. El viajero que se dirigía a Atenas divisaba ya de lejos el «Partenón», el templo dedicado especialmente a la virginidad. También Roma levantó una capilla a la diosa de la pureza, Pudicitia; e hizo acuñar monedas con su efigie. Es harto conocido el respeto que tenía Roma a las sacerdotisas que servían a la diosa Vesta y guardaban el fuego sagrado, las Vestales. En las calles, el mismo Cónsul tenía que cederles el paso; y los que le acompañaban tenían que humillar con respeto sus insignias oficiales delante de ellas. Si un condenado a muerte se encontraba con una Vestal, se le indultaba. En cambio, la caída moral de una Vestal era considerada como una terrible desgracia para el Estado, era castigado con pena de muerte y se ofrecían en tan funesto caso sacrificios expiatorios.

¡Ved ahí, ni siquiera en medio de las grandes aberraciones del paganismo se perdió por completo el aprecio de la pureza!

VII. — PLAN SUBLIME

Con la distinción de sexos comunicó el Señor fuerza creadora a los hombres. Quería que éstos participasen en su función divina de Hacedor y compensasen la brecha abierta en nuestro linaje por la muerte, dando vida a nuevas y nuevas generaciones. Tal era el plan sublime, misterioso, del Creador, al instituir el matrimonio. De modo que los jóvenes esposos —rebosantes de fuerzas, en la plenitud de la madurez, según la voluntad de Dios, en una virginidad intacta—, *unidos como en un solo cuerpo*, vienen a ser la expresión del designio creador.

¡Plan sublime! El Señor habría podido crear a todos los hombres directamente, por Sí mismo, así como creó a nuestros primeros padres, y en un estado de completo desarrollo. Pero no fue así su santa voluntad. Dando al hombre una fuerza de confianza inefable, le comunicó un rayo de su fuerza creadora, y con ello

llenó la vida terrena de un encanto y calor indecibles... mas por otra parte cargó al hombre con una tremenda responsabilidad.

Imaginémonos por un momento cuán diferente sería la vida —cuanto más fría, más gris, más ardua— si el Señor hubiese dispuesto de otra manera, distinta de la actual, el nacimiento de los hombres.

En primer lugar, no habría niños en el mundo; todos serían adultos. No resonarían las alegres carcajadas de los niños que juegan. No habría niñez, y nos serían desconocidas las deliciosas y despreocupadas alegrías de la edad infantil.

Aún más: no habría familia, no habría amor de padres, de hijos, de hermanos; cada cual se encontraría solo, extraño, aislado, huérfano, sin familiares en el mundo; no habría nación ni patria; faltaría el noble pensamiento de la gran fraternidad humana.

Pero el Señor, en su plan sublime, no quiso que fuera así. A consecuencia de la santa fuerza creadora que comunicó al hombre, fluye a través de todas las generaciones pasadas, presentes y venideras la única y gran corriente de vida de nuestros padres; y con ello quedó establecida la gran hermandad humana. Todos los hombres, empezando por el primero y llegando al último que haya de vivir en esta tierra, desde el emperador hasta el pordiosero, desde el poderoso hasta el humilde, desde el aristócrata hasta el proletario, desde el sabio hasta el analfabeto, todos, todos tenemos una misma vida, una misma solidaridad, un mismo Padre en los cielos.

Plan sublime el de Dios; pero ¡qué exquisita delicadeza y qué conmovedora confianza para con el hombre! Y es tanto mayor nuestra responsabilidad cuanto más nos honra esta confianza. Es una distinción para nosotros que en la labor de renovar continuamente la humanidad —labor realmente creadora— Dios haya permitido la colaboración del hombre; pero no es menor nuestra responsabilidad en la obligación que tenemos de aprovechar esta fuerza únicamente para el santo fin que Dios le señaló y dentro del marco legal que le fijó desde el principio: *¡dentro del matrimonio indisoluble, que ata a un hombre solo una sola mujer!*

VIII. — MISTERIO SAGRADO

En toda la naturaleza el origen de la vida es un misterio. ¡Un misterio sagrado!

El principio, el nacimiento, el brotar de la vida queda envuelto en el velo del misterio. En vano busca el hombre el origen de la vida; el más renombrado investigador siente al final de su camino que toca el umbral de un santuario cerrado. Un paso más y... se encuentra ante el plan creador de Dios.

Mientras que los niños y las niñas saben convivir los unos en compañía de las otras, no ocurre así en los adolescentes, hay algo misterioso e instintivo que les retrae instintivamente de tratarse… Entra en el plan del Creador que principalmente en esta edad los dos sexos se eduquen separadamente para que no influya el uno en el otro, porque sólo así podrá el joven desarrollarse hasta llegar al ideal del hombre, y la muchacha alcanzar el perfecto ideal de la mujer.

IX. — LA LUCHA POR LA PUREZA

¿Te quejas de tener que luchar mucho por la pureza? Pues dime, ¿no ves que en torno nuestro toda la vida es un combate continuo? Si hay algo que no está en lucha, que se mantiene quieto, que no se mueve, esto se pudre, se enmohece, perece. Y si en todo hemos de luchar, ¿justamente iremos con regateos cuando se trate de combatir por la pureza?

Aunque hayas de luchar con la tentación durante toda tu vida, nadie podrá obligarte a capitular, a deponer las armas... si tú no quieres.

El combate más difícil es luchar contra uno mismo; pero vencerse a sí mismo es también la victoria más gloriosa.

Al igual que para la vida del cuerpo es necesaria la limpieza— casa limpia, trajes limpios, alimentos limpios, aire puro—, también para la vida del alma es necesaria la pureza.

Cuando se barre una escalera se comienza por los peldaños superiores; de un modo análogo, para limpiar tu alma has de empezar por lo más alto, por los pensamientos. Conserva, pues, la

pureza no solamente en los actos y en las palabras, sino también en todos los pensamientos… *Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos serán a Dios* (San Mateo 5, 8). La pureza es una virtud muy frágil. Con cualquier pequeño tropiezo se marchita. En este punto no hay término medio. Con la pureza, como con la honradez, no se puede regatear: ni es posible ser honrado a medias, ni lo es tampoco ser puro sólo a intervalos.

Los robles no crecen en los túneles oscuros, y las rosas no florecen en los sótanos. La virtud de la pureza tampoco se desarrolla en un ambiente contrario a ella.

El que está siempre ocupado, difícilmente será tentado. No seas holgazán y comodón. No mimes tu cuerpo demasiado, y estará siempre bajo tu señorío.

X. — SI ERES CRISTIANO, VENCERÁS

¡Puros hasta el altar! Es un postulado del sexto mandamiento. Es una cosa que a todos nos exige Dios, y nos lo exige por nuestro bien.

¿Que es imposible? ¿Que no hay manera de cumplirlo?

Si no eres más que hombre, fracasarás. Si no tienes religión, difícilmente lo podrás cumplirlo. Pero si eres cristiano, vencerás. Desde que podemos rezar: *«...y el Verbo se hizo carne»*, es posible cumplir la ley. Porque ¿qué significa que el Verbo se hizo carne? Significa que Cristo asumió cuerpo humano y así transformó en templo la naturaleza humana e injertó en ella el deseo de una vida más alta y le dio posibilidad de alcanzarla. Dios bajó a la tierra para que la naturaleza humana pueda levantarse al cielo y llenarse de los pensamientos de Dios. Y si la inmoralidad nos arrastra al cieno, la vida pura nos levanta a la dignidad de reyes.

IV. — DEBES SER PROFUNDAMENTE RELIGIOSO

A) BUSCA A DIOS POR DOQUIER

«¡Al aire libre, muchachos!... Paseémonos por campos y bosques; al aire libre, libre se siente también el espíritu. Allí es pura la llama en los ojos y en el corazón. Allí nos mira el mismo Dios.» (Marcha de los «boy-scouts» húngaros.)

I. — LA NATURALEZA

¡Juventud y naturaleza! Son dos realidades que van a la par. La naturaleza eternamente joven, la naturaleza que se rejuvenece siempre. El joven se ve impulsado instintivamente a correr por bosques y campos; el aire libre es su elemento.

En la naturaleza se vislumbra de forma especial la obra creadora de Dios. Por eso, los hombres más religiosos han sido a la vez fervorosos amantes de la naturaleza. (Recordemos al «Heraldo del Gran Rey», San Francisco de Asís, cuya vida fue todo poesía y amor ardiente a la naturaleza.)

La humilde florecilla, el robusto roble, la bella mariposa, la luz risueña de la aurora, el estrépito de la tempestad, los trinos del ruiseñor, el relámpago que centellea, el trueno que retumba, la agradable brisa vespertina, el silencio de los bosques, el germinar de la primavera, las blancas nieves de las cumbres... todo, todo es belleza, todo es arte, un arte cien veces más sublime y más edificante que la obra maestra del mayor de los artistas. Arte que misteriosa pero incesantemente alaba a Dios. «Créeme, pues yo lo he experimentado —dice San Bernardo—; en los bosques

encontrarás algo más que en los libros. Las hierbas, las rocas te enseñarán algo de que no saben hablar los maestros.»

El gran astrónomo Keppler una vez dijo: « Percibo el día en que el hombre conozca a Dios por la naturaleza como le conoce por la Sagrada Escritura; y se alegre de ambas revelaciones.»

II. — CÓMO INFLUYE EN LA VIDA ESPIRITUAL

El silencio de la naturaleza facilita la concentración; ayuda al alma a recogerse en su propio e íntimo «aposento» para orar a solas, siguiendo el consejo del Señor. También él permaneció cuarenta días en el desierto; también El se retiraba con gusto a la montaña, y su jardín favorito era el Monte de los Olivos. San Pablo pasa tres años en el desierto de la Arabia; San Benito y San Francisco de Asís buscan la soledad de los peñascos; San Ignacio de Loyola tiene sus revelaciones en la cueva de Manresa...

Basta comparar el efecto de los ejercicios espirituales hechos en una casa religiosa situada en una gran ciudad, con los que hacemos en un claustro situado a la vera de un bosque o en medio de un jardín silencioso, para convencemos de cuánto influye la naturaleza en la vida espiritual. Los claustros de las Ordenes de la Edad Media, generalmente se edificaron en regiones llenas de romanticismo. Sus fundadores conocían muy bien la bienhechora influencia que ejerce la naturaleza en la vida espiritual, cómo ayuda al alma a adentrarse en lo sobrenatural.

Siguiendo el ejemplo del «Poverello», podemos partir de la contemplación de una débil brizna de hierba, de un pajarito, de una alta cima, de un lago escondido entre montañas, y luego levantarnos al Padre celestial que nos ha dado todas estas cosas para alegrarnos la vida. ¡Sí; alegrarnos la vida! También Dios se alegra al ver cómo nos entusiasmamos con sus dones.

III. — No SABÍA LEER EN LOS LIBROS...

Santa Armela no sabía leer en los libros, mas sabía leer las páginas del libro de la naturaleza. ¡Y cuán emocionantes, cuán hermosos eran los pensamientos que allí leía!

Cuando veo cómo se refugian los polluelos bajo las alas de su madre, la gallina —solía decir ella—, me acuerdo que también Jesucristo se comparó a una gallina solícita, y con esto me enseñó que yo también he de refugiarme bajo las alas de la divina Providencia.

Cuando veo cómo se inclinan el tallo del trigo y el árbol movidos por el soplo del viento, me pregunto a mí misma: ¿Por qué no estoy también yo tan pronta y obediente a inclinarme bajo el soplo del Espíritu Santo, y por qué no me dejo guiar y orientar por El?

Cuando veo qué alegres nadan los peces en el agua y cómo juguetean, pienso que también yo tendría que sentirme alegre y feliz en el amor de Dios, en la gracia de Jesús y en el gozo del Espíritu Santo...

No ceses de volver las hojas del libro de la naturaleza; en él está escrita la imagen de Dios.

Claro que esta imagen muchas veces no es más que borrosa silueta (lo dice también la Sagrada Escritura: como en un espejo, en enigmas), pálida imagen de lo que la revelación nos dice de Dios. Es que la naturaleza no ha sustituido a lo sobrenatural; no es más que su fundamento.

IV. — «EN EL BELIO TEMPLO DE LA NATURALEZA...»

Los paseos al aire libre tienen una influencia magnífica no sólo en la salud corporal, sino también para refrescar el espíritu.

La bella arboleda, el arroyuelo cristalino, el cielo azul, las mariposas que revolotean, las florecillas que se abren, el verdor de los campos, los pajarillos que pían, todas, todas estas cosas serenan el alma.

Durante los paseos no solamente nuestro corazón se abre más confiado al amigo, sino que nuestros mismos pensamientos se dirigen más fácilmente hacia el Señor.

Las huellas de la mano creadora de Dios se muestran con gran hermosura en la naturaleza. No por capricho, pues, ni por pura casualidad, sino enseñados por la Naturaleza misma, suelen los hombres levantar en medio de los bosques ermitas, oratorios, donde se rinde homenaje a Cristo Rey del Universo y a la Virgen

sin mancilla. En el bosque de Schwarzwald hay una cruz con la siguiente inscripción:

«En el bello templo de la naturaleza descubres las huellas del Dios grande. Si quieres verle mayor aún, párate junto a su cruz.»

El amor a la naturaleza ejerce una beneficiosa influencia sobre los sentimientos y el alma misma. No hay más que ver una flor en el campo, para dejarse sorprender de las maravillas de Dios creador... El corazón que es sensible a las bellezas de la Naturaleza, no podrá dejar de ser más compasivo ante las miserias de los hombres: «El que ama la flor no puede ser hombre malo.»

V. — LA MIRADA DE MARÍA EN EL BOSQUE

En medio de un hermoso bosque de hayas, en un rincón pintoresco, se había instalado un campamento de *scouts*. A unos minutos de distancia de las tiendas, a la vera del camino, entre nidos de ardillas y pájaros, está colgada de un tronco una hermosa imagen de la Virgen.

Una tarde riñeron dos muchachos. Algunos se habían reído de uno de los chicos y éste se enfadó; y perdiendo por fin la paciencia cogió a uno de ellos y le dio una paliza fenomenal.

Media hora después paseaba yo por los senderos del bosque, reflexionando en la manera de aprovechar el desagradable incidente para dar aquella misma noche una lección a los muchachos...

Llego a la pequeña imagen de la Virgen... ¿qué veo? Uno de los que hablan reñido está de rodillas delante de ella. La Virgen Madre mira compasiva al muchacho arrodillado. Me acerco hacia él, y éste nota mi presencia. De repente, como asustado, se levanta, y una lágrima rueda por sus mejillas. Le dirijo unas pocas palabras y prosigo mi camino.

Este joven había tropezado, como todos los hombres, pero procuró expiar su pecado y sacar de él la moraleja para el porvenir. Al llegar la noche, los dos muchachos que habían reñido eran ya amigos como antes.

VI. — UN LEMA DE MODA

¡Disfrute de la Naturaleza! Es un lema que se ha puesto de moda en nuestros días. El hombre se da cuenta, por fin, de su influencia bienhechora.

Excursiones de fin de semana, alpinismo, salidas a la sierra, paseos por el bosque..., todas estas cosas son alegrías justas y legítimas; pero no hemos de olvidarnos de levantarnos desde estos goces meramente sensibles a las alturas sobrenaturales.

Cuando centellea el cielo estrellado sobre nuestras cabezas, cuando retumba el trueno, cuando susurra el bosque, cuando escucho los trinos de los pájaros, cuando contemplo las olas del mar, cuando oigo el murmullo del riachuelo, siempre he de darme cuenta del himno de alabanza que continuamente se eleva hacia Dios.

No puedo menos de pensar en el Creador cuando disfruto de las maravillas de este mundo.

Dios lo creó todo, y es Dios quien lo sustenta todo; por lo tanto, todo el mundo está lleno de Dios. El sistema nervioso influye en todos los órganos del cuerpo; sin el concurso de él no ve el ojo, ni oye la oreja, no habla la boca, no se mueve la mano; de la misma manera, sólo vive y existe el mundo por cuanto Dios vive y existe en él.

Todo el mundo está lleno de Dios. Únicamente el que sepa sentir este pensamiento podrá caminar con los ojos abiertos en medio de la Naturaleza, y sabrá disfrutar verdaderamente de ella.

VII. — ¿CASUALIDAD?

El que profundice un poco en el examen del universo descubrirá a cada paso las huellas de Dios. ¿De dónde salió este universo tan asombrosamente grande? ¿De dónde la materia, el átomo, la molécula, el ión, el electrón? ¿De dónde? ¿Creéis, acaso, que la teoría de Kant-Laplace explica el origen del mundo? Sí, lo explica; pero no sin Dios. Porque ni Kant ni Laplace renegaron de Dios.

Los cuerpos siderales ruedan con una velocidad vertiginosa hace millares, acaso centenares de millones de años. ¿Quién los puso en movimiento?

Siempre estuvieron moviéndose —dice alguien.

Pero no puede ser. Porque es cierto que un día cesará su movimiento y si siempre se hubiesen movido, entonces «este día» ya habría tenido que llegar hace mucho tiempo.

Leyes físicas rigen toda la Naturaleza. ¿Quién puso sus bases? ¿Los astrónomos? Ellos no hicieron más que descubrirlas. Pero ¿quién fue quien las estableció?

Toma en tu mano una pepita de manzana. Un grano pequeño, muerto al parecer. Ponlo en tierra; nacerá de él un árbol robusto. ¿Cómo? ¿Por qué y cómo vive, crece, se desarrolla aquí la vida, siendo así que todos los científicos y laboratorios del mundo no son capaces de producir una sola hierba que viva y crezca?

«¿Casualidad?» Pero, si la unión casual de los átomos ha sido capaz de producir este universo admirable, ¿por qué hoy día no vemos jamás que se unan los átomos para formar un pueblo o siquiera una sola casa?

VIII. — DESFILE CONCERTADO Y PRECISO

Al contemplar la bóveda tachonada de estrellas, aún hoy siente el hombre, y quizá más intensamente todavía, lo que sintió hace tiempo el gran sabio griego Aristóteles. Este escribió: «Así como aquel que desde la montaña Ida, cerca de Troya, contemplase el desfile concertado y preciso del ejército griego en el llano —delante los jinetes con sus corceles y carrozas, detrás los infantes—, tendría que pensar que alguien debe haber que ordena los diversos cuerpos de ejército y rige los movimientos de los soldados; así como el marino, que desde lejos ve acercarse una embarcación con las velas henchidas por viento favorable, ha de pensar que hay un timonel que guía el buque hacia el puerto; de la misma manera cuantos miraron por vez primera la bóveda celeste y vieron cómo describe su carrera el Sol desde el oriente al occidente, y contemplaron las filas bien ordenadas de las estrellas..., buscaron al autor de este orden sublime del universo; pensaron que todas

estas cosas no pueden ser efecto de la casualidad, sino que han de proceder de un Ser poderoso y eterno.»

La materia y la fuerza por su propia naturaleza ya tienden a un estado de descanso; ¿quién es, pues, el que encerró en la materia inerte aquella fuerza que se dirige hacia arriba, siempre a mayores alturas? ¿Quién es el que hizo desplegar la riqueza de fuerzas y de colores que vemos en el mundo actual? ¿Quién? Nadie más que el Dios creador, que fijó el camino al universo creado por El e inscribió en la misma materia las leyes del desarrollo, del adelanto, de la perfección durante milenarios innumerables. La materia en sí es una cosa muerta, sin vida; la fuerza es ciega; sólo la inteligencia que está por encima del universo puede imponerle vida y señalarle su objetivo.

¡Quien ha de ser aquel Dios, a quien le bastó un solo pensamiento para crear todo este maravilloso mundo de estrellas, que les fijó leyes y les dio una armonía nunca sospechada por la humana fantasía! ¿Quién ha de ser Aquel que trazó las vías invisibles de las estrellas y fijó el eje del universo; y a quien alaba la admirable bóveda celeste?... Y le alabó mucho antes que pudiera verla ojo humano.

Ahora siente el hombre la gran verdad que encierran las palabras pronunciadas por Pasteur al ser recibido en la Academia francesa: ¿Qué hay más allá de la bóveda estrellada? Una bóveda llena de estrellas. Bien, pues. Y ¿más allá? ¿Qué hay más allá? Una fuerza imperiosa obliga al entendimiento humano a formular esta pregunta y repetirla sin cesar: ¿Qué hay más allá?

De nada sirve esta respuesta; más allá no hay sino espacio, grandeza y tiempo ilimitados. Porque con estas expresiones nadie puede imaginarse nada... Si este pensamiento se apodera del hombre, no queda más remedio que postrarse de rodillas...

Habla de un orden admirable el mero hecho de que las leyes de la Naturaleza, ley de la gravedad, leyes de la dinámica, leyes de las combinaciones químicas..., rigen por doquier y siempre, sin que haya una sola excepción. Lo que hemos podido observar en una molécula de carbón, lo descubriremos en todas las de la misma índole. En la Naturaleza no hay huelgas, ni insubordinaciones: en ella todo obedece.

¡Cuán precisas, cuán inflexibles son sus leyes! Podemos calcular con una puntualidad de minutos el camino de las estrellas. Sabemos con una precisión de segundos cuándo la Luna ha de ocultarnos el Sol, ocasionando un eclipse solar. Sabemos dónde está en este momento tal planeta, por dónde corre ahora el cometa de Hálley, y dentro de cuánto tiempo aparecerá de nuevo.

Aragó dio una conferencia en el *Collége de France* acerca de las grandes leyes del universo, y terminó de esta manera su disertación: «La semana próxima habrá un eclipse solar que se podrá ver también en París. La luna entra en conjunción con el Sol y oculta a la Tierra la luz del Astro Rey. Por lo tanto, tal día, a tal hora, a tal minuto, a tal segundo, tres grandes cuerpos siderales obedecerán, no a nuestros pronósticos, sino al mandato de Dios. Únicamente los hombres son los que no le obedecen.»

IX. — ¡CUÁN GRANDE ES DIOS!

Admirablemente ricos son los pensamientos de Dios, así en las cosas colosalmente grandes como en las extremadamente pequeñas.

Hay almas de filisteos que, al ver las cataratas del Niágara, exclaman: «¡Enorme! ¡Cuántas caballos de fuerza!»

Los hay también que en el seno del bosque no piensan sino en calcular cuántos metros cúbicos de leña puede contener.

Cada día y cada hora la gran naturaleza pinta en nuestra alma un nuevo rasgo de la majestad de Dios. Detrás del velo de la naturaleza vislumbramos aquí y allí el rostro escondido del Creador, y sabemos que aún nos rodea todo un mar de secretos indescifrables.

¿Amas las flores, el campo que exhala aromas, las mieses ondulantes? ¿Amas el riachuelo que sin freno corre por los montes, el bosque que susurra, la cima cubierta de nieve, el mar airado o en calma?

Los que viajan por los alrededores del lago de Vierwaldstätt no dejan de subir al Rigi-Kulm para presenciar la magnífica salida del sol. Es el rayar del alba... Las moles ingentes de los glaciares, envueltas por la luz pálida, se visten de un tono gris...; va amane-

ciendo, sale el sol y las cumbres brillan como antorchas encendidas y parece un mar de fuego...; en medio de un profundo silencio, alguien suspira a nuestro lado: ¡«Oh Dios, oh gran Dios!»

¡Mirad el cielo, la tierra, todo el universo! La hermosura del mundo entero, sus leyes, su orden preciso pregonan cantando: Hay por encima de nosotros un Ser infinitamente sabio que lo creó todo, que fijó todas estas leyes. Un poder infinito; un poder que, dominando todo el universo, ordenó que los átomos, invisibles de puro pequeños, se uniesen para formar ingentes cuerpos siderales; que trazó caminos y dio leyes a las fuerzas titánicas, para que no hubiera desorden, sino un mundo bellamente ordenado, que se asienta en leyes fijas...

¿Quién estableció aquellas leyes más fuertes que el hierro, que a guisa de aros de acero rodean el mundo para que no se deshaga? ¿Los físicos? No. Ellos tan sólo nos ofrecen los números de la velocidad con que corre tal estrella. O nos dicen cómo describe aquélla su órbita. Pero ¿quién pudo mandar a las estrellas que procedan de ésta o de aquélla manera? ¿Sentís, muchachos, qué respeto y emoción ha de apoderarse de nosotros todas las veces que pensemos en estas cosas? Uno de los científicos más grandes del mundo Ampére, todas las veces que oía pronunciar el nombre de Dios, apoyando su ancha frente entre las manos, exclamaba: «¡Qué grande es Dios! ¡Qué grande es Dios!»

X. — HERMOSURA ETERNA

¡Qué *grande* es Dios! Pero también, ¡qué *bello* es Dios!

Además del orden admirable de la naturaleza, de una finalidad bien determinada, ahí tenemos también sus inagotables bellezas. El ocaso del sol, el arco iris, la exuberancia de colores de las flores, la luna que sonríe en el firmamento, la noche silenciosa, el murmullo del pinar, los peñascos abruptos... todas estas bellezas han de tener un origen. Debe de haber un modelo, un prototipo, una norma, cuya hermosura se refleja por todo el mundo creado.

Toda la belleza que existe en el mundo se debe a Dios; de El procede. Hermoso es el sol al levantarse en una mañana de primavera. Hermosas son las estrellas al brillar en las noches silenciosas. Es hermosa la gota de rocío que brilla sobre la hierba.

Pero también, ¡qué hermosos son los diminutos pétalos azules de la miosota! Como dice un poeta alemán:

«El mundo es como un libro; contiene muchas frases escritas en líneas policromadas tocantes a la providencia de Dios para con nosotros: el bosque y la flor, en la cercanía y en la lontananza, como también el brillante astro matutino, son testigos de su amor.» (Geibel)

¡Oh, cuánta hermosura hay en este mundo! ¡Cuántos hombres quedan presos de una hermosura terrena, y no se acuerdan de que todo lo que parece hermoso en la tierra no es más que reflejo, reflejo pálido de la Hermosura eterna, de Dios! ¡Cuán hermoso ha de ser Dios, en comparación de cuya hermosura todas las bellezas del mundo son como pequeña gotita en comparación del inmenso océano!

Campo cubierto de verdor, flores soñadoras; ahí, a algunos pasos, dos remansos que reflejan la luz plateada de la luna; noche silenciosa; brillantes estrellas... ¡Todo, todo está lleno de hermosura, todo es pura belleza! Entonces, ¡cuán hermoso debe ser Aquél, de quien procede toda belleza!

Desde hoy veré siempre la hermosura de Dios en las flores de la pradera, desde las cimas azules de las lejanas montañas, se saludará la majestad de Dios; su voz vibrará en mis oídos al percibir el trino de los pájaros; admiraré su poder en el rayo. Hasta en el murmullo del riachuelo distinguiré su voz; le buscaré en las estrellas de la bóveda celeste..., ya que sé que todo lo bello que existe en este mundo, todo, es pálido reflejo de su hermosura.

Y si todo lo bello es pasajero en esta tierra: se marchita la flor, se seca la hoja del árbol, se derrumba el peñasco y se agota la fuente, mi alma se abrazará más estrechamente a la Hermosura perenne, inmutable, absoluta: la hermosura de Dios..

En voz baja recito las palabras del Salmista:

«Oh, Señor, desde el principio tú fundaste la tierra y los cielos son obra de tus manos.

»Ellos perecerán, pero tú permaneces inmutable.

»Y todos ellos como un vestido envejecerán.

»Como un vestido los mudarás, y serán mudados.

»Pero tú eres siempre el mismo, y tus años no tendrán fin.»

(Salmo 102, 25-28)

XI. — EN EL SILENCIO DE LA NATURALEZA

Me acuerdo de la emoción con que me detuve un día entre los peñascos solitarios del Magas Tátra, en medio de un majestuoso silencio. Había ya pasado la catarata de Nagytarpatak y llegado a una altura en que no crece un árbol; tan sólo algunas cabras monteses daban saltos por las rocas peladas. A la derecha y a la izquierda, peñascos cortados a pico, guardianes del admirable silencio. Del ruido de la vida no llega el más leve murmullo a estas alturas. Mudo sosiego lo envuelve todo. No me atrevía casi a levantar los pies del suelo, para no hacer ruido. Sentí aireada mi alma por un soplo de eternidad, y mis rodillas se doblaron espontáneamente en un acto de ferviente oración sin palabras. En medio del silencio, Dios nos habla con voz elocuente.

Sven Hedin, el explorador de fama mundial, escribe que al descubrir en la meseta del Tibet un lago aprisionado entre dos colosales peñascos, el silencio augusto de la eternidad llegó a conmoverle tanto que, con los ojos llenos de lágrimas, se arrodilló para adorar al Dios infinito.

Los momentos pasados en plena naturaleza, en silencio solitario y meditación recogida, dan profunda madurez al alma humana. Allí nacen los grandes glaciares, allí se reúnen las aguas que alimentan con su caudal los ríos y los mares, y es allí, en el silencio, donde descubre, a veces, el hombre su propia alma.

XII. — TE DEUM

Como la bóveda celeste ensancha nuestro corazón, así ensancha nuestra mirada la exploración minuciosa que nos es posible merced al progreso de la ciencia. Al descubrir una ley nueva le parece al hombre bajar a profundidades misteriosas, al laboratorio de la creación, y a medida que ante nuestra alma emocionada se descubren nuevos secretos, sentimos más intenso el soplo del Dios infinito. En todas las células de las plantas veo «al cultivador del primer jardín», como llama el Génesis a Dios: las variaciones de los cristales nos hablan de la hermosura de Dios; la

ciencia de los números no es sino la sombra de su armonía misteriosa, y las leyes del curso de los astros son obra de sus manos poderosas.

La materia, de suyo, es impotente, pesada y tiende al descanso. Pero he aquí la ley misteriosa de la gravedad, que todo lo pone en movimiento. Las partículas más diminutas de la creación tienen su misión; y del cúmulo de fuerzas, al parecer contradictorias, encontradas y enemigas, no resulta un *caos*, sino un *cosmos*, es decir, un mundo admirablemente ordenado.

La naturaleza no es un caos, sino un cosmos, un orden armonioso; no es un montón de energías y cuerpos siderales echados uno encima del otro, sino una ingente maquinaria, construida según un magnífico plan previamente concebido y regido maravillosamente por leyes inflexibles.

Los lugares que nunca podrá alcanzar siquiera la mirada del hombre; las cimas que jamás podremos escalar; los cristales diamantinos que nunca sacaremos del seno de la tierra; el mundo misterioso de los seres que viven a ocho mil metros en el fondo del mar, que nunca llegaremos a conocer, ¿no son otras tantas estrofas sublimes del Te Deum que se entona a Dios? *«El universo es un pensamiento de Dios»*, escribió Schiller; y este aserto no ha podido refutarse aún por ninguna ciencia.

Qué admirablemente exacto es el canto sublime de Beethoven: «Te alaba, gran Creador de los cielos, la santa canción del universo: el cielo, la tierra y los millares de estrellas, y la oración fervorosa del corazón humano. A Ti, que con una señal haces estremecer las maravillas del cielo; a Ti, excelso Jefe a quien sigue el rayo de sol. El mandato poderoso del Señor se oye aquí abajo y la bendición llena nuestros valles.»

XIII. — LOS MILAGROS PROSIGUEN

Nuestro Señor va repitiendo el milagro de Caná, aunque nosotros no lo notemos. Por eso conviene caer en la cuenta de lo que nos rodea y sacar de ahí un amor más profundo a Dios. Nos rodean cosas llenas de misterio. ¿Milagros? Acaso mayores que el milagro, de las bodas de Caná; sólo que ya nos hemos acostumbrado y, debido a la costumbre, no los meditamos.

¿No es la fuerza del mismo Dios la que transforma el agua de la lluvia primaveral en zumo de vid, y este zumo, en vino generoso?

¿No es la misma fuerza la que pinta en los granos de la uva de color rosado las perlas de rocío en las primeras madrugadas de otoño?

¿No es aquella mano poderosa la que multiplicó en el desierto los peces y los panes, la misma que da madurez a las mieses que ondean con ricas espigas?

Aprende, hijo mío, a ver en todas las bellezas de la creación el rostro de Dios.

B) PRACTICA TU RELIGIÓN

«Si en ninguna fase de la vida, ni en los negocios públicos ni en los privados, se puede prescindir de los deberes religiosos, menos puede eximirse de ella aquella época de la vida que todavía no tiene experiencia, que arde en pasiones y está expuesta a tantas tentaciones de perdición.» (*Militantis Ecclesiae*, León XIII)

I. — DE LA FE DEL NIÑO, A LA FE DEL JOVEN

Un escritor afirma que a los quince años «los muchachos se vuelven incrédulos». No tanto. Sin embargo, hay en la afirmación algo de verdad. A medida que van creciendo, desarrollándose los muchachos, no parece sino que van enfriándose para con Dios.

La religión preocupa a los muchachos en la edad de la pubertad más que en cualquier otra época, ya que la lucha se libra en torno a este punto: el adolescente, ¿podrá conservar la fe de su niñez en la edad madura o bien la pederá?

Los cambios fisiológicos y psíquicos de la pubertad, naturalmente, repercuten también en la vida religiosa: la

religiosidad inconsciente del niño se transforma en la religiosidad más consciente del joven.

Las características de la religiosidad del niño son: una fe absoluta, que desconoce la más leve sombra de deuda; un amor grande, mejor dicho, temor a Dios; practica la religión así como la ve practicada por los otros, sin intentar comprenderla de un modo más profundo, sin asomo de independencia.

Pero en la edad de la pubertad esta estructura sufre un cambio radical y, a veces, se desploma. Se borran los rasgos infantiles; el deseo de un fundamento racional se hace más fuerte; la decisión independiente ocupa el primer término.

En los años de desarrollo se da cuenta el joven, por vez primera, de la duplicidad y del misterio de la vida humana. Con espanto descubre las inclinaciones contradictorias que levantan su voz, cada vez con mayor fuerza, en su interior, y toda su vida presente pesa sobre su espíritu titubeante como un enigma gigantesco. El joven entonces se ensimisma, se repliega sobre sí mismo y va consumiéndose en su propio fuego.

Es un hecho experimental que así como el organismo del niño, en la mayoría de los casos, se transforma en organismo de joven con fuertes conmociones fisiológicas, de un modo análogo, el paso de la fe del niño a la fe del joven tampoco se verifica sin combates y luchas. Este tránsito no es igual en todos los jóvenes. En una tercera parte de los jóvenes la fe del niño se transforma en fe de joven sin que se note, sin ninguna lucha; en cambio, en las dos terceras partes restantes este paso se verifica entre duras refriegas.

II. — JÓVENES PIADOSOS

No te creas, por nada del mundo —por desgracia, hay jóvenes que así se lo imaginan—, que la vida profundamente religiosa sirve de obstáculo al desarrollo de una vida hermosa, noble y laboriosa. No te creas que el que quiere vivir continuamente en estado de gracia santificante, porque ésta es la verdadera vida religiosa, se vuelva inhábil para la vida terrena y no sepa abrirse camino.

No comprendemos por qué se ha de tildar a la piedad de timidez, de ánimo amargado. Sin embargo, vemos muchas veces —

por desgracia— que los llamados «jóvenes piadosos» son tan buenos que ya no son buenos para nada; tímidos, se apartan de sus compañeros no saben trabar franca y alegre amistad, no saben jugar, y para ellos el ardor juvenil, un poco de ruido que se levante, las bromas inocentes, son groserías o quizá pecado. Se mueven en la vida práctica encogidos, se sienten casi seres de segundo orden y no parecen dar gloria a quien les educó, la Iglesia.

La causa de tal hecho estriba en que se quiso construir en ellos la vida sobrenatural sin basar el edificio sobre los cimientos naturales. La recta educación espiritual ha de dar por resultado *una piedad robusta, varonil, sana y alegre*: porque si no, sólo damos alas a los jóvenes para cernerse en las alturas, pero les cortamos los pies con que caminar por la vida real.

«¡Yo no quiero ser un santo así!», me dijo un joven de dieciséis años, que rebosaba de energía, que era un as en los deportes, que estudiaba honradamente y procuraba también poner orden en su alma...; pero no quería ser un santo «así».

—¿Y cómo es ser «así»?—le pregunté.

—Pues no sé; ser un muchacho así, que se sienta cabizbajo en un rincón. Un muchacho así, sin vigor y fuerzas, que no sabe ver sino lo malo en la vida, que no sabe reír, que no se atreve a hacer de las suyas...

—Pero ¡hijo! ¿Quién te metió en la cabeza que esto es la verdadera vida religiosa? Todo lo contrario. Verdad es que la religión nos prepara para la vida eterna; pero, al mismo tiempo, enseña que la vida eterna nos la ganamos mediante una vida terrena vivida con honor. Como ves, de esta manera aumenta y santifica el valor de la vida terrena, sus trabajos, el cumplimiento del deber. Por lo tanto, si quieres vivir con profunda religiosidad, ¿te crees que ya no puedes tener buen humor, que no puedes practicar el deporte, que no puedes tener amigos y abrirte camino en la vida? ¡Por Dios! No es eso. Vivir en gracia de Dios y tener un espíritu sinceramente religioso significa que, cuando oras, contigo ora Cristo, que vive en tu alma, y, por lo tanto, aumenta así la fuerza y el valor de tus súplicas; que cuando estudias, te asiste en el trabajo Cristo, que vive en tu alma, y así, tus estudios se convierten en oración; que cuando juegas, te ejercitas en los deportes, «haces de las tuyas» o conversas con tus amigos, por

todas partes está contigo Cristo y santifica las manifestaciones más insignificantes de tu vida diaria. Así es la vida del joven creyente; ésta es la verdadera religiosidad varonil.

III. — EL JOVEN VERDADERAMENTE CREYENTE

El joven verdaderamente creyente no es extravagante. *No habla mucho de la religión, pero la vive*. No se jacta, pero tampoco se ruboriza de ella. Cuando se encuentra entre compañeros también creyentes, no quiere parecer más fervoroso que los demás; en cambio, entre muchachos de espíritu frívolo y de alma fría, no cede ni un ápice de su credo religioso.

Por desgracia, los jóvenes se forjan, a veces, de la vida religiosa una idea mezquina. Allá arriba, entre las nubes, mora un bondadoso Anciano, el Señor Dios, a quien debemos acudir de vez en cuando con oraciones, bien por necesidad, bien por temor. En esto consiste la religiosidad.

¡Dios mío! ¡Qué pobre bosquejo de la verdadera religiosidad! Han convertido el rico manjar del alma en un insípido y repugnante mendrugo de pan. El joven que es profundamente creyente no se imagina a Dios allá lejos, entre las nubes; para él, Dios es infinito, llena el mundo entero, *«en El vivimos, nos movemos y existimos»* (Hechos de los Apóstoles 17, 28); y de su mirada no puede esconderse nadie, por mucho que se esfuerce.

Abre de par en par las puertas de su alma, respira profundamente y se llena del pensamiento sublime del Dios omnipresente.

Para él, Dios es la Belleza infinita, cuya majestad nos obliga a ponernos de rodillas; la Bondad inagotable, que atrae hacia sí, con la fuerza del imán, al alma humana.

Para él, Nuestro Señor Jesucristo no es un frío personaje histórico, cuya vida estudia y del cual aprende dónde nació, dónde vivió, dónde padeció, sino el Hombre-Dios, que vive para siempre, cuya figura sublime y divina se graba en el alma con caracteres de fuego. Sin El, por mucho que aprenda, su alma es frío hielo en el mejor de los casos, una cripta sepulcral adornada con magníficas estatuas, pero tan sólo cripta, sin vida, sin calor, sin empuje.

Muchos jóvenes se creen que la religiosidad consiste en mucho rezo y visita de iglesias. Esto no pasa de ser la manifestación exterior de la religiosidad. Lo necesitamos: pero con facilidad se ceñirá a las meras exterioridades la religiosidad de aquel cuya vida espiritual se agota en este punto.

Para mí, la verdadera religiosidad varonil supone mucho más.

Supone la idea sublime, que se extiende a lo largo de toda mi vida y anima todas sus manifestaciones; es a saber: que yo, así como soy, con todos los latidos de mi corazón, en todos los momentos de mi vida, con todos los pensamientos de mi entendimiento, soy la humilde criatura, hijo del Dios infinito y creador, a quien llamo en mis oraciones, cuya iglesia frecuento con amor, pero a quien, además, quiero servir con todas mis fuerzas.

El joven verdaderamente religioso ora, no sólo cuando recita el Padrenuestro, sino también cuando estudia o cuando mete un gol. Para él, es oración la comida, y oración el cumplimiento del deber, y oración el juego; es oración toda su vida, porque con toda su vida quiere alabar a Dios.

¡Ésta es la verdadera religiosidad varonil!

¡Qué sabe de todo esto el joven que se conforma con asistir a misa los domingos, y musitar por la noche el Padrenuestro! ¡Pobre! Se contenta con el agua escasa de un raquítico arroyuelo, cuando allí, delante de él, corre un caudal abundante de aguas vivas!

La verdadera religiosidad es alegría, consuelo, aliento, empuje de la vida del hombre.

IV. — ¿NO QUIERES SER HÉROE?

¿Qué es la santidad y a quién llamamos santo?

La santidad es frente erguida y temple de acero.

La santidad no es huir del mundo, sino vencerlo.

La santidad es una fuerza espiritual llevada hasta el supremo grado.

La santidad es la apreciación justa de los valores de la vida terrena.

Los santos son héroes: los héroes de la libertad del alma.

En cambio, acurrucarse en un rincón, llevar el cuello torcido, la mirada lánguida, la tristeza, la melancolía, la inactividad, la negación de los anhelos naturales y nobles; en una palabra, lo que precisamente inspira horror a muchos, no entra propiamente en el concepto de «santo».

Porque, ¿qué es el santo?

¡Es un héroe! El héroe de las victorias alcanzadas sobre nosotros mismos.

Es ejemplo sublime y eficaz para mostrar de cuánto es capaz la voluntad humana.

Es la ratificación de nuestra fe inquebrantable en el alto destino de la humanidad.

Es el modelo de la gran victoria sobre el propio yo y de los anhelos sublimes dirigidos hacia lo alto.

Santo es el que asciende hacia las cumbres; santo es el que labra en su propia alma la imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien; dime, joven: ¿No quieres ser también tú uno de esos héroes?

V. CORRIENDO TRAS EL ARCO IRIS...

Acaso me objetes que es una pretensión exagerada y que nunca podremos alcanzar este ideal; que, por lo menos, no lo puede alcanzar un joven hoy día.

Supongamos que así sea. Pero tampoco entonces has de olvidar que el ideal está ante nosotros no sólo para que lo alcancemos, sino también para que tendamos, por lo menos, hacia él. Cuanto más elevado sea el objetivo que persigues, a tanta mayor altura te levantarás, aunque no logres alcanzarlo por completo. Piensa en el niño del cuento, que se puso en camino para coger el arco iris. ¡Cómo corre a través de todos los obstáculos! ¡Cómo va subiendo! Finalmente, comprende que no puede coger el arco iris; pero ya está en la cima de una montaña; a pleno pulmón, respira el aire puro; se emociona al contemplar el bello paisaje...

Así nos levanta también a nosotros a las cumbres de la vida espiritual la imitación de los santos. Los santos muestran con ejemplos vivos, con ejemplos al alcance de nuestra vista, cómo

podemos seguir de cerca de Jesucristo. Son la confirmación experimental de que *no sólo se debe, sino que aun se puede imitar a Jesucristo*. Y en todas las vocaciones. San Luis, San Estanislao, San Juan Berchmans, se hicieron santos como estudiantes, es decir, lograron aquella libertad de espíritu que consiguieron un San Esteban, en el trono real; una Santa Margarita, en la soledad de la isla de las Liebres; un San Emerico, en las fastuosidades de la corte regia; un San Martín, en el ejército; una Santa Rita, como humilde criada.

VI. — LA IMITACIÓN DE CRISTO

Entre las características de los jóvenes que pasan o acaban de pasar los años de la adolescencia, se destaca el esfuerzo fogoso por lograr su independencia. «¡A mí nadie me manda! ¡Nada me interesa, excepto lo que es obra mía!»

Estos jóvenes no son incrédulos, sólo son enfermos, enfermos de calentura.

En su estado febril rechazan el camino por donde han ido otros, aunque se trate del camino que recorrió el mismo Cristo. Trazan su propio camino, aunque no conduzca a ninguna parte, sólo para dárselas de original. Más tarde, al avanzar en años, cuando madura la razón y el ímpetu de las pasiones se amortiguan, confiesan que no existe camino más original que el camino de la imitación de Cristo, aunque por él hayan pasado millones de hombres; es un camino nuevo para cada uno, que llena de sentido a la vida y que bien merece la pena de ser seguido.

¿Cómo he de «seguir» a Cristo? ¿He de copiar su vida en la mía? ¿Tengo que imitarle en las cosas exteriores, en la manera de vestir, en la manera de hablar? No, por cierto. El que hoy día quisiera seguirle copiando estas cosas se quedaría muy atrás, muy lejos de El. Lo principal es apropiarse de los criterios y sentimientos de Jesucristo, de sus puntos de vista, de su espíritu, en una palabra, *vivir el espíritu de Cristo*, *proponérselo como modelo, y así «seguirle»*.

No basta con entusiasmarse en algunos momentos por ser su discípulo, no es suficiente con sentir amor hacia El... Hemos de

seguirle con las obras. Es decir, hemos de cumplir lo que nos ordena El.

Puede suceder que por de fuera mi vida no tenga punto de semejanza con la vida de Jesús y, no obstante, sea una vida completamente según Cristo.

El vivía en un mundo muy distinto al mío. El no tenía dónde reclinar su cabeza; yo tengo un hogar... No importa. *Lo que importa es lo interior*: he de juzgar la vida como la juzgaba Cristo; debo cumplir los mandamientos dados por El; debo evitar lo que El prohibió; así, seré imitador de Cristo; así, seré «otro Cristo»; aunque las circunstancias de mi vida, mi modo de vestir, mi campo de acción, sean completamente distintos de los de Jesucristo.

Así reza el joven que sigue de veras a Cristo: «Señor mío, Jesucristo; si mis ojos quisieran mirar cosas inmorales, ciérralos. Si mis labios van a pronunciar cosas inmorales, séllalos. Si mis pensamientos se descarrían y caen en pecado, córtalos. Señor, no permitas que me aleje de Ti un solo paso.» Tales el espíritu fervoroso de la imitación de Cristo.

VII. — FE FIRME

«Yo soy el camino, la verdad y la vida» (San Juan 14, 6), dice de Sí nuestro divino Salvador. Por lo tanto, Dios es la misma verdad, y mi fe tiene por fundamento la convicción con que acepto la verdad de las palabras de Dios.

Nuestra Iglesia nos exhorta a cada paso sobre la importancia de la fe, de una fe firme, de una fe que excluya toda clase de duda. Hay muchos puntos de la religión que yo no comprendo y, no obstante, he de creerlos. ¿Por qué he de creerlos? ¿Por qué no me es lícito dudar? Porque no puedo dudar de la palabra del Dios veraz. Ved ahí el primero y más sólido fundamento de mi fe: no lo comprendo, pero lo creo; lo creo porque Dios es veraz y no puede inducirme a error.

Únicamente Dios no puede jamás caer en el error. Nosotros, los hombres, aun con la mejor voluntad, nos equivocamos hartas veces.

Por lo tanto, cuando nos asalten dudas de fe y traten de importunarnos y quitarnos la paz, como el gusano en la manzana sana y fresca —nadie puede evitar estos días nublados—, ¡qué tranquilidad se siente en semejantes ocasiones el poder decir: Realmente, no comprendo este o aquel artículo de mi Credo; *pero así lo dijo Dios y yo ¡lo creo! «Porque bien sé de quién me he fiado»* (II Carta a Timoneo 1, 12).

Yo estoy en un valle; Dios, en cambio, está en la cima de una montaña. Está en la cima y va diciéndome lo que hay más allá de la montaña, en aquel otro mundo que yo no puedo ver porque el monte me lo impide. Yo creo en su palabra, porque Dios es veraz.

¡Así es la fe católica, una fe inquebrantable! El mayor tesoro del hombre.

Dios, Padre celestial, sembró en tu alma la fe santa en el momento de tu bautismo. ¿La cuidas con amor? ¿La defiendes de todo peligro? ¿La cultivas con esmero?

Es la fe un don misterioso del Dios infinitamente sabio. La fe profunda e inquebrantable, que tal vez rechaza el alma soberbia del hombre instruido, se halla muchas veces en el corazón del hombre sencillo.

Acaso tu fe sentirá el acoso de muchas tentaciones en el transcurso de tu vida. En los últimos años de enseñanza secundaria, y más aún durante los estudios universitarios, de los mismos libros que habrás de leer saltarán muchas veces pensamientos que te harán estremecer. ¡Oh! ¿Qué es esto? ¿Mi fe titubea?

Oirás en las conversaciones frases altisonantes, sin fundamento, que asestarán sus tiros contra el baluarte de tu fe. Verás que muchos hombres —intelectuales prestigiosos— se declaran agnósticos o ateos, y esta constatación no dejará de algún modo de influir negativamente en tu fervor juvenil.

Así será. Te lo digo de antemano. Tu fe tendrá que pasar por muchas graves crisis. No importa. No importa... mientras tú seas humilde y puro de corazón.

Tal vez durante largos años te sentirás atormentado por la duda en algunos puntos de religión; acaso llegue un momento en que des por completamente perdida la fe bendita de tu juventud...;

pero no te desesperes. Conserva el espíritu de humildad, persevera en la pureza, y estas dos virtudes harán que sea firme la fe que ya creías perdida.

VIII. — LAS RAZONES DEL CORAZÓN Y LAS DE LA RAZÓN

Si fuesen el álgebra o la física, y no la religión, las que enseñasen los preceptos exigentes de la vida moral, seguramente nadie tendría dudas respecto de la fe y, en cambio, serían muchos los que podrían en tela de juicio las tesis del álgebra y de la física... Y lo harían en nombre de la «cultura» y del «progreso».

Si pudiéramos limitarnos a una «fe» meramente especulativa, apenas habría incrédulos en el mundo. Pero de los dogmas de la fe brotan consecuencias morales muy serias tocantes a nuestro modo de vivir, a nuestras acciones, a nuestras palabras. Y en consecuencia hemos de evitar el pecado, hemos de vencer nuestras inclinaciones pecaminosas, aunque nos seduzcan los placeres prohibidos; hemos de tener a raya nuestras pasiones, la ira, el egoísmo desenfrenado, la impureza, el odio...; debemos extirpar hasta las raíces de nuestras culpas, y, si a pesar de todo caemos en el pecado, lo debemos declarar con sincero arrepentimiento en el tribunal del Sacramento de la Penitencia. Es decir, de la fe se deriva una lucha, un combate incesante: lucha contra los defectos, combate por llegar a ser más perfectos.

Y es ésta precisamente la causa de que muchos hombres no crean. No quieren creer, porque entonces tendrían que cambiar su modo de vivir. Y se sienten muy a sus anchas en sus pecados actuales.

Prueba clara de que en la mayoría de los casos la corrupción del corazón es la causa de la incredulidad: ésta, regularmente, se manifiesta en la juventud, corre parejas con las pasiones y, al desaparecer éstas, desaparece también aquélla. El niño no es incrédulo; todo lo contrario, ¡cuán dichoso se siente con Dios! Y el anciano tampoco es incrédulo; precisamente ancla su única esperanza en la fe, en la religión. Entre estas dos edades se halla la época tempestuosa de las pasiones, a la que bien pueden aplicarse las palabras de Pascal: «El corazón tiene razones que la razón no comprende.» Unas son las razones del corazón, y otras,

las de la razón. No cabe duda: el corazón corrompido puede hacer incrédulo al hombre; la razón sosegada, disciplinada..., ¡nunca! ¡Quien niega la existencia de Dios es que tiene interés en que Dios no exista.

IX. — CATÓLICO AL CIEN POR CIEN

¡Cuántos jóvenes sucumben a la tentación y caen diariamente en el pecado! ¿Habrá de sorprendernos entonces que la fe firme de bastantes de ellos empiece a vacilar y digan para sus adentros?: «Lo que me explicaban en el colegio mis buenos maestros sobre la fe, la vida espiritual, la pureza, era, por cierto, muy hermoso, pero ahora me parece exagerado y poco práctico; entonces yo no conocía lo que es la vida ni mi derecho a gozar. Intuyo que la Iglesia católica no conoce el mundo en que nos movemos. ¡Sus mandamientos y prohibiciones parecen tan anticuadas!...»

Joven, cuidado. ¡Guarda tu fe! Son las horas más difíciles, las horas en que las tentaciones contra la fe levantan su voz.

El Señor encargó a la Iglesia la guarda íntegra de sus enseñanzas. No me es permitido escoger entre las doctrinas del catolicismo: Esta es hermosa y fácil; por lo tanto, la acepto. Aquélla es extraña, incomprensible, difícil; por lo mismo, no la acato. No puedo ser cristiano en un 25 por 100, en un 40 por 100 o en un 50 por 100, y en lo demás, pagano, «progresista», mundano, autónomo…; sino que he de ser católico a 100 por 100, porque no solamente reveló Dios este o aquel dogma, sino que El sale fiador de todas las enseñanzas de la religión católica.

No podemos quitar ni una sola piedra de aquel sublime edificio que llamamos religión católica sin inferir grave daño a todo el edificio.

X. — CARRO SIN EJE

Si pasamos largo tiempo sin remover una piedra, se llena de musgo; si tu navaja está sin usar, se cubre de óxido; si no haces deporte, se debilita tu musculatura.

Lo mismo sucede en el campo de la fe: quien no practica su fe, primero, se llena del musgo de la indiferencia; después, se cubre del óxido de la duda, y ¿cuál es el resultado final?: una fe remisa y raquítica o acaso una completa incredulidad.

Por lo tanto, no sólo has de guardar tu fe, sino que has de ejercitarla.

Ejercítala, en primer término, mediante oraciones vocales. Todos los días, por la mañana, recita el Credo despacio, meditándolo. Da gracias a Dios por haber dado el bautismo, por haberte educado en la fe católica.

Después trata de vivir conforme a tu fe, viviendo en la presencia de Dios, cumpliendo sus mandamientos, visitando a Jesús que está en el sagrario…

La fe tiene que traducirse en obras, no vale una fe puramente especulativa.

XI. — VALENTÍA Y MARTIRIO

La fe católica no puede confinarse a la esfera privada del alma, sino que tiene que exteriorizarse de alguna.

Si me encuentro en una reunión en que se habla de la religión, de los principios morales, será cobardía vergonzosa, si en tales ocasiones me callo, me encojo de hombros y me avergüenzo de mi fe, de mis principios morales.

Debemos mostrarnos orgullosos de pertenecer a la Iglesia católica. Ella ha influido como ninguna en la cultura occidental, y ha dado valor a millones de mártires que supieron perseverar con firmeza aun en medio de los más horrendos suplicios.

Forma toda una biblioteca lo que se ha escrito sobre el martirio con que sellaron su fe los fieles del cristianismo primitivo. No podemos detenernos en describir minuciosamente sus ejemplos sublimes. Pero sí te aconsejo que los leas con frecuencia, para robustecer tu fe y ver con qué firmeza granítica, no sólo los hombres, sino también las mujeres, los ancianos, los jóvenes y las doncellas desafiaron todos los tormentos a que fueron sometidos por verdugos paganos, que ante la agonía del paganismo sentían recrudecer su ira desesperada.

Sí; jóvenes que se habrían librado de tormentos terribles con sólo ceder un poquito, echando unos granos de incienso a los ídolos, con sólo adorar al César, con sólo renegar de Cristo... ¡No, no! ¡No lo hicieron!

XII. — LA ORACIÓN

No sin fundamento se llama a la oración la respiración del alma, porque lo que es la respiración para la vida del cuerpo, esto es la oración para la vida del alma.

Entre los estudiantes —aun entre aquellos que regularmente rezan—, hay poquísimos que sepan *rezar bien*. Llegan a la enseñanza secundaria sabiendo casi con las mismas oraciones matutinas y vespertinas que tenían al ir por primera vez a la escuela: Padrenuestro, Avemaría, alguna que otra poesía..., y se acabó. Saben de memoria algunas oraciones, pero no saben rezar.

Si un joven quisiese llevar los mismos pantalones que usaba cuando era todavía un niño, como es natural, al tratar de ponérselos, se sentiría oprimido; no le servirían ni le sentarían bien. Acabaría tirándolos a un rincón.

De modo análogo, un joven tampoco puede seguir rezando como lo hacía de niño niño. Las oraciones infantiles ya no le sirven, le resultan aburridas y demasiado inocentes…

El arte de orar o rezar bien es todo un arte que hay que ir aprendiendo gradualmente.

La oración de la mañana es fundamental. Dime cómo has hecho tu oración matutina y yo te diré cuánto valdrá aquel día para ti y para la eternidad.

Las oraciones de la noche son también muy importantes para acabar bien el día. Han de ser sobre todo expresión de nuestra gratitud y nuestro amor hacia Dios:

«Señor mío, al final de este día, antes de descansar, quiero levantar mi alma a Ti. Empecé la jornada con tu santo nombre, y con él quiero acabarla. Te doy las gracias por todos los bienes corporales y espirituales que me has dado.»

«No hay espectáculo más hermoso que un hombre que ora» —se ha dicho, y con razón—. Al rezar entramos en el mundo

sobrenatural, un mundo completamente distinto, en el que nos encontramos con Dios.

Orar es levantar el corazón a Dios. Sólo al hombre le está permitido hablar con El. La oración es algo propio del hombre. A nuestro Padre celestial le podemos manifestar nuestra alegría, nuestra gratitud, nuestro amor, nuestros pesares, nuestras luchas, todo, todo lo que nos preocupa o nos hace felices. Es privilegio del hombre el poder hacerlo.

Siempre que pronuncies en la oración el *«Padre nuestro...»*, trata de penetrar su sublime significado: Dios es mi Creador, mi Sustentador, mi Protector, mi Bienhechor, mi Fortaleza, mi Todo y… sobre todo, *mi Padre*.

Mi Padre, que me ama aun cuando me prueba; que quiere mi bien, aun cuando no le comprenda muchas veces; que conoce todas mis penas, que sabe mis tristezas, que ve mis lágrimas, las noches que paso en vela, mis pruebas, mis tribulaciones, y consuela mi alma…

Pruébalo, joven; cuando algún acontecimiento triste alborota el mar de tu alma, arrodíllate y reza con fervor a Dios; al levantarte, sentirás algo así como si Dios hubiera bajado a tu alma a apaciguarla.

La oración nos da fuerza para trabajar y cumplir con nuestro deber.

La oración es la respiración honda del alma que se llena con el aire fresco de la cercanía de Dios.

El hombre que no ora no vive vida humana, sino tan sólo vida vegetativa.

XIII. —ESCUELA DE SACRIFICIO

Tocan las campanas los domingos y su voz se extiende por bosques y campos, por pueblos y ciudades. Durante toda la semana el hombre no para de trabajar y luchar, venciendo muchas dificultades; pero hoy es domingo y tocan las campanas.

«Hombre —te dicen—; este mundo no es tu patria verdadera; aquí tan sólo eres un peregrino.

»Hombre; no eres tan sólo polvo, sino que eres también hijo de Dios.

»Hombre; no es tan sólo la vida terrena la que merece tus preocupaciones, sino también, y principalmente, la vida eterna. Ven, ven a la iglesia; ven a adorar a tu Señor, a tu Dios...»

Hay muchos que no oyen la voz de las campanas. Hay quienes ya de madrugada se van de excursión y pasan el domingo sin participar de la santa misa.

Hay otros que han estado de diversión hasta muy tarde el sábado anterior y duermen toda la mañana del domingo, dejando la santa misa. Y también los hay que «no tienen tiempo», porque han de ir a visitar a unos amigos...

¡Qué almas más superficiales y frívolas son éstas! ¡Qué manera de pensar más rastrera!

Cristo se sacrificó por nosotros; también nosotros estamos obligados a sacrificar para la santa misa, por lo menos, una de las trescientas treinta y seis medias horas de la semana.

La misa es el memorial de la Pasión del Señor, su actualización para mí, la renovación del sacrificio del Calvario, en que Jesucristo se ofrece por mí. El se me quiere dar en alimento, quiere ser el alma de mi alma. ¿Puede haber algo más maravilloso?

Si el domingo he asistido con fervor a la santa misa, se multiplicarán durante la semana mis victorias sobre las tentaciones, tendré mayor abundancia de paz en mi espíritu, mi trabajo será más provechoso y cumpliré mejor con mis deberes.

XV. — A SOLAS CONTIGO MISMO EN EL SILENCIO DE LA NOCHE

Bueno será que cada noche, antes de acostarte, dediques algunos minutos al examen de conciencia y a la oración ferviente y cálida, es decir, a ti mismo, a sumergir tus pensamientos en los pliegues más escondidos de tu propio corazón.

San Juan Crisóstomo daba mucha importancia al examen de conciencia cotidiano: «Al ir a dormir, pide cuenta a tu conciencia;

haz esto todos los días. Si lo haces, podrás presentarte confiado ante aquel tribunal tremendo.»

Antes de descansar, dedica algunos minutos a repasar el día y pregúntate:

¿Qué he hecho hoy?

¿Qué he omitido de lo que tenía que hacer?

Y si hallas que en esto o en aquello has faltado, has sido negligente, has pecado, levanta tus ojos a Jesús crucificado: Señor, he pecado. Perdóname. Mañana será otro día. Te lo prometo.

No temas bajar al fondo de tu espíritu, aunque tuvieras que descubrir en sus profundidades un montón pululante de gusanos asquerosos. Cuantas más veces les dirijas el reflector del examen de conciencia, tanto más aprisa perecerán.

El buen examen de conciencia diario no consiste, pues, tan sólo en echar cuentas sobre las obras del día, sino en procurar *descubrir la raíz* de cada falta. No sólo determino el mal, sino procuro dar también contestación a esta pregunta: ¿Cuál ha podido ser la causa de que en este caso haya negado mis rectos principios? Hay que encontrar las raíces y destruirlas.

La pasión dominante, así como el temperamento, dan un cuño especial a cada hombre; si pudiéramos librarnos de ella, lo demás ya sería fácil. La pasión dominante es la raíz de muchos defectos, es la mala inclinación de que brotan en su mayoría los pecados. Conocerla es conocer la causa de las faltas, la concatenación de todos los deslices, la coordinación de los pecados.

XVI. — VERGEL FLORIDO

¡Joven! ¿Sabes qué es la verdadera libertad? La libertad del alma. ¿Y sabes cuál es la esclavitud peor? La esclavitud del pecado.

De esta forma podrás, como es debido, el gran tesoro de la Iglesia católica: la santa confesión. La confesión es un baño espiritual, es un nuevo nacimiento; no hay medio más eficaz para la enmienda verdadera, para el robustecimiento de la voluntad, para la autoeducación.

Por la inconstancia de la naturaleza humana y por las mil ocasiones de pecado, tanto los muchachos como los adultos, caen en la lucha. Pero el divino Salvador, con un conocimiento cabal del alma humana, depositó en nuestras manos un medio, cuyo valor educativo es inapreciable, en el sacramento de la penitencia. «Sí; en la confesión late una gran fuerza formadora de pueblos» (Pestalozzi)

Cada vez que te confiesas, Jesucristo te perdona y limpia de nuevo tu alma, llenándote de alegría y de nuevas fuerzas para la lucha, para vivir una vida nueva, más hermosa, más pura. Tan sólo quien lo ha probado sabe los prodigios que acaecen en el silencio del confesonario. Desde la creación del mundo, no hubo acontecimiento más sublime que la resurrección de un alma muerta.

Lo que susurras allá en el confesonario nadie lo oye, a no ser Dios y su ministro ungido. Nadie más ve en tu rostro el rubor de la vergüenza; nadie más descubre en tus ojos las lágrimas del arrepentimiento sincero. Nadie más presencia cómo inunda el raudal de la gracia tu alma, ese desierto árido, y cómo la transforma de repente en vergel florido del Espíritu Santo.

XVII.— DELFOS Y EL CONFESIONARIO

¿Cuál es la cosa más necesaria para una confesión buena? Un arrepentimiento sincero y una voluntad firme de confesar todos nuestros pecados y después enmendar nuestra vida.

El que desea recoger una gran cosecha, antes de todo, ha quitar todas las piedras, ha de extirpar las raíces de las malas hierbas y espinas, y después ha de sembrar en la tierra la semilla buena.

La confesión viene a ser una extirpación de malas hierbas y una siembra de buen grano.

Primera condición de todo desarrollo del carácter es *la sinceridad con nosotros mismos, el conocimiento propio*.

No en vano aconseja ya el sabio de la antigüedad: *Conócete a ti mismo*. Este conocimiento propio, esta mirada seria, penetrante, en nuestro propio espíritu, es tan importante como difícil y acaso

desagradable..., y lo es, principalmente, en la juventud. El que desconoce el estado de su propia alma, ¿cómo podrá esperar adelanto?

Ahí viene a prestar ayuda la confesión bien hecha. Ya en su preparación exige recogimiento, autoexamen contra el amor propio y la vanidad, contra las seducciones deslumbrantes de las pasiones...; exige sinceridad con nosotros mismos. No se trata de una mirada superficial. No, esto no basta; sino de un riguroso examen de conciencia, cuyo resultado he de comunicar a otra persona experimentada; y si todavía hubiere ficción ante mí mismo, su juicio la desvanecerá.

Todo lo que ayuda a descubrir con claridad cuál es *el fin de nuestra vida* tiene un enorme valor educativo. Pues bien; el fin sublime de la vida humana nunca se presenta con luz más viva a nuestro espíritu que en el examen de conciencia preparatorio para la confesión, ya que en él nos damos cuenta más cabal del gran obstáculo que nos cierra el paso para la consecución de nuestro fin, es decir, el pecado. En la losa sepulcral del hombre que se haya confesado con frecuencia no podrá inscribirse nunca la frase que podría servir como el resumen de la vida de muchos de nuestros contemporáneos: «Aquí descansa un hombre que no supo por qué vivió.»

Ejemplo magnífico del recto examen de conciencia son las *«Confesiones»* de San Agustín; esta oración que llena todo un grueso volumen y en que el autor descubre los tropiezos más leves de su vida, los confiesa y se arrepiente de ellos; pero de tal manera que el que se postra ante la majestad de Dios ya no se ve atado por el hilo más débil a los pecados del pasado. Para San Agustín el examen de conciencia no es propio tormento, no es arrepentimiento flojo y escrúpulo vano. «Quiero mencionar —escribe— todos los horrores que he cometido... No porque encuentre complacencia en ellos, sino por amarte, Dios mío... Quiero pagar con mi corazón por tu amor. Es amargo para mí este recuerdo; pero repaso una vez más mis caminos malos para más sentir tu embelesadora, segura, únicamente verdadera dulzura.»

¡Qué diferencia entre el examen de conciencia del que se prepara para la confesión y el conocimiento propio recomendado por el oráculo de Delfos! El adivino de Delfos vivía —al parecer— en la

creencia de que el conocimiento propio ya es resultado de la autoeducación; en cambio, el que se prepara para la confesión sabe muy bien que el examen de su estado de ánimo no es más que el principio de la autoeducación, la cual no se completará más que por el arrepentimiento de los pecados y la consiguiente enmienda de la vida. Tan sólo el que con toda claridad divisa ante sí un ideal según el cual haya de modelar su propia alma, podrá enmendarse y educarse a sí mismo. Y la profunda sima que separa la imagen sublime del Dios poderoso y santo y el alma humana, afeada por los pecados, en ningún momento se nos presenta con tanta claridad como al hacer el examen de conciencia antes de la confesión. El gran valor pedagógico del examen de conciencia consiste precisamente en que se nos acucia continuamente a trabajar por la hermosura de nuestra alma. Al fervoroso le instiga a nuevos progresos; al que vive en pecado le despierta y le humilla nuevamente.

XVIII. — PUNZANTE ESPINA

El que se confiesa se constituye en su propio acusador; y esto tiene fuerza para retenerle ante el pecado, lo mismo que para inculcarle el deber de arrepentirse nuevamente después de una recaída. Si descubrir la falta ya es un principio de enmienda, ¡cuánto más lo será confesarla delante de otra persona! «Confesar los propios vicios es indicio de salud» (Séneca, Ep. 53).

No basta para la enmienda tomar nota del pecado; hay que reconocerlo. En la confesión el joven reconoce, con la cabeza inclinada, que *una ley santa rige sobre él* y que cometió una infracción contra la misma; en este trance, los más frívolos los más precipitados, se acuerdan de que las leyes de Dios son inviolables.

Además, en la confesión el joven se acusa a sí mismo. No es lo mismo que si le hubiese acusado otro o si le hubiesen cogido *in fraganti*. El que se acusa a sí mismo oye con gusto la amonestación. Descubre todos los repliegues de su corazón, dice todo cuanto ha ocultado a sus mejores amigos, a sus mismos padres; aún más, se siente feliz de haber podido hablar, por fin, delante de alguien con toda sinceridad.

En nuestra época pululan los pseudo profetas; libros, folletos, escritos de cualquier ralea, corren por millares en manos de los jóvenes y les llenan la cabeza con un terrible caos de ideas, tildando de rancia a la virtud, llamando virtud al pecado y derecho de la naturaleza a las bajas concupiscencias. Y lo peor es que no podemos apartar de estos pseudo profetas a los jóvenes; calle, cine, diarios, anuncios publicitarios, hasta el mismo aire que se respira, están saturados de tales conceptos. ¡Bendita confesión, que da nuevo vigor a la conciencia relajada y, mediante el juicio imparcial del confesor, restaura los fundamentos de la integridad moral, fortaleza en que aquí y allí se abrieron algunas brechas! Y aunque no logremos que los jóvenes no pequen más, de todos modos, podemos *lograr que, por lo menos, no vivan tranquilos en pecado*, sino que sientan siempre como un aguijonazo, como la punta de una espina que se quedó clavada en la herida.

XIX. — ACUMULACIÓN DE ENERGÍAS

Es posible que *el hombre se equivoque en lo que toca al estado de su alma*; pero la mirada penetrante del confesor, que juzga con imparcialidad, descubre fácilmente el engaño. Esto se ve, principalmente, en la confesión de los jóvenes. En los años del desarrollo corporal, de la pubertad, todos pasan por diferentes etapas tempestuosas; dichoso el joven que en los laberintos de los nuevos instintos que se despiertan y de los pensamientos y deseos desconocidos es guiado por la mirada certera y la mano segura de un confesor que procede con fina psicología.

Pero el sacramento de la penitencia no tiene tan sólo una influencia negativa, es decir, no solamente nos libra del mal cometido; igual influencia tiene si se mira el lado positivo, si se la enfoca hacia aquellos que, gracias a Dios, no caen en pecado grave. Precisamente en estas almas es donde la fuerza preservativa de la confesión puede obrar plenamente; porque toda la fuerza que en los otros casos se ha de aprovechar para curar llagas, para reanimar al adormecido, para resucitar al muerto, puede entonces aplicarse a templar la salud, a desarrollar la hermosura. Por lo tanto, *el que se confiesa con frecuencia no se confiesa porque tiene muchos pecados, sino para no tenerlos*. Cada confesión es,

además de cancelación del pecado, acumulación de energías, medida preventiva para las luchas del porvenir. Y aunque caigamos de nuevo, no nos desanimamos. «Luchamos contra los vicios no tanto para vencer cuanto para no ser vencidos» (Séneca).

XX. — EL DESPERTAR DE NUESTRO MEJOR «YO»

¿En qué estriba el valor educativo del arrepentimiento y del firme propósito? Mientras *el examen de conciencia se dirige a la razón* y le da a conocer la diferencia entre el ideal divino y la situación verdadera del alma humana, *el dolor mueve los círculos volitivos y afectivos*. El arrepentimiento no es cobardía, no es traición a nosotros mismos, ni una cosa meramente negativa —como creía Nietzsche—, sino el despertar de nuestro mejor «yo», el cambio de la traición por la fidelidad. Cobardía era lo de los paganos, que ponían sus pecados en la cuenta de las constelaciones nocivas; cobardía es lo de los hombres modernos, que buscan la causa de todos sus pecados en la influencia irresistible del medio ambiente. Pero no es cobarde el católico que se confiesa, cuando, con sinceridad varonil, se da golpes de pecho y dice tres veces: *mea culpa*, por mi culpa, sí, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

El arrepentimiento no es cosa meramente negativa. Bien es verdad que en su primera parte es apartamiento del pecado, y en esto es algo negativo; pero esta parte se completa por otra, la positiva: un volverse hacia el bien, una retractación vigorosa de la voluntad, como lo pregona claramente la sesión XIV del Concilio Tridentino, cuando dice de la contrición: «Dolor del alma y detestación del pecado cometido, con el propósito firme de no pecar más.» El odio al pecado y el propósito firme son las dos caras de una sola medalla: no pueden separarse. Por lo tanto, cuando nos apartamos del pecado no somos cobardes, no renegamos de nuestra personalidad; antes al contrario, descubrimos nuestro mejor «yo» y sacamos valentía y fuerza para una vida más hermosa. El hombre que se arrepiente de sus pecados quema lo que adoraba antes y adora lo que antes arrojaba a las llamas; renace y empieza una vida nueva.

XXI. — EL TESORO MÁS HERMOSO DE LA TIERRA

Una antigua y hermosa leyenda dice que cuando Dios sometió a los ángeles a prueba, éstos se dividieron en dos bandos. Uno de los ángeles se apartó de los demás y dijo para sus adentros: «Ahora todavía no me declaro en favor de ningún partido; ya veré cuál triunfa y me uniré a él.» Por tal proceder le fue impuesto el castigo de no poder entrar en el cielo sin antes traer el tesoro más valioso de la tierra. Camina el ángel, triste...; camina y va buscando el tesoro más valioso de la tierra...

Halla, por fin, una enorme piedra preciosa. «Me llevaré a los cielos ese diamante de brillantísimas facetas» —dice—. Así lo hace, pero en el momento de llegar al cielo, se derrite entre sus manos la piedra preciosa. Tiene que volver a la tierra.

Camina el ángel, triste...; camina, y de repente, oye un desesperado grito de socorro: un niño se cayó al río y va arrastrado por la corriente impetuosa. Los hombres gritan asustados, corren de un lado a otro por la orilla, sin poder ayudar al niño. Entonces se presenta un muchacho. La mirada del ángel divisa su corazón muy blanco, blanco como la nieve. El muchacho se echa al agua para salvar al niño que se ahoga. Pero también él es arrastrado por la corriente. El ángel coge entonces el corazón blanco, el corazón noble, del muchacho muerto y, a toda prisa, se va con él al cielo: «Aquí traigo el tesoro más hermoso de la tierra.» Pero en vano; ya ha llegado tarde; el alma ya estaba en el cielo, y ella valía más que el corazón, formado de polvo.

El ángel emprende de nuevo su camino, camino triste, camino de amarguras. En la soledad de un lejano desierto encuentra a un ermitaño, que llora sus antiguos pecados. Una de sus lágrimas cae sobre una hoja de árbol y allí brilla, más hermosa que el diamante. El ángel coge la hoja y la lleva con la lágrima ante el trono de Dios.

Y he ahí que le fue franqueada la entrada y pudo quedarse en los cielos, porque trajo el tesoro más hermoso de la tierra: la lágrima del hombre que llora sus pecados.

XXII. — No CORRAS DE UNO A OTRO MÉDICO

Comprendo muy bien el estado de ánimo en que se encuentra un joven antes de la confesión. Un agobio extraño le atormenta. ¿Qué será de mí? Este confesor me conoce. ¿Qué dirá cuando vea las llagas de mi alma? Es mi profesor de religión, es el capellán de los *scouts*; sabe Dios qué concepto más bueno tiene de mí. Y ahora verá que yo también soy un joven que cedo a la tentación y caigo...

No hay duda que tales pensamientos pueden quitarte el ánimo de confesarte. Mas precisamente por este motivo hablo de ellos; quiero ayudarte a vencerlos. La solución más fácil es ir a otro confesor que no te conozca. Pero este procedimiento déjalo para el caso en que de otro modo no pudieras vencer el temor que te atenaza.

Te recomiendo que, «precisamente por eso», vayas a un confesor que te conozca, que conozca todos los repliegues de tu alma, las circunstancias de tu situación en casa y en el colegio y que, por lo tanto, pueda asumir con acierto esta tarea dificilísima: la dirección de tu alma.

Prueba y verás que si escoges un confesor de toda tu confianza y sigues siéndole sincero, palparás mejor la influencia bienhechora de tus confesiones. Pero ¡sé completamente sincero! ¡Sincero en el grado en que no lo eres con otros, ni siquiera con tus padres, ni siquiera con el mejor de tus amigos!

¿Puede esperar curación el enfermo que corre de uno a otro médico? ¿Puede enmendarse de veras el joven que se dirige siempre a nuevos confesores?

Medítalo un poco... ¡Qué caos, si tuvieras que aprender las matemáticas cambiando de profesor a cada clase! Método, mirada de conjunto, conocimiento progresivo..., todo se haría imposible. Lo mismo sucede a aquel que corre continuamente en busca de nuevos confesores.

Acostúmbrate a hacer la confesión con fervor, con minuciosidad, sinceramente.

Pruébalo y sentirás qué fuerza brota de ella para las luchas que tendrás que sostener. Pruébalo: ¡qué inefable alegría sentirás!

Pruébalo, y amarás la confesión, como una de las manifestaciones más hermosas del amor de Nuestro Señor Jesucristo.

XXIII. — «HAZ CONMIGO LO QUE QUIERAS»

La influencia benéfica de la confesión encuentra su natural complemento en la santa comunión. La confesión frecuente, debidamente hecha, asegura los frutos de la santa comunión, y la santa comunión, avivando el fuego de la caridad, nos ayuda a extirpar la raíz de los pecados, conocida por la gracia de la santa confesión y a corregir nuestras inclinaciones desordenadas. El gran Papa de la Eucaristía, San Pío X, lo sabía bien cuando esperaba de la comunión temprana y frecuente, cada vez más extensa, la realización de su lema sublime: *Instaurar todo en Cristo*.

Por la sagrada comunión entramos en relación estrecha, en verdadero contacto con el divino Maestro.

Jesús mismo nos describe la eficacia de esta unión al hablar de la savia vital que circula en la vid. Después de la comunión brotan fuerzas divinas en el hombre, fuerzas que le empujan hacia la perfección, y así le ayudan por vía sobrenatural a conseguir la enmienda.

Te quejas de que muchas veces no te comprenden. ¿Sabes quién va a entrar en, ti? Jesucristo, aquel cuyas intenciones más santas se estrellaron contra la maldad de los hombres.

No tienes éxito en tus cosas. ¿Lo tuvo Cristo, aquel Cristo que ahora vas a recibir? Después de una vida haciendo el bien, murió como un desecho de la plebe, crucificado; ¿no es así? Al parecer lo había perdido todo, cuando en realidad lo ganó todo con esa muerte.

Un estudiante, de quince años de edad, se vio de repente aquejado de un mal en la pierna. Llaman al médico, y éste —con espanto de los padres— diagnostica cáncer. «No hay remedio, hay que cortar la pierna» —dice—. «No, no —exclama el joven paciente—; prefiero morir.» Durante unas semanas le suplican, y él contesta siempre: «No y no.» Por fin, su padre se arrodilla junto a la cama y le dice: «Hijo mío, si no quieres hacerlo por ti, te suplico que lo hagas por mí.» El muchacho mira un momento en silencio a

su padre, luego le tiende la mano: «Sí, padre por ti. Doctor, haga usted conmigo lo que quiera.»

Querido joven, si el cáncer del pecado ataca tu alma, piensa en tu Padre celestial. Piensa en tu Redentor, que no está arrodillado junto a tu cama, sino pendiente de la cruz por amor a ti, y te dice: «Hijo, permite que se te cure. Si no lo haces por ti, hazlo por Mí.» Mira tú la cruz y di también: «Sí, por Ti, Señor mío. Haz conmigo lo que quieras.» ¿Sabes qué hará contigo el Señor? Aserrará, extirpará tus pecados en la santa confesión; mas no temas, no te dolerá. Te dará una medicina; pero no temas, no será amarga, ya que el Señor cura con su cuerpo sacratísimo y su preciosísima sangre para que después de librarte de la enfermedad del pecado tengas de nuevo el alma pura y vigorosa para ser su discípulo.

¿Tienes muchas tentaciones? Acude con frecuencia a la sagrada mesa. ¿Hace tiempo que te has acostumbrado al pecado y ahora no sabes librarte de él? Ve a confesarte y a comulgar con frecuencia. ¿Deseas ser mejor y progresar en la educación de tu carácter? Recibe con frecuencia el cuerpo del Señor.

XXIV. — DOS CASTILLOS

Quisiera imprimir profundamente en tu alma la convicción de que la fuerza de una vida victoriosa y el secreto del triunfo están escondidos para ti en el Sacramento de la Eucaristía.

¡El Santísimo Sacramento es el sacramento de la victoria!

¿Has leído cómo se apoderaron los rusos de Przsemysl, una de las fortalezas más resistentes? Sencillamente, a fuerza de hambre. Valerosas tropas húngaras defendían la ciudad; tenían cañones y municiones en abundancia; también las torres resistían con firmeza... y todo fue en vano; llegaron a agotarse las reservas de alimentos, y los soldados heroicos, pero hambrientos y sin fuerzas, tuvieron que capitular.

También en torno de la blanca fortaleza de nuestra alma merodea el enemigo; muchas capitulaciones espirituales tienen por causa el hambre, el decaimiento. ¿Ha de asombrarte que el alma que no recibe su alimento ordinario pierda las fuerzas y no pueda resistir los ataques de la tentación?

Y ¿sabes cuál es el alimento principal del alma? *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo te daré es mi misma carne* (San Juan 6, 51-52).

¿Quieres cantar victoria en medio de los innumerables ataques de la tentación? ¡No olvides las palabras citadas de Jesucristo; no permitas que el hambre agote las fuerzas de tu alma!

Cuando los sarracenos asediaron el castillo de Asís y ya trepaban por los muros con embriaguez de victoria, Santa Clara cogió la custodia y se presentó en la muralla. Un deslumbrante rayo de luz salía de la Santísima Eucaristía, y los sarracenos, cegados, se despeñaron. Todo el ejército atacante emprendió la fuga; el pequeño claustro de Asís, la pequeña fortaleza de la fervorosa vida religiosa se vio liberada.

Cada alma pura es un castillo, una grata morada del Señor. ¿De quién podrán esperar socorro nuestros jóvenes cuando los salvajes sarracenos —los instintos desordenados y las tentaciones del mundo— embistan las murallas del castillo? ¿De quién sino de la Santísima Eucaristía? Acudan con frecuencia los jóvenes al Cristo eucarístico, y así podrán vencer las tentaciones del mundo.

Comulgar significa vencer; quien come la carne de Cristo y bebe su sangre, ése tendrá vida eterna.

Contemplemos en espíritu una función del circo romano en tiempos de Nerón. Un pequeño grupo de hombres es colocado en medio de la arena. Ancianos, madres con niños en sus brazos, doncellas, muchachos, niños... Los rodea una turba sin entrañas, inhumana, cruel...

Se abre una puerta de repente, y de los sótanos oscuros irrumpen en la arena leones, a los que no se alimenta desde hace días...

¡Y los cristianos allá en medio! ¿Tiemblan? ¿Suplican? ¡Ah, no! Rezan, cantan, se regocijan, como si fueran a unas bodas. ¡Cosa admirable! Las fieras los acometen, se oye el crujir de sus dientes agudos, sus garras destrozan la carne viva..., y ellos... tienen sus ojos clavados en el cielo, y con la sonrisa en los labios siguen cantando.

¿De dónde sacaron esos millares y millares de mártires esa fuerza increíble? *Y perseveraban... en la comunión de la fracción del pan y en la oración*, podemos contestar con palabras de la Escritura.

XXV. — EL DIENTE DE LEÓN DE LA CHINA

La sagrada comunión es la fuente de toda grandeza y fuerza espirituales: en ella habla al alma el primer educador de todos los tiempos, y, en el silencio misterioso que sigue a la comunión, desarrolla el trabajo más eficaz de educación espiritual. En esos momentos, enardecidos por un amor llameante, la voluntad se fortalece, el buen propósito se reafirma, y la buena intención, temerosa antes, adquiere temple de acero.

Es provechoso acostumbrarse a hacer algún sacrificio —aunque pequeño— para agradecer el hermoso gesto de amor de Jesús, de venir a habitar en nuestro corazón. Cada día brinda abundantes ocasiones para expresar esa acción de gracias con algún sacrificio, alguna renuncia, con algún acto de mortificación o de vencimiento; y la unión del alma con Cristo será mucho más íntima si acompaña a la comunión un sacrificio personal.

La mejor acción de gracias y la preparación para la próxima comunión no consisten tanto en sentimientos, como en una vida consecuente, que no admite compromisos y que se manifiesta en el comportamiento de todo el día, de toda la semana.

Los antiguos creían que las estrellas eran agujeros del firmamento, a cuyo través se escapaba un rayo de la luminosidad del cielo y bajaba a la tierra. Era un modo de pensar ingenuo y primitivo. En cambio, es una realidad que después de la comunión los rayos del cielo inundan tu alma.

La sagrada comunión es insustituible. Ni la ciencia ni el arte pueden suplirla. *Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.* Son palabras de Nuestro Señor Jesucristo... (San Juan 6, 54).

De suerte que ¿no se puede vivir honradamente sin comulgar? Veamos. Se puede vivir una vida ordinaria, mediocre; pero no se puede vivir una vida sobrenatural que toca a la eternidad y la merece.

Hay una planta primaveral, el diente de león de la China, que si se la tiene en el invernadero a 20 grados produce una flor roja; si la tiene a mayor temperatura, la flor es blanca. Así también el fuego de amor de la frecuente comunión: madura la flor roja de nuestros anhelos, de nuestros ideales, de nuestros deseos meramente terrenos y humanos, y la convierte en un lirio blanco de vida sobrenatural.

XXVI. — HAZ EJERCICIOS ESPIRITUALES

De modo que... ¿tengo que hacer ejercicios espirituales? Sí; y te recomiendo que los hagas de verdad, durante unos días en una casa de retiros.

Pruébalo por lo menos una sola vez.

Al volver a casa después de los tres o cuatro días de silencio, cuando sientas que la deuda del pasado, ya cancelada por una confesión general, no abruma tu alma, y que las fuerzas de tu alma se han multiplicado en la suave conversación con Dios, cuando sientas una alegría profunda, como nunca la habías sentido antes..., estoy convencido de que tu juicio será éste: «Es algo magnífico hacer ejercicios espirituales. ¡Qué lástima no haberlo sabido antes!»

Los santos ejercicios, como el arado, han de abrir profundo surco en el alma, han de sacar a la luz del sol todos los pecados, todas las raíces podridas, todas las piedras, y después llenar, como el buen sembrador, el campo arado de buena semilla; la de los propósitos santos.

Es decir, los ejercicios espirituales debidamente hechos vienen a ser como una limpieza general, un rejuvenecimiento de fuerzas y un nuevo camino.

Limpieza general: examinamos nuestro trise pasado, lleno de tropiezos, y echamos de nuestro interior todo pecado.

Rejuvenecimiento de fuerzas: ahora ya está limpio el suelo; por lo tanto, emprendo con nuevas fuerzas, con nuevo vigor y alegría, una vida nueva.

Nuevo camino: veo que no puedo seguir por el camino en que he ido tropezando hasta ahora; por lo mismo, formo un nuevo plan

de vida para el porvenir; ¡cueste lo que costare!, he de enmendarme de este o de aquel otro defecto, he de conseguir, ¡por grande que sea la abnegación que necesite!, esta y aquella buena cualidad...

En los ejercicios espirituales, la divina gracia llueve con especial abundancia, pero sólo sienten su influencia las almas que los hacen con grande ánimo y generosidad.

¿Qué has de hacer, pues, para asegurarte la gracia de los santos ejercicios? Has de ser durante estos días magnánimo con Dios. Has de consagrar estos días por completo a Dios; en estos días sólo has de preocuparte de tu alma.

XXVII. — UNA VARILLA MÁGICA

En la Edad Media, muchos hombres perdieron su fortuna, su tiempo, y no pocos la lucidez mental, en busca del medio de transformar metales sin valor en oro precioso.

El secreto de la fabricación del oro aun hoy sigue siendo ignorado de los químicos; pero ¡con qué facilidad podemos lograr para la vida eterna, hasta con nuestros trabajos más diminutos y al parecer despreciables, tesoros más valiosos que el oro!

La varilla mágica, capaz de dar un valor eterno a nuestros actos, si nuestra alma está desde luego libre de pecado es ésta: O. A. M. D. G. (Omnia Ad Maiorem Dei Gloriam: «Todo a mayor gloria de Dios.»)

Un artista pintó un cuadro curioso. Un muchacho está junto a la pizarra y escribe una larga serie de ceros: 000000000. A su lado hay un ángel que pone el número 1 delante de los ceros. El título del cuadro es: «La buena intención.»

Todas las obras, todas las palabras todos los pensamientos de nuestra vida carecen de valor, son un cero si proceden de la vanidad, del egoísmo, de la comodidad... Pero las mismas obras pueden trocarse en tesoros si las hacemos con buena intención, según la voluntad de Dios y a mayor gloria suya.

Cada día de nuestra vida se convierte en una mina de oro inagotable si escribimos al principio de nuestras acciones: O. A. M. D. G. Qué medio más sencillo, ¿verdad?; y, sin embargo, con él

puedes llenar de valor eterno hasta el trabajo más simple y más ordinario de la vida cotidiana.

XXVIII. — CABALLERO DE MARÍA

Ser hijo de la Virgen María significa escuchar un pregón misterioso en medio de la lucha: «Alerta, no cometas pecado, pues eres hijo de tan María Inmaculada.»

La vida de un cristiano es *militia Christi*, una guerra en el bando del ejército de Cristo. El que se considera hijo predilecto de la Virgen Santísima, en medio del combate puede contar con la ayuda de su Madre celestial, ya que nunca se ha oído que esta bendita Madre haya desamparado a ninguno que haya acudido a ella pidiéndole protección.

Por eso, la «Madre Purísima» es el apoyo más firme con que contar en nuestra lucha espiritual. Es modelo y ayuda a la vez.

No es mera casualidad que la Edad Media, profundamente religiosa y muy amante de la Virgen María, sea justamente la que ha dado vida al respeto de la mujer, al ideal cristiano caballeresco, insuperable en belleza. El caballero medieval extendía a las damas de su época el culto sincero que tributaba a María; la ternura, la atención, el respeto que tenía a la Virgen Bendita, le servían para tratar dignamente a las mismas criadas, porque mujer fue la Madre de Dios. La figura del caballero medieval es un hermoso ejemplo de la armonía que puede haber entre la naturaleza y la gracia.

El mismo Goethe saluda en su «Fausto» a María, como guía de la Humanidad, que se esfuerza por escalar las alturas.

XXIX. — EN EL LINDERO DE LA VIDA ETERNA

Un joven murió en la plenitud de sus fuerzas, en los años más hermosos de su vida. En su losa sepulcral una espiga granada que se inclina hacia abajo; la inscripción consta de unas palabras de un significado profundo: «Porque estaba llena». Pronuncia tú también cada día esta corta oración: «¡Dios mío! Concédeme que se llene, que madure mi alma antes de llegar el tiempo de la siega.»

Y ¿cuándo llega la siega? No lo sé. ¿Cuándo tenga sesenta años? ¿Ochenta? ¿Quién me lo asegura? Tan cierto es que un día he de morir, como incierta es la fecha de mi muerte. Así reza la inscripción del reloj en la torre de Léipzig: «Cierta es la muerte; incierta, la hora».

El Señor puede llamarme en cualquier momento para pedirme cuenta. Y ¡ay de mí! si no estoy preparado.

Quien no pierde de vista que todo perece acá abajo, no será insensato, no malgastará su vida.

Quien piensa en la muerte, irá adquiriendo mayor madurez. Ante el rostro de la muerte se desvanecen toda fatuidad, toda avaricia y las preocupaciones insignificantes, efímeras.

El pensamiento de la muerte nos pone en nuestro sitio. Nos hace reflexionar y preguntarnos sorprendidos: ¡Dios mío!, a fin de cuentas, ¿para qué sirve todo este ajetreo, las penas, las fatigas, cuando nos espera la tumba? Resuena entonces, llena de consuelo, la enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo, que nos muestra la vida eterna más allá de la muerte.

Quien espera en una vida eterna más allá de la muerte mirará sin miedo a la muerte, porque sabe que aunque todo perezca, las obras hechas con amor permanecen para siempre.

Apenas empieza a despuntar la vida eterna en el agonizante, y con que nueva luz ve toda su vida terrena. ¡Ah! Ojalá nadie tuviese que pronunciar con labios moribundos aquella terrible frase: «¡He vivido en vano! ¡En vano! No he hecho sino perseguir continuamente vanidades efímeras, y ahora he de presentarme con las manos vacías ante el Juez supremo.»

Siempre que te tiente el pecado acuérdate de la eternidad: piensa que, si es difícil vivir como buen cristiano, el morir como tal es muy dulce, y que es amarga la muerte de aquel que vivió de una manera fácil y regalada.

En una escuela militar de París, el sacerdote predicó sobre la condenación eterna. Al final del sermón, un capitán incrédulo dijo en tono de sorna: «Olvidó decirnos, señor Abate, si en el infierno seremos cocidos o asados.» El sacerdote miró al capitán y le contestó tranquilamente: «Señor capitán, no satisfago ahora su curiosidad; ya lo verá usted por sí mismo.» Tal respuesta, in-

esperada, conmovió al incrédulo; le produjo una desazón constante que le indujo a convertirse y cambiar totalmente de vida. También a ti te será de gran provecho pensar en la vida y en la condenación eterna.

¡Condenarse para siempre! ¡Eternamente! Traza en tu fantasía una línea desde la tierra hasta la estrella más distante. Describe con esta línea una esfera gigantesca, llénala de arena y eleva al cuadrado el número de los granos que caben en esta esfera. «Será un número inconcebible —respondes—; no puede hacerse el cálculo.» Sí que se puede hacer. No es un cálculo difícil.

Sin embargo, ¡no se puede calcular la «eternidad»! ¡Arder siempre sin llegar a quemarse nunca por completo! ¡Sufrir y no ver su término! Padecer y nunca poder exclamar: «Gracias sean dadas a Dios; con el día de hoy también se abrevió el mal de esta tierra...»

¿Condenarme por toda la eternidad? ¡No! No puede ser. Muchos hombres tuvieron que llorar su vida en los últimos momentos y maldijeron las ligerezas de su juventud; pero ni uno he visto que en semejante trance se haya arrepentido de haber sido católico practicante.

XXX. — LUCES Y SOMBRAS

El alma que ha roto los lazos que la unían con Dios no puede gozar de una felicidad verdadera. En la vida ya te encontrarás con hombres que son ricos, que tienen salud, que ocupan un puesto elevado y, no obstante, son terriblemente infelices. Algo falta a su vida. ¿Qué? La fe.

El que no se acuerda de Dios también tiene alma, lo mismo que el que lleva una vida fervorosamente religiosa; pero ¡qué diferencia va del uno al otro! El carbón es carbón y carbón es también el diamante; pero ¿no es cierto que son muy distintos estos dos carbones? El alma irreligiosa es un carbón oscuro, negro, insensible a la luz; el alma religiosa, por el contrario, es un diamante que brilla con luz cristalina, absorbe con avidez el rayo luminoso de la divina gracia y lo refleja con una alegría radiante.

Recuerda la confesión del gran compositor Chopin, que, en medio de la frívola sociedad francesa, llegó a perder la religiosidad

de su alma. Próximo a la muerte, recibió la visita de un amigo de la infancia, que era sacerdote. Al oír aquél las palabras de este antiguo amigo volvió a la fe, e hizo con lágrimas su confesión, y, besando el crucifijo, dijo: «Ahora he encontrado la fuente de la felicidad.»

Puede haber pobres dichosos y ricos infelices.

Puede haber enfermos dichosos; y hombres de salud férrea, desgraciados.

Puede haber ciegos dichosos, y muchas veces los dos ojos no bastan para la felicidad. Todo depende del espíritu con que vamos asimilando el sufrimiento.

En todo cuadro vemos luces y sombras; el talento del artista está en la manera como sabe fundir estos dos elementos en un conjunto armónico. Dios, mi Padre celestial, conoce mis males; por lo tanto, si permitió que me visitara esta desgracia, a buen seguro tenia un plan. ¿Qué plan? ¿Quién va a saberlo? ¿Me purifica por mi pasado? ¿Me fortalece para el porvenir? ¿Quiere santificarme? ¿Quiere que sea más reflexivo en mi sentir y obrar? ¿Quiere que vaya acumulando méritos? ¿Qué sé yo? En cambio, sé muy bien que he de salir del fuego del sufrimiento con el alma mejor, más pura, más recogida, más seria. Mi oración será en estas ocasiones:

¡Hágase, Señor, tu voluntad, en cualquier punto que yo esté; hágase, Señor, tu voluntad, aunque yo no lo comprenda; hágase, Señor, tu voluntad, por más sufrimientos que me acarree!

¿Por qué he de sufrir yo tanto? —exclamas—. ¡Cómo vas a saber tú el porqué! Tan sólo Dios lo sabe.

Mira una hermosa alfombra persa: flores, figuras, colores, forman un artístico conjunto. Pero míralo por el otro lado: una mezcla descabellada de hilos y de colores. Así es también la vida. Nosotros sólo le vemos el reverso. El anverso, la cara verdadera, es decir, el gran pensamiento unificador que recoge todos los hilos, está en manos de Dios. Junto al telar de la Historia está sentado el Dios eterno, cuyos designios nos son desconocidos. Sus pensamientos no son los nuestros y sus caminos no son nuestros senderos.

SOBRE EL AUTOR



TIHAMER TOTH

Por Víctor Iriarte

Algo extraño se hace el eco de este nombre al oído hispano. Sin embargo el autor húngaro se ha abierto paso en la lengua de Cervantes y su copiosa producción ha sido acogida con la más cordial bienvenida. Ni solo en nuestra lengua. Francia y Alemania, Inglaterra, Holanda, y Polonia han sentido la vibración del pensamiento magistral. El éxito librero que le acompaña en todas partes con sucesivas ediciones, nos da idea de su valor. Valor intrínseco o valor accidental; pero sin duda algo que responde a los momentos actuales, a la mentalidad moderna.

En Hungría, en Szolnok, hijo de un empleado modelo y de una madre descendiente de militares, nació el 14 de enero de 1889 No fue fácil su infancia. Apenas llegado a los cinco años, perdió a su padre y con sus cuatro hermanitos quedó bajo la tutela total de su madre. Recia mujer, de carácter firme y fina sensibilidad, sacrificó nobles ofrecimientos en aras de su ideal "Ganaré con el trabajo de mis manos lo que sea necesario para la educación de mis hijos». Y con sus fatigas levantó a los cinco; entre ellos al Obispo Toth. Su figura nos recuerda a aquella Margarita de los Becchi que con firmeza varonil hizo frente a las angustias de la viudez y forjó el carácter de Juan Bosco,

Cursando Tihamer el sexto año de Bachillerato con lágrimas en los ojos su madre le acompañó al Seminario diocesano de Eger, "Una esperanza de futuro y pronto alivio se tronchaba sin remedio. No importa; hay que respetar la vocación de los hijos; hay que facilitarla por más que exija sacrificios. Los padres no pueden interponerse caprichosamente en la senda de los hijos.

Ordenado de sacerdote es coadjutor en la parroquia de Gyongyos, profesor de Sagrada Escritura en el Seminario de Eger, Prefecto más tarde en el Seminario Central de Budapest, su Rector y finalmente Obispo Auxiliar y propio de Veszprem.

Era el jueves Santo de 1939 cuando, al celebrar la ceremonia del *Lavatorio de los pies*, sintió un profundo malestar. El diagnóstico fue muy serio. Trasladado al Hospital de San Roque en Budapest los médicos opinaron que urgía una operación. El mismo operado se la contaba así a unos visitantes: "Sabéis que no se puede anestesiar el hueso. Aquello fue muy doloroso. Cortaron la piel junto a las cejas, la levantaron y luego con un escoplo y un martillo empezaron a trabajar. Uno siente y hasta oye cómo cruje el hueso, y el dolor es grande".

Por más que las impresiones eran optimistas la fiebre tenaz obligó a una nueva intervención. Todo inútil. La encefalitis se presentó fulminante. “Padre mío, hágase tu voluntad”. Era el 5 de Mayo. Ese día le arrancó definitivamente la pluma de entre sus dedos. Tenía 50 años.

Encauzando energías

Varios hechos influyeron notablemente en la orientación y características de su obra. A raíz del asesinato del Archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, fue llamado con toda urgencia al servicio militar el 27 de Julio de 1914. Allí estuvo durante cinco meses en el frente del Sur y durante diez en el Norte, hasta que cayó enfermo y tuvo que luchar en retaguardia. Las impresiones y enseñanzas de esta época son interesantes Oigámosle:

"¿Sabéis, queridos jóvenes, cuál fue el origen de estos libros dedicados a la juventud? ¿Cómo se me ocurrió el pensamiento de escribirlos? Creo que nadie lo sabe porque es asunto personal del que nunca he hablado. Pero creó que voy a servir nuevamente al gran ideal si manifiesto en estos momentos de qué manera llegué a la idea de escribir mis libros".

"Si ahora voy cavando en las capas del tiempo con la azada de mi memoria, buscando las raíces del pensamiento que en el decurso de diez años llegó a árbol ser un corpulento, ¿sabéis hasta dónde me llevan las raíces? Hasta el frente servio, hasta los Cárpatos, Galitzia, Rusia, donde presté servicios durante quince

meses y donde hube de convivir, comer, habitar y dormir con la juventud intelectual llamada a filas. Estuve con médicos, farmacéuticos, jóvenes diplomados en diversas carreras; estuve con ellos bajo un mismo techo, en las frías noches de invierno. No solamente no tenía cuarto, sino que ni siquiera tenía jergón propio; dormía donde podía: junto a la ancha chimenea de una choza rutena, en el cuarto sin aire de un mercader de aldea, en la sala de sesiones de un ayuntamiento pueblerino, al aire libre, entre gavillas de trigo Y allí, junto a mí, vivían jóvenes de carrera universitaria.

Y lo que durante aquellos quince meses hube de oír; lo que hube de sorprender en su conversación, en sus planes, en sus objetivos y en su modo de vivir; aquella vaciedad espantosa y aquélla frivolidad moral, fueron para mí, sacerdote joven, con tres años de ministerio, una revelación aplastante Un dolor sin nombre se apoderó de mi corazón. Entonces no sabía aún cuáles serían lea consecuencias de aquella amargura. Hoy día ya lo sé. Hoy día ya sé que al volver de la guerra me puse pronto a escribir mis libros de juventud; la primera inspiración, nacida del subconsciente, la escribí de la experiencia amarga en los tiempos de la guerra. Solamente hoy puedo explicar el motivo para los libros que iba escribiendo. Veía que me impulsaba al escoger los temas que la falta de orientación causaba los mayores estragos en nuestros hombres que luchaban en el frente y sentía la amargura atormentadora: sea cual fuere el resultado de la guerra, ya no podemos consentir que nuestra juventud siga con la misma aridez espiritual. Ahí tenéis el origen de mis libros de juventud".

La guerra mundial, pues, le puso en contacto íntimo, inmediato con el pensamiento y la ideología de las clases dirigentes. Ideología que brota, como es natural, en las capas superiores, pero que, formando el caudal del pensamiento humano, viene a influir también directamente en las masas.

Por otra parte su vida se halla injertada en perpetuo contacto con la juventud y la juventud le da lo que tiene: impulso, entusiasmo, esperanza. Decía un sabio conocedor del espíritu humano que a los jóvenes les convenía cierto contacto con la ancianidad para tener en sus pensamientos más madurez y en sus determinaciones más aplomo; pero a la vez a los ancianos les era imprescindible el trato con la adolescencia para fecundar un poco

su imaginación agonizante, para otear nuevos horizontes y para recibir en el decaimiento senil la inyección de fresca vitalidad de una vida que se alza pletórica de energías

Toth nunca perdió el contacto con la juventud. Fue capellán en el ejército; capellán de los *scouts*; prefecto de jóvenes seminaristas; profesor de universitarios. Por eso su alma es joven y sopla por su espíritu la inquietud del porvenir que le obliga a estudiar; a tratar los problemas actuales y a orientar en medio de la fermentación inquieta de nuevos sistemas e ideales.

Exuberancia

La pluma de Toth ha sido muy copiosa. Segado en la madurez de la edad, en plena producción y con materiales muy elaborados para ulteriores publicaciones, su producción, con todo, forma una nutrida biblioteca. Dos sectores podemos distinguir en ella. Uno destinado a la juventud. "El joven de Carácter — El joven observador — El joven creyente — El joven de porvenir — El joven y Cristo — Castidad y juventud — Formación religiosa de la juventud".

Otro sector lo abarca la apologética. "Cristo Rey — Cristo Mesías — Prensa y Cátedra — Eucaristía — Redención — Los Diez Mandamientos (2 tomos) — Creo en Dios — Creo en Jesucristo — Creo en la iglesia Católica —Creo en la vida perdurable — Venga a nos el tu reino.”

Cualidades. No es profundo Tihamer Toth. En algunas de sus obras se repite. A pesar de todo siempre se le lee con gusto y siempre de su lectura se sale con un ramillete de flores y frutos.

Atrae en primer lugar su diafanidad. Es claro el plan que propone y es claro su desarrollo. El alma moderna no quiere neblinas ni envoltorios. Muchos menos la juventud que quiere lanzarse por caminos rectos hacia el ideal

Cuanto con más claridad y rapidez vea, mejor. Nada de párrafos ampulosos en que falta al orador hasta el aliento: nada de oratoria de fárrago. En vez de los amplios ropajes hoy prefiere la gente el vestido sencillo.

Al raciocinio sutil y al discurso filosófico sustituye con frecuencia la anécdota de la calle, el hecho del día que encierra

viva y palpitante la enseñanza que tras penoso esfuerzo iba a darnos la dialéctica rigurosa

Es, por otra parte, un alma moderna. Toca problemas vitales, candentes. Los que aparecen en la Prensa seria y consciente, los que matizan las conversaciones de los que sienten nobles inquietudes. El mismo autor nos explica el método que sigue en la preparación de sus discursos y conferencias: "Escojo en espíritu a uno de mis oyentes y le invito a sentarse frente a mi escritorio. Sé que aprecias tu formación, sé que estás enterado de las frases vacías y las verdades a medias que flotan en el ambiente. No me sorprende si tú también te sientes contagiado a veces. Pienso cuánto ha menguado entre los hombres la seriedad moral, hasta qué punto se ha borrado la recia línea divisoria que separa el bien del mal. ¡Cómo resaltan los afanes y deseos terrenos hasta en la vida de los católicos creyentes! ¡Cómo se han velado los pensamientos de Dios, de la divina Providencia, de la vida eterna, aun en la vida espiritual de personas que frecuentan la iglesia! El espíritu del hombre moderno ha sufrido una terrible convulsión, es un hecho que no debo olvidar al preparar mis conferencias".

"'Y a todo esto se añade todavía tu espíritu, de crítica y de duda."

Y ¿tu desasosiego nervioso? Y tu neurastenia espiritual, siempre en busca de cosas nuevas, inesperadas? ¿Cómo he de dar comienzo a los símiles y ejemplos de mis conferencias con estas palabras: En el siglo cuarto después de Cristo, o con estas: Sucedió en el siglo XIX? A buen seguro que tú no harías más que menear la cabeza. Pero espera un poco: "Al pasar yo uno de estos días por el puente de Hierro o también: 'Varias personas iban en el metro de Nueva York… ¿Ves? Ya escuchas, ya te interesa. Y sin embargo la enseñanza moral es en este ejemplo la misma que en el ejemplo del siglo cuarto si prestaras a éste tu atención. Mas no tienes paciencia para escuchar parábolas antiguas; por esto te las cuento nuevas".

Y cosas nuevas oirás también en mis historias y símiles. Si Jesucristo subiese hoy a un púlpito de alguna gran ciudad, me figuro que en sus parábolas no hablaría de red, del pan sin fermentar, del campo y de los animales, sino de aviones, de electricidad, de radio Es la norma que procuro seguir yo. Para

explicar de algún modo el misterio de la Santísima Trinidad se han usado estas fórmulas. 'Mira la mesa: es ancha, alta y larga y, no obstante, es un todo. Fija tu atención en el tiempo: pasado, presente, futuro, con todo, es algo uno". Hoy yo digo: piensa en la electricidad: calienta, ilumina y mueve máquinas, y con todo es una misma fuerza. El valor de esta nueva comparación no es mayor que el de las dos anteriores: solamente es nueva, conforme al espíritu moderno, la presentación: por este motivo tú escuchas con agrado"

Hablar al auditorio conforme a su mentalidad y de tópicos prácticos que le urgen e interesan parece una norma de sentido común. Es un postulado de elemental psicología. Pero lo cierto es que esa regla no se observa con frecuencia y que la adaptación al medio no se hace sin trato con él, sin esfuerzos y sin serio estudio En esto es maestro Tihamer Toth.

Vinculada a esa mentalidad moderna se halla su táctica de aprovechar los medios modernos que la ciencia pone a nuestro alcance para la difusión del pensamiento. Aprovecharlo todo para el reino de Dios. Por eso se entusiasmó con la radio y trató de ponerla inmediatamente al servicio de la divina palabra. Como si quisiera, bautizarla en su misma cuna.

Dice su traductor Antonio Sancho: "Cuando otros ponían reparos, cuando otros miraban con recelo la posibilidad y el deseo de radiar sermones, Toth abogaba en la Prensa a su favor y fue el primero que el 31 de Enero de 1926 pronunció en Hungría un sermón ante el micrófono en una iglesia parroquial de la capital: sermón inaugural, en que hizo entonar un grandioso *Benedicite* a las antenas, a las ondas eléctricas, a las emisoras, a los receptores.

Sacerdote ejemplar, ahogó en su alma toda mezquindad e interés humano. En sus aspiraciones a través de todo lo humano, siempre flotaba blanco y arrebatador su gran ideal: *“Llevar la vida cotidiana a Cristo”*. Idea fecunda, *llevar la vida cotidiana a Cristo*, sin soluciones de continuidad y sin compartimientos estancos de suerte que ese principio vaya alentando todos nuestros actos. Cristo debe ser la vida de nuestra vida y su latido continuo debe lanzar por todos sus actos la dirección del que es Camino; la irradiación del que es Verdad; la palpitación del que es Vida.

Llevar la vida cotidiana a Cristo viene a ser la refutación de un error y el remedio de una enfermedad. Porque son muchos los que piensan que en la sociedad moderna, con sus avances científicos y sus progresos técnicos, no hay puesto para Cristo. Su altar ha perdido la estabilidad en medio del torbellino actual, entre las trepidaciones de los motores, la lluvia impalpable de las ondas eléctricas y el ansia de nuevos descubrimientos.

Contra esa ideología reacciona Toth y reacciona violentamente. Esta vida nuestra es la más apta para el catolicismo, porque es la que más necesita de El. Cristo encaja perfectamente en la mentalidad moderna. No podemos en nombre de Cristo declarar la guerra a las aspiraciones del hombre moderno, ni a sus afanes de técnica ni a su sed de inventos siempre nuevos. No podemos en nombre de Cristo cortarle las alas a sus proyectos sino encauzar sus energías. Aprovecharlo todo para el reino de Dios. Cristo debe coronar el penacho de humo de nuestras chimeneas para que reine la justicia entre el capital y el trabajo y debe presidir las aulas para que las verdades fragmentarias y accidentales hagan corona a la Verdad total. Cristo es de hoy, Si ha habido un divorcio entre el mundo moderno y su espíritu es porque no hemos sabido hallar el punto de contacto ni injertar sobre el árbol silvestre la savia de selección. Por eso urge el gran ideal de Tihamer Toth: "Llevar la vida cotidiana a Cristo".